

COMENTARIO DE JUAN CALVINO A LA PROFECÍA DE MALAQUÍAS

Todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, versión
Reina Valera 1960

Traducido y editado por Isaac López
2025

Revisado por Esteban Larson

www.iglesiareformada.com
iglesiareformada@aol.com

P.O. Box 423
Concho, AZ 85924 EE.UU.



Juan Calvino. (Noyon, Francia, 1509 - Ginebra, 1564)
Teólogo y reformador protestante.

El comentario a las profecías de Malaquías es un comentario impresionante que contiene algunas de las opiniones más importantes de Calvino. Calvino es considerado uno de los mejores intérpretes de las Escrituras durante la Reforma. Con frecuencia ofrece sus propias traducciones de un pasaje, explicando las sutilezas y matices de su traducción. También tiene una inclinación por incorporar una aguda visión pastoral en el texto. Siempre interactúa con otros teólogos, comentaristas y porciones de la Biblia al interpretar un pasaje en particular. El comentario de Calvino a las profecías de Malaquías no debe ser ignorado por nadie interesado en el libro de Malaquías o en el propio Calvino.

Se separó de la Iglesia Católica Romana alrededor de 1530. Después de que las tensiones religiosas provocaran un violento levantamiento contra los protestantes en Francia, Calvino huyó a Basilea, Suiza, donde en 1536 publicó la primera edición de su obra “Institución de la Religión Cristiana”.

Fue una figura principal en el desarrollo del sistema de teología cristiana que más tarde se llamó “Calvinismo”.

Contenido

| | |
|----------------------------------------|-----------|
| Prefacio de Calvino a Malaquías | 4 |
| Capítulo 1 | 6 |
| Malaquías 1:1 | 7 |
| Malaquías 1:2-6 | 8 |
| Malaquías 1:6-8 | 14 |
| Malaquías 1:9 | 22 |
| Malaquías 1:10 | 24 |
| Malaquías 1:11 | 26 |
| Malaquías 1:12 | 30 |
| Malaquías 1:13 | 33 |
| Malaquías 1:14 | 35 |
| Capítulo 2 | 37 |
| Malaquías 2:1-2 | 38 |
| Malaquías 2:3 | 41 |
| Malaquías 2:4 | 43 |
| Malaquías 2:5 | 46 |
| Malaquías 2:6 | 47 |
| Malaquías 2:7 | 49 |
| Malaquías 2:8 | 50 |
| Malaquías 2:9 | 51 |
| Malaquías 2:10 | 56 |
| Malaquías 2:11 | 59 |
| Malaquías 2:12 | 62 |
| Malaquías 2:13 | 63 |
| Malaquías 2:14 | 65 |
| Malaquías 2:15 | 67 |
| Malaquías 2:16 | 71 |
| Malaquías 2:17 | 73 |
| Capítulo 3 | 76 |
| Malaquías 3:1 | 77 |
| Malaquías 3:2 | 80 |
| Malaquías 3:3 | 82 |

| | |
|-------------------|------------|
| Malaquías 3:4 | 83 |
| Malaquías 3:5 | 84 |
| Malaquías 3:6 | 86 |
| Malaquías 3:7-8 | 88 |
| Malaquías 3:9 | 92 |
| Malaquías 3:10 | 93 |
| Malaquías 3:11 | 96 |
| Malaquías 3:12 | 97 |
| Malaquías 3:13-15 | 98 |
| Malaquías 3:15 | 101 |
| Malaquías 3:16 | 103 |
| Malaquías 3:17 | 105 |
| Malaquías 3:18 | 108 |
| Capítulo 4 | 110 |
| Malaquías 4:1 | 111 |
| Malaquías 4:2 | 114 |
| Malaquías 4:3 | 118 |
| Malaquías 4:4 | 119 |
| Malaquías 4:5 | 121 |
| Malaquías 4:6 | 123 |

PREFACIO DE CALVINO A MALAQUÍAS

Sigue el libro de Malaquías, a quien muchos han imaginado como un ángel debido a su nombre. Sabemos que **מלאכי**, *Malakí*, en hebreo, significa ángel; pero es fácil ver cuán absurda es tal suposición, pues el Señor en aquel entonces no envió ángeles para revelar sus oráculos, sino que adoptó el ministerio ordinario de los hombres; y como se añade al final de la palabra, como era habitual en los nombres propios, podemos concluir que era el nombre de un hombre; al mismo tiempo, admito libremente que pudo haber sido añadido por alguna razón particular que ahora desconocemos. Estoy más dispuesto a aceptar lo que algunos han dicho, que era Esdras, y que Malaquías era su apellido, pues Dios lo había llamado a realizar grandes y notables hazañas.

Sea como fuere, sin duda fue uno de los profetas y, al parecer, el último; pues al final de su Libro exhorta al pueblo a perseverar en su adhesión a la doctrina pura de la Ley. Y esto lo hizo porque Dios no enviaría profetas sucesivamente como antes; pues su propósito era que los judíos sintieran un mayor deseo por Cristo, tras haber estado un tiempo sin profetas. Fue, en efecto, una muestra de la ira de Dios o un presagio de la venida de Cristo cuando se vieron privados del beneficio que Moisés menciona en Deuteronomio 18; pues Dios había prometido entonces enviar profetas para que los judíos supieran que él se preocupaba por su seguridad. Por lo tanto, cuando Dios dejó a su pueblo sin profetas, fue para mostrar su gran desagrado, como durante el exilio babilónico, o para mantenerlos en suspenso, para que anhelaran con mayor anhelo la venida de Cristo.

Sea cual sea nuestra interpretación, no dudo de que fue el último de los profetas, pues exhorta al pueblo a adherirse a la doctrina de la Ley hasta que Cristo fuera revelado.

La esencia del Libro es que, aunque los judíos habían regresado recientemente a su patria, pronto volvieron a su naturaleza, descuidaron el favor de Dios y se entregaron a muchas corrupciones; su estado no era mejor que el de sus padres, de modo que Dios, por así decirlo, había perdido todo su esfuerzo en castigarlos. Como los judíos habían recaído de nuevo en muchos vicios, nuestro profeta los reprende severamente y los reprende por su ingratitud, por haber rendido a Dios, su libertador, una recompensa tan vergonzosa. También menciona algunos de sus pecados para

demostrar la culpabilidad del pueblo, pues veía que estaban llenos de evasiones. Y se dirige a los sacerdotes, quienes con malos ejemplos habían corrompido la moral del pueblo, cuando su oficio requería un estilo de vida muy diferente. porque el Señor los había puesto sobre el pueblo para ser maestros de religión y de rectitud; pero de ellos emanó una gran porción de los vicios de la época; y por eso nuestro profeta los condena más severamente.

Muestra al mismo tiempo que Dios se acordaría de su pacto gratuito, que había hecho con sus padres, para que el Redentor finalmente viniera. Esta es la sustancia de todo, llego ahora a las palabras.

Comentario a la profecía de Malaquías

Capítulo 1

Malaquías 1:1

1 Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías.

Quienes explican que מַסָּא, *massá*, significa profecía sin excepción, se equivocan, como ya lo he recordado en otra parte, pues no en todas partes se llama *massá* a la profecía, y siempre que se expresa esta palabra, se debe entender algún juicio de Dios; y parece evidente por **Jeremías 23:38** que esta palabra era considerada ominosa, de modo que los impíos, cuando querían marcar a los profetas con alguna marca de reproche, usaban esto como un proverbio común, "Es una carga (*massá*)", dando a entender con ello que los profetas no traían nada más que amenazas y terrores, a fin de tener alguna excusa para cerrar los oídos y evadir todas las profecías dándoles un nombre infeliz y ominoso.

A medida que avancemos, se hará evidente que no sin razón se llama carga a la doctrina de Malaquías, pues, como ya lo he declarado en parte y como se verá más plenamente más adelante, era necesario que el pueblo fuera convocado ante el tribunal de Dios, puesto que muchos pecados habían comenzado de nuevo a prevalecer entre ellos, y eran tales que no podían ser soportados; y por esta razón dice que el juicio de Dios estaba cerca.

Pero bajo el nombre de *Israel* se refiere únicamente a quienes habían regresado a su tierra, ya fueran de la tribu de Judá y Benjamín, o de la tribu de Leví. No obstante, es probable que también hubiera algunos de las otras tribus mezclados con ellos, pero casi solo los judíos y sus vecinos, la media tribu de Benjamín, habían regresado a su tierra, con la excepción de los levitas, quienes los habían guiado en su viaje y animado al resto del pueblo. Se les llamaba Israel indistintamente, ya que entre ellos solo persistía la religión pura; pero quienes permanecieron dispersos entre naciones extranjeras y paganas, por así decirlo, habían perdido su nombre, aunque no se habían apartado por completo del culto puro a Dios y de la verdadera religión. Por lo tanto, por excelencia, se les llamó Israel, quienes se habían reunido de nuevo en la tierra santa para disfrutar allí de la herencia prometida desde arriba.

La palabra *mano*, como hemos observado en otro lugar, significa ministerio. El significado, entonces, es que esta doctrina provino de Dios, pero que un ministro, Malaquías, fue empleado como instrumento; de modo que no trajo nada como propio, sino que solo relató fielmente lo que le había sido encomendado por Dios, de quien provino.

Malaquías 1:2-6

2 *Yo os he amado, dice Jehová; y dijisteis: ¿En qué nos amaste? ¿No era Esaú hermano de Jacob? dice Jehová. Y amé a Jacob,*

3 *y a Esaú aborrecí, y convertí sus montes en desolación, y abandoné su heredad para los chacales del desierto.*

4 *Cuando Edom dijere: Nos hemos empobrecido, pero volveremos a edificar lo arruinado; así ha dicho Jehová de los ejércitos: Ellos edificarán, y yo destruiré; y les llamarán territorio de impiedad, y pueblo contra el cual Jehová está indignado para siempre.*

5 *Y vuestros ojos lo verán, y diréis: Sea Jehová engrandecido más allá de los límites de Israel.*

6 *El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?*

El contexto me obliga a leer todos estos versículos, pues el sentido no puede ser de otro modo. Dios reprocha aquí a un pueblo perverso e ingrato, porque lo privaron doblemente de su derecho; pues no era amado ni temido, aunque tenía justo derecho al nombre y honor de Señor, así como al de padre. Como los judíos no le reverenciaban, se queja de haber sido defraudado de su derecho paterno; y como no le temían, los condena por no reconocerlo como su Señor y Maestro, sometién dose a su autoridad. Pero antes de llegar a esto, demuestra que era a la vez su Señor y Padre; y declara que era especialmente su Padre, porque los amaba.

Ahora comprendemos la intención del profeta; pues Dios quería mostrar aquí cuán degradados estaban los judíos, pues no lo reconocían ni como su Padre ni como su Señor; ni lo reverenciaban como su Señor ni lo consideraban su Padre. Pero él presenta, como ya dije, sus beneficios, con los cuales prueba que merecía el honor debido a un padre y a un señor.

Por eso dice, *Yo os he amado*. Dios podría haber apelado a los judíos por otro motivo; pues si no les hubiera manifestado su amor, estarían obligados a someterse a su autoridad. No habla aquí del amor de Dios en general, tal como lo muestra a toda la raza humana; sino que condena a los judíos, pues habiendo sido libremente adoptados por Dios como su pueblo santo y especial, olvidaron este honor, despreciaron al Dador y consideraron insignificante lo que les enseñó. Por lo tanto, cuando Dios dice que amaba a los judíos, vemos que su objetivo era condenarlos por ingratitud por haber despreciado el favor singular otorgado solo a ellos, en lugar de imponer la autoridad que posee sobre toda la humanidad en común. Dios podría haberse dirigido entonces así, “Los he creado y he

sido un Padre bondadoso para ustedes; por mi favor el sol brilla sobre ustedes cada día, y la tierra produce su fruto; en una palabra, los tengo unidos a mí por innumerables beneficios”. Dios podría haberles hablado así; Pero, como he dicho, su objeto era promover la adopción gratuita con que había favorecido a la descendencia de Abraham, porque era una impiedad menos soportable que ellos hubieran despreciado un favor tan incomparable, puesto que Dios los había preferido a todas las demás naciones, no por causa del mérito o de alguna dignidad, sino porque así le había agradado. Esta es, pues, la razón por la que el profeta comienza diciendo que los judíos habían sido amados por Dios, pues habían retribuido con la peor parte este favor gratuito al despreciar su doctrina. Esto es lo primero.

No cabe duda de que indirectamente condena su ingratitud cuando dice, “*¿En qué nos amaste?*”. Las palabras pueden explicarse así, “Si dices o preguntas, ¿En qué os he amado? Yo preferí a su padre Jacob que, a Esaú, cuando aún eran hermanos gemelos”. Pero veremos en otros pasajes que los judíos, mediante evasivas, oscurecieron malignamente el favor de Dios, y que esta maldad se condena con palabras similares. Por lo tanto, el profeta, al ver que trataba con hombres degradados, que no se sometían fácilmente a Dios ni reconocían su bondad con una confesión libre e ingenua, los presenta aquí hablando con tanta algarabía, “¡Él! ¿Cuándo nos has amado? ¿En qué? Las muestras de tu amor no aparecen”. Responde en nombre de Dios, “*Esaú era hermano de Jacob y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí*”.

Ahora vemos lo que acabo de mencionar, que a los judíos se les recuerda el pacto gratuito de Dios para que dejen de excusar su maldad al haber abusado de este singular favor. No los reprende aquí por haber sido creados por Dios como los demás hombres, porque Dios hizo brillar su sol sobre ellos, porque se abastecían de alimento de la tierra; sino que dice que fueron preferidos por sobre otros pueblos, no por sus propios méritos, sino porque a Dios le agradó elegir a su padre Jacob. Podría haber puesto aquí a Abraham como ejemplo; pero como Jacob y Esaú procedían de Abraham, con quien Dios había hecho el pacto, su favor fue aún más notable, pues si Abraham fue elegido solo por Dios, y otras naciones fueron ignoradas, sin embargo, de la misma familia que el Señor había adoptado, uno fue elegido mientras que el otro fue rechazado. Al comparar a Esaú y Jacob, debemos tener presente que eran hermanos; Pero hay otras circunstancias que deben notarse, que, aunque no fueron expresadas aquí por el profeta, son bien conocidas, pues todos los judíos sabían que Esaú era el primogénito; y que, por lo tanto, Jacob había obtenido el derecho de primogenitura contrariamente al orden natural. Como esto era de conocimiento público, el profeta se contentó con usar solo esta frase, *Esaú era hermano de Jacob*.

Pero dice que Jacob fue elegido por Dios, y que su hermano, el primogénito, fue rechazado. Si se pregunta la razón, no se encuentra en su descendencia, pues eran hermanos gemelos; y aún no habían nacido cuando el Señor, mediante un oráculo, testificó que Jacob sería el mayor. De ahí que el origen de toda la excelencia que perteneció a la posteridad de Abraham se atribuya aquí al amor gratuito de Dios, según lo que Moisés solía decir, “No porque superaseis a otras naciones, ni fueseis más numerosos, os ha honrado Dios con tantos beneficios, sino porque amó a vuestros padres”. A los judíos siempre se les había recordado entonces que no debían buscar la causa de su adopción, sino el favor gratuito de Dios; él se había complacido en elegirlos; esta fue la fuente de su salvación. Ahora entendemos el propósito del profeta cuando dice que *Esaú era hermano de Jacob*, y, sin embargo, no era amado por Dios.

Debemos tener presente, al mismo tiempo, lo que ya he dicho, que se hace referencia a este singular favor de Dios hacia los hijos de Jacob para avergonzarlos de su ingratitude, puesto que Dios había puesto su amor en objetos tan indignos. Pues si lo hubieran merecido, podrían haberse jactado de haber recibido una recompensa; pero como el Señor les había concedido este beneficio gratuitamente y por su propia voluntad, su impiedad era menos excusable. Esta bajeza es, pues, la que nuestro profeta ahora reprueba.

Luego sigue una prueba de odio hacia Esaú, el Señor *convirtió sus montes en desolación, y abandonó su heredad para los chacales del desierto*. Sabemos que Esaú, cuando fue expulsado por su propia vergüenza o por el desagrado de su padre, llegó al monte Seir; y toda la región donde habitó su posteridad era agreste y rodeada de numerosas montañas. Pero si alguien objetara y dijera que esto no era una muestra notable de odio, como podría decirse, por otro lado, que el amor de Dios hacia Jacob no se manifestó mucho porque habitaba en la tierra de Canaán, ya que los caldeos habitaban un país más agradable y fructífero, y los egipcios también eran muy ricos; a esto la respuesta es que la tierra de Canaán era un símbolo del amor de Dios, no solo por su fecundidad, sino porque el Señor la había consagrado a sí mismo y a su pueblo elegido. Así que Jerusalén no era superior a las demás ciudades de la tierra, ni a Samaria ni a Belén, ni a otros pueblos, a causa de su situación, pues estaba situada, como es bien sabido, en un país montañoso, y sólo tenía el manantial de Siloé, del cual fluía un pequeño arroyo; y la vista no era tan hermosa, ni grande su fertilidad; al mismo tiempo, sobresalía en otras cosas porque Dios la había elegido como su santuario; y lo mismo debe decirse de toda la tierra. Como la tierra de Canaán era entonces, por así decirlo, prenda de herencia eterna para los hijos de Abraham, la Escritura, al respecto, la ensalza con gran entusiasmo y la describe con magnificencia. Si bien el monte Seir era muy rico y estaba repleto de todo lo bello, debió ser un triste exilio para los idumeos, pues era símbolo de su reprobación; pues Esaú, al dejar la casa de

su padre, fue allí; y se convirtió en un extraño, habiéndose privado de la herencia celestial, al igual que había vendido su primogenitura a su hermano Jacob. Esta es la razón por la que Dios declara aquí que Esaú fue, por así decirlo, despedido a las montañas, privado de la Tierra Santa que Dios había destinado a su pueblo elegido.

Pero el profeta añade algo más, el odio de Dios se manifestó cuando la posteridad de Esaú se extinguió. Pues si bien los asirios y los caldeos habían arremetido con la misma crueldad contra los judíos que contra los edomitas, el resultado fue muy diferente; pues después de setenta años, los judíos regresaron a su patria, como Jeremías había prometido. Sin embargo, Idumea no sería restaurada, sino que las señales de la terrible ira de Dios siempre habían aparecido allí en su triste desolación. Desde entonces, no hubo restauración en cuanto a Idumea; el profeta demuestra con este hecho que el amor de Dios hacia Jacob y su odio hacia Esaú se habían demostrado; pues no fue por artimañas humanas que los judíos obtuvieron la libertad ni se les permitió construir el templo, sino porque Dios los había elegido en la persona de Jacob y los había designado para ser un pueblo peculiar y santo para sí mismo.

Pero en cuanto a los edomitas, se hizo aún más evidente que habían sido rechazados en la persona de Esaú, pues, una vez asolados, vieron que estaban condenados a la destrucción perpetua. Este es el significado de las palabras del profeta cuando afirma que la posesión de Esaú había sido entregada a los *chacales*. Porque, como ya he dicho, aunque durante un tiempo la condición de Judea e Idumea no había sido muy diferente, cuando Jerusalén comenzó a levantarse y a ser restaurada, Dios demostró claramente que esa tierra no había sido en vano entregada a su pueblo elegido. Pero cuando el país vecino no fue restaurado, mientras que la posteridad de Esaú podría haber reparado sus casas con menos sospecha, se hizo evidente que la maldición de Dios estaba sobre ellos.

Y con el mismo propósito añade, *Cuando Edom dijere: Nos hemos empobrecido, pero volveremos a edificar lo arruinado; así ha dicho Jehová de los ejércitos: Ellos edificarán, y yo destruiré.* Confirma lo que he afirmado, que la posteridad de Edom no tenía esperanza de restauración, pues por mucho que se animaran y trabajaran diligentemente en la reconstrucción de sus ciudades, aún no lo lograrían, pues Dios derribaría todos sus edificios. Esta diferencia, entonces, era como una representación viviente, mediante la cual los judíos podían ver el amor de Dios hacia Jacob y su odio hacia Esaú. Pues, dado que ambos pueblos fueron derrotados por el mismo enemigo, ¿cómo se dio libertad a los judíos y no se permitió a los idumeos regresar a su país? Había, como se ha dicho, mayor hostilidad hacia los judíos, y, sin embargo, los caldeos los trataron con mayor amabilidad. De ahí se sigue que todo esto se debió al maravilloso propósito de Dios,

y que de ahí también resultó que la adopción, que parecía haber sido abolida cuando los judíos fueron expulsados al exilio, no fue en vano.

Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Ellos edificarán, es decir, aunque edifiquen, yo los derribaré; y se les dirá: yo destruiré; y les llamarán territorio de impiedad, y pueblo contra el cual Jehová está indignado para siempre. Con el límite de impiedad se refiere a un límite maldito; como si dijera, “Quedará patente que son réprobos, para que el mundo entero pueda formarse un juicio por el propio acontecimiento”. Al añadir, *pueblo contra el cual Jehová está indignado* o disgustado, confirma de nuevo lo que he dicho sobre el amor y el odio. Dios podría haber estado igualmente enojado con los judíos que, con los edomitas, pero cuando Dios se apaciguó con los judíos, mientras se mantenía inexorable con la posteridad de Esaú, la diferencia entre ambos pueblos quedó, pues, bastante patente.

También deben notarse las palabras, **עד - עולם**, *ad-olám, hasta siempre*, pues Dios pareció haber rechazado a los judíos por un tiempo, y los profetas adoptan la misma palabra, **זעם** *zaám*, indignado, cuando deploran la condición del pueblo, que de diversas maneras descubrió que Dios estaba enojado con ellos. Pero la ira de Dios hacia los judíos fue solo temporal, pues no olvidó completamente su pacto; pero se enojó con los edomitas para siempre, porque su padre había sido rechazado. Y sabemos que esta diferencia entre los elegidos y los réprobos siempre se señala, que cuando Dios castiga los pecados comunes, siempre modera su ira hacia sus elegidos y pone límites a su severidad, según lo que dice: “Si dejaren sus hijos mi ley, si profanaren mis estatutos, Entonces castigaré con vara su rebelión; Mas no quitaré de él mi misericordia,” (**Salmo 89:31-33; 2 Samuel 7:14**). Pero con respecto a los réprobos, la venganza de Dios siempre los persigue, siempre está suspendida sobre sus cabezas y siempre fijada, por así decirlo, en sus huesos y tuétanos. Por esta razón, nuestro profeta dice que Dios estaría enojado con la posteridad de Esaú.

Añade, “*vuestros ojos lo verán*”. Los judíos ya habían comenzado, en parte, a presenciar este espectáculo, pero el profeta habla aquí de lo que habría de continuar. *Verán*, pues, *vuestros ojos*; es decir, “Como ya se ha manifestado la utilidad de la elección gratuita para ustedes, mediante la cual los he elegido como mi pueblo, y como también han visto, por otro lado, cómo ha sido con sus parientes, los edomitas, porque fueron rechazados en la persona de su padre Esaú; así también esta misma diferencia será evidente para ustedes en su posteridad, vuestros ojos lo verán”.

Y diréis: “Sea Jehová engrandecido más allá de los límites de Israel.”; es decir, “El acontecimiento mismo os arrancará esta confesión, que realzo enormemente mi bondad hacia vosotros”. Pues, aunque las muestras de la gracia de Dios brillaban por doquier, y la

tierra, como dice el salmista, está llena de sus beneficios (**Salmo 104:24**), había en Judea algo especial, de modo que nuestro profeta no en vano afirma que siempre habría motivos para que los judíos celebraran las alabanzas de Dios por su generosidad hacia ellos más que hacia el resto del mundo. Y el profeta sin duda reprende aquí indirectamente la maldad del pueblo, como si dijera, “En efecto, vosotros, en la medida de lo posible, ocultáis los beneficios de Dios, o al menos los atenuáis; pero los hechos mismos os harán confesar que Dios es generoso con la frontera de Israel, que allí ejerce su favor de forma más notable que entre cualquiera de las naciones”.

Tras referirse brevemente a los beneficios que deberían haber avergonzado a los judíos, aborda finalmente el tema que tenía en mente; pues su objetivo principal, como ya he dicho, era demostrar que Dios se quejaba de ser privado de su propio derecho, y en un doble sentido, pues los judíos no lo reverenciaban como Padre ni lo temían como Señor. Podría haberse llamado Señor y Padre por derecho de creación; pero prefirió, como ya he explicado, apelar a su adopción; pues fue un favor extraordinario cuando el Señor eligió a algunos de entre toda la raza humana; y no podemos decir que la causa de esto se encontrara en los hombres. A quienes, pues, se propone elegir, los vincula a sí con un vínculo más santo. Pero si lo decepcionan, su perfidia es totalmente inexcusable.

Como ahora entendemos el significado del profeta y el objeto de esta exhortación, nos queda aprender a adaptarnos a nosotros mismos lo que se enseña. No descendemos de Abraham ni de Jacob según la carne; pero como Dios nos ha grabado ciertas marcas de su adopción, por las cuales nos ha distinguido de otras naciones, cuando aún no éramos mejores, vemos que estamos justamente expuestos a la misma reprensión que los judíos, si no respondemos al llamado de Dios. Quise, pues, tocar brevemente este punto, para que sepamos que esta doctrina no es menos útil para nosotros hoy que para los judíos; pues, aunque la adopción no es exactamente la misma, ya que entonces pertenecía a una misma descendencia y a una misma familia, no somos superiores a los demás por nuestro propio mérito, sino porque Dios nos ha elegido gratuitamente como pueblo suyo. Siendo así, somos suyos; Porque nos ha redimido por la sangre de su propio Hijo, y al hacernos partícipes, por el evangelio, de un favor tan inefablemente grande, nos ha hecho sus hijos y sus siervos. A menos que lo amemos y reverenciamos como nuestro Padre, y a menos que lo temamos como nuestro Señor, se encuentra en nosotros hoy una ingratitud no menos vil que la de aquel pueblo antiguo. Pero como ahora sólo quería referirme al punto principal, pronto hablaré, como lo requiere el pasaje, sobre el tema de la elección; pero era necesario primero mostrar brevemente el designio del profeta, como lo he hecho, y luego tratar puntos particulares con más amplitud, según lo requiera el caso.

Malaquías 1:6-8

6 *El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?*

7 *En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable.*

8 *Y cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos.*

Dios ya había demostrado que, con sus muchos favores, había sido un Padre para los judíos. Debieron sentir que, en efecto, los había atado a sí mismo, siempre que tuvieran alguna religión o gratitud. Ahora concluye su discurso como si dijera que había malversado todas las bendiciones que les había concedido; y adopta dos analogías, primero se compara con un padre y luego con un amo. Dice que, en estos dos aspectos, tenía motivos para quejarse de los judíos; pues había sido un padre para ellos, pero ellos, a su vez, no se comportaron como hijos, con sumisión y obediencia, como debían haberlo hecho. Y, además, se convirtió en su amo, pero ellos se sacudieron el yugo y no se dejaron gobernar por su autoridad.

En cuanto a la palabra Padre, ya hemos demostrado que los judíos no solo eran, en común con los demás, hijos de Dios, sino que también habían sido elegidos como su pueblo especial. Su adopción los convirtió, entonces, en hijos de Dios por encima de todas las demás naciones; pues, cuando no se diferenciaban en nada del resto del mundo, Dios los adoptó. En cuanto al derecho y poder de un señor, Dios, en primer lugar, los mantuvo ligados a él como Creador y formador del mundo entero; pero también, como es bien sabido, obtuvo el derecho mediante la redención. Para entonces, agravar su crimen, no solo los reprende por haber abusado de sus favores, sino que también los acusa de obstinación, por haber desobedecido su autoridad, siendo aún su Señor.

Dice que *el hijo honra al padre, y el siervo a su señor*. Aplica el mismo verbo a ambas cláusulas; pero luego establece una diferencia, atribuyendo honor al padre y temor al amo. En cuanto a la primera cláusula, sabemos que donde hay autoridad, debe haber honor; y cuando los amos están sobre los siervos, deben ser honrados. Pero en una cláusula posterior habla con mayor claridad y dice que un siervo debe temer a un amo, mientras que el honor se debe a un padre por parte de un hijo. Pues los siervos no aman a sus amos; al

no poder escapar de su poder, los temen; pero la reverencia que los hijos tienen por sus padres es más generosa y más voluntaria. Pero Dios muestra aquí que los judíos no podían de ninguna manera cumplir con su deber, aunque tantos favores deberían haberlo convertido en su dulce deleite. Dios, en efecto, los había conciliado consigo tanto como le fue posible, pero todo fue en vano. La majestad de Dios también debería haberles infundido temor. Fue entonces lo mismo que si hubiera dicho que eran de naturaleza tan perversa que no podían ser conducidos a la obediencia ni por una invitación amable y llena de gracia ni por una orden autoritaria.

El Señor se queja entonces de que los judíos les habían privado del honor que los hijos deben a sus padres, así como del temor que los siervos deben tener a sus amos; y así muestra que eran como bestias salvajes indomables, que no pueden ser domadas con ningún trato amable, ni sometidas con azotes, ni con ningún tipo de castigo.

Luego añade, “*A vosotros, oh sacerdotes*”. Es cierto que esta queja no debe limitarse solo a los sacerdotes, ya que Dios, como hemos visto, se refiere en general a toda la raza de Abraham, pues había dicho que Leví fue ascendido al honor sacerdotal, mientras que los demás hermanos fueron ignorados; pero también había dicho que Jacob fue elegido cuando Esaú fue rechazado; y esto pertenecía en común a las doce tribus. Ahora bien, no debe, ni puede, limitarse a la tribu de Leví que Dios sea su padre o su señor. ¿Por qué, entonces, se dirige ahora expresamente a los sacerdotes? Ciertamente, ellos deberían haber sido líderes y maestros del resto del pueblo, pero no por ello exime a todo el pueblo de culpa, aunque dirige su discurso a los sacerdotes; pues su objetivo era mostrar que todo se había corrompido tanto entre el pueblo, que los sacerdotes se habían convertido, por así decirlo, en los principales en el desprecio de la religión, en los sacrilegios y en toda clase de contaminación. De aquí se sigue que no había nada sano ni correcto en la comunidad, pues cuando los ojos mismos están sin luz, no pueden cumplir con su deber hacia el cuerpo, y ¿qué seguirá a fin de cuentas?

Dios, sin duda, muestra entonces que prevalecían grandes corrupciones y se habían extendido tanto entre el pueblo, que quienes debían ser ejemplos para los demás, se habían sacudido el yugo y se habían entregado a un libertinaje desenfrenado. Esta es la razón por la que el profeta condena a los sacerdotes, aunque al principio incluía a todo el pueblo, como se desprende del contexto.

Debemos tener presente, al mismo tiempo, lo que hemos dicho en otra ocasión, que la culpa del pueblo no se atenuó porque el pecado del sacerdote fuera el más grave, sino que todos estaban involucrados en la misma ruina; pues Dios, en este caso, no absolvió al

pueblo común, puesto que era culpable de los mismos pecados; sino que muestra que la culpa más grave recaía en los maestros, quienes no habían reprendido al pueblo, sino que, por el contrario, habían aumentado el libertinaje con su disimulación, como veremos más adelante.

Dice que *menospreciaban su nombre*; no que el temor de Dios prevaleciera en otros, sino que era deber de los sacerdotes reprender la impiedad de todo el pueblo. Como entonces permitían tanta libertad a otros, era evidente que el nombre de Dios era poco estimado por ellos; pues si hubieran tenido verdadero celo, no habrían permitido que el culto a Dios fuera pisoteado ni profanado, como pronto descubriremos que ocurrió.

Luego sigue, *Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?* Así como el profeta al principio abordó indirectamente la hipocresía y la perversidad del pueblo, ahora sin duda repite lo mismo usando un lenguaje similar, pues ¿cómo era posible que tanto los sacerdotes como el pueblo preguntaran sobre un asunto sencillo, como si fuera oscuro, excepto porque estaban ciegos a sus propios vicios? Ahora bien, la causa de la ceguera es la hipocresía, y luego, como suele suceder, trae consigo la perversidad; pues todos los que se engañan a sí mismos se atreven incluso a alzar sus cuernos contra Dios y a clamar con petulancia que los trata con demasiada severidad; pues el profeta sin duda no relata aquí sus palabras, excepto con el propósito de mostrar que tenían un frente tan descarado y un cuello tan duro, que rechazaron con valentía todas las reprensiones. Vemos hoy en día en el mundo la misma insensatez; Pues, aunque los crímenes reprobados son suficientemente conocidos, incluso los más malvados objetan de inmediato y dicen que se les ha infligido daño; y no reconocen una falta a menos que sean condenados cien veces, e incluso entonces fingen. Y, en verdad, si no hubiera pruebas diarias que nos mostraran cuán refractarios son los hombres a Dios, sería increíble. El profeta, entonces, con esta expresión mordaz, sin duda aguijoneó e hirió tanto al pueblo como a los sacerdotes, insinuando que era tan grave su hipocresía que se atrevían a buscar soluciones, cuando sus crímenes eran públicamente conocidos.

Decís, ¿En qué hemos menospreciado tu nombre? Preguntaron como si se frotaran la frente, y luego cobraron valentía, "¿Qué significa esto? Pues nos acusas de ser malvados y sacrílegos, pero no tenemos conciencia de ningún mal". Entonces la respuesta se da en nombre de Dios, "*Ofrecéis sobre mi altar pan inmundo*". Cabe preguntarse, "¿Debería esto imputarse a los sacerdotes como un delito? Si se hubieran ofrecido víctimas, como Dios manda en su ley, habría sido para beneficio de los sacerdotes; y si se hubiera traído grano fino, habría sido ventajoso para los sacerdotes". Pero me parece probable que los sacerdotes sean condenados porque, como hombres hambrientos y famélicos, se apoderaron

indiscriminadamente de todo lo que les rodeaba. Algunos creen que los sacerdotes violaron la ley de forma flagrante y fraudulenta al cambiar las víctimas, que cuando se ofrecía un carnero gordo, los sacerdotes, según suponen, lo quitaban y ponían en su lugar un carnero flaco, cojo o mutilado. Pero esta perspectiva no me parece adecuada al pasaje. Consideremos, pues, el significado como el que he expuesto, que Dios aquí contiene con todo el pueblo, pero que dirige sus reproches a los sacerdotes, porque eran doblemente culpables, pues formaban parte del pueblo y también permitieron que Dios fuera deshonrado; pues ¿qué podría haber sido más vergonzoso que ofrecer víctimas y pan contaminados?

Si ahora se pregunta si esto se debió atribuir como falta a los sacerdotes, la respuesta es ésta, que el pueblo en ese entonces no era muy rico, pues hacía poco que habían regresado del exilio y no habían traído consigo muchas riquezas, y la tierra estaba desolada y sin cultivar. Como entonces había tanta necesidad entre el pueblo, y cada uno buscaba su propio beneficio, según lo que hemos visto en el profeta Hageo (**Hageo 1:4**), y descuidaban el templo de Dios y sus sacrificios, no hay duda de que deseaban de todas maneras cumplir con su deber hacia Dios, y por lo tanto trajeron animales cojos o ciegos; y, por lo tanto, todo el culto a Dios quedó viciado, y sus sacrificios contaminados. Los sacerdotes debieron haber rechazado todo esto y haber clausurado el templo de Dios, en lugar de haber recibido indiscriminadamente lo que Dios había prohibido. Como esta indiferencia del pueblo no era más que una profanación del culto divino, los sacerdotes debieron oponerse firmemente. Pero como ellos mismos estaban hambrientos, pensaron que era mejor aferrarse a todo lo que les rodeaba, "¿Qué será de nosotros?", dijeron. "Si rechazamos estos sacrificios, por muy perversos que sean, no ofrecerán nada; y así moriremos de hambre, y no habrá ninguna ventaja; y nos veremos obligados en este caso a abrir y cerrar el templo, y a ofrecer sacrificios a nuestras expensas, y no estamos a la altura de esta carga". Dado que entonces los sacerdotes perdonaron al pueblo para beneficio propio, nuestro profeta los reprende con justicia y dice, "*ofrecéis pan inmundo*".

Era, en efecto, el oficio de los sacerdotes servir pan diariamente; pero ¿de dónde se obtenía pan si no se ofrecía? Ahora bien, nada se perdía para los sacerdotes cuando ofrecían pan diariamente ante Dios, pues lo recibían al instante; y por ello preferían, por ser más ventajoso para ellos, ofrecer pan bien aprobado, hecho de flor de harina. Pero, como he dicho, su propia conveniencia se interpuso, pues creían que no podrían convencer al pueblo, "Si irritamos a estos hombres, negarán tener algo que ofrecer; y así, el templo quedará vacío, y nuestras propias casas estarán vacías; entonces es mejor aceptar pan ordinario que nada; al menos alimentaremos a nuestras familias y sirvientes con este pan,

después de haberlo ofrecido al Señor”. Vemos, pues, cómo la culpa recaía sobre los sacerdotes, cuando el pueblo ofrecía pan contaminado y víctimas no aprobadas.

Hasta ahora he explicado las palabras del profeta con referencia principalmente al pan de la proposición; no porque deban interpretarse tan estrictamente como muchos intérpretes las han considerado; pues bajo el nombre de pan se incluye, sabemos, toda clase de comestibles; por lo tanto, me parece probable que la palabra deba extenderse a todos los sacrificios; pero aquí se menciona un tipo como ejemplo; y parece también que se añade lo que sigue inmediatamente como explicación, *ofrecéis al cojo, ciego o el enfermo*. Dado que estas cosas están relacionadas, no dudo de que Dios se refiere aquí al pan como a toda clase de ofrenda, y sabemos que el pan de la proposición no se ofrecía en el altar; sino que había una mesa aparte designada para este propósito cerca del altar. Y por qué Dios designa con pan todos los sacrificios se explica fácilmente; pues Dios quería que se le ofrecieran sacrificios como si tuviera su morada y mesa entre los judíos; No era su propósito, en realidad, llenar sus mentes con imaginaciones burdas, como si comiera o bebiera, pues sabemos que los paganos han sido engañados con tales ideas; sino que su designio era únicamente recordarles a los judíos la morada que había elegido para sí entre ellos. Pero pronto se hablará más sobre este tema; ahora procederé a considerar las palabras.

Ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis, "*¿En qué hemos menospreciado tu nombre?*". Los sacerdotes responden de nuevo como si Dios los acusara injustamente, pues alegan su inocencia, ya que la pregunta debe considerarse aquí como una negación, "*¿En qué, pues, hemos menospreciado tu nombre?*". Niegan haber sido condenados con razón, puesto que habían servido debidamente a Dios. Pero podemos concluir, según lo dicho anteriormente, que el pueblo estaba bajo la influencia de una grave hipocresía y se había endurecido en su obstinación. Lo mismo ocurre hoy en día; aunque exista tal masa de crímenes, que prevalece en todo el mundo e incluso inunda la tierra, nadie soportará ser condenado; pues todos miran a los demás, y así, cuando aparecen pecados no menos graves en otros, todos se absuelven. Esta es, pues, la insensatez que el profeta vuelve a incitar, "*Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?*". Él y otros profetas sin duda acusaron a los judíos de este sacrilegio, que contaminaron el nombre de Dios.

Pero es de saber que pocos piensan que contaminan a Dios y su nombre cuando lo adoran supersticiosamente o formalmente, como si se tratara de un niño; pero vemos que Dios mismo declara que toda la religión es profanada y que su nombre es vergonzosamente contaminado cuando los hombres juegan con él de esa manera.

Él responde, *En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable*. Aquí el profeta descubre la fuente de su pecado; y muestra, como con el dedo, que habían despreciado los ritos propios del culto a Dios. La razón sigue, *Si ofrecéis a los ciegos como sacrificio, no es malo*. Algunos interpretan la última cláusula como una pregunta, ¿No es malo?, pero, la marca de una pregunta no está aquí; y podemos fácilmente deducir del contexto que el profeta aún relata con qué presunción tanto los sacerdotes como todo el pueblo creían que podían ser absueltos y obtener el perdón, “No es malo si se ofrece al cojo, si se ofrece al ciego, si se ofrece al manco; no hay nada malo en todo esto”. Ahora entendemos entonces lo que el profeta quiere decir.

Pero el tema habría sido obscuro si no se hubiera dado una explicación más completa con estas palabras, *Inmunda es la mesa de Jehová*. Dios muestra aquí, como ya he dicho, por qué estaba tan disgustado con los judíos. Nada es tan precioso como su adoración; y él había instituido bajo la ley sacrificios y otros ritos para que los hijos de Abraham pudieran ejercitarse en adorarlo espiritualmente. Era como si hubiera dicho que no le importaban las ovejas ni los terneros, ni nada parecido, pero que su impiedad era suficientemente manifiesta, pues no creían que toda la religión fuera despreciada cuando despreciaban los actos externos de adoración según la ley. Dios entonces desvía la atención de los judíos de los animales hacia sí mismo, como si dijera, “Me ofrecéis animales cojos y ciegos, cuya ofrenda he prohibido; es evidente que sois infieles; y si decís que son cosas pequeñas e insignificantes, os respondo que debisteis haber considerado el fin para el cual diseñé que se me ofrecieran sacrificios, y haber ordenado que se pusiera pan en mi mesa en el santuario; pues por estas señales debisteis saber que vivo entre vosotros, que todo lo que coméis o bebéis es sagrado para mí, y que todo lo que poseéis os llega por mi generosidad. Como habéis descuidado este fin para el cual se han designado los sacrificios, es evidente que no os importa la verdadera religión”.

Ahora comprendemos por qué el profeta objeta a los sacerdotes que habían llamado despreciable la mesa de Jehová; no porque lo hubieran dicho expresamente, sino porque habían considerado casi insignificante pervertir y adulterar todo el culto divino según la ley, que era una evidencia de religión cuando la había.

Ahora bien, puede parecer extraño que Dios en un momento requiera tan estrictamente sacrificios puros e inste a su observancia, mientras que en otro momento dice que no busca sacrificios, “*Porque misericordia quiero, y no sacrificio*” (**Oseas 6:6**); y también, “¿Acaso mandé a vuestros padres, cuando los liberé de Egipto, que me ofrecieran víctimas? Con esto solo me conformé, que obedecieran mi voz”. Dice después en Miqueas:

¿Seré propicio a vosotros si me ofrecéis todos vuestros rebaños? Antes bien, oh hombre, humíllate ante tu Dios. Miqueas 6:6

Lo mismo se dice en el **Salmo 50**, en el primer y último capítulo de Isaías, y en muchos otros lugares. Dado que Dios en otros lugares menosprecia los sacrificios y demuestra que no los tiene en tan alta estima, ¿por qué ahora reprende con tanta severidad a los judíos por ofrecer animales cojos y mutilados? Respondo que había una razón por la que Dios, con esta reprimenda, revelaría la impiedad del pueblo. Si todas sus víctimas hubieran estado gordas o bien alimentadas, nuestro profeta habría hablado como vemos que otros lo han hecho; pero como su infidelidad había llegado tan lejos que demostraban incluso a los niños que no respetaban la adoración a Dios, como habían avanzado tanto en la desvergüenza, era necesario que fueran así condenados por impiedad; y por eso dice, *Me ofrecéis pan inmundo*, como si hubiera dicho, “Yo les doy alimento; era su deber ofrecerme las primicias, los diezmos y el pan de la proposición; y el propósito de estas acciones externas es que se consideren alimentados por mí diariamente, y también que se alimenten con moderación y templanza del pan, la carne y otras cosas que se les dan, como si estuvieran sentados a mi mesa. Porque cuando ven que el pan hecho del mismo maíz está ante la presencia de Dios, esto debe venir a su mente, ‘Es la voluntad de Dios, como si viviera con nosotros, que una porción del mismo pan se ponga siempre en la mesa santa’. Y luego, cuando ofrecen víctimas, no solo deben ser estimulados al arrepentimiento y la fe, sino que también deben reconocer que todo esto es sagrado para Dios, pues cuando colocan ante el altar un becerro, un buey o un cordero, y luego ven el animal sacrificado (una parte del cual queda para los sacerdotes) y el altar rociado con sangre, deben pensar así interiormente. Ellos mismos dijeron, ‘Miren, tenemos todas estas cosas en común con Dios, como si, revestido de forma humana, habitara con nosotros y compartiera la misma comida y la misma bebida’. Deberían haber realizado así sus ritos externos.”

Dios ahora se queja con justicia de que su mesa era despreciable, como si hubiera dicho que su favor fue rechazado porque el pueblo, como en desprecio, trajo pan ordinario, como si quisieran alimentar a algún porquero, una conducta similar a la mencionada en Zacarías, cuando Dios dijo que se le ofrecía una recompensa como si fuera un jornalero indigno (**Zacarías 2:12**), “Os he alimentado con esmero”, dice, “y ahora exijo mi recompensa, dais por mí treinta monedas de plata, un precio miserable y vergonzoso”. Así también en este lugar, *decís: Inmunda es la mesa de Jehová*. Hay un énfasis en el pronombre; Porque Dios demuestra que de ninguna manera merecía tal reproche, “¿Quién soy yo para que despreciéis así mi mesa? La he consagrado para que tuvierais acceso a mí, como si habitara en el santuario visible; pero habéis despreciado mi mesa como si yo no fuese nada”.

Luego añade, *Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso se agrada de ti, o le serás acepto?* Dios se queja aquí de que se le honra menos que a los mortales, pues utiliza esta comparación, “Cuando alguien debe un tributo o impuesto a un gobernador y trae algo defectuoso o defectuoso, no lo recibirá”. De ahí deduce que se sintió extremadamente insultado, pues los judíos se atrevieron a ofrecerle lo que cualquier mortal rechazaría. Razona así, de menor a mayor, que esto no era un sacrilegio tolerable, ya que los judíos habían abusado con tanta presunción de su bondad.

Malaquías 1:9

9 *Ahora, pues, orad por el favor de Dios, para que tenga piedad de nosotros. Pero ¿cómo podéis agradecerle, si hacéis estas cosas? dice Jehová de los ejércitos.*

Aquí hiere a los sacerdotes con mayor gravedad, pues se habían degenerado tanto que eran totalmente indignos de su honorable oficio y título. “Vayan”, dice, “*oren por el favor de Dios*”. Todo esto es irónico; pues se equivocan mucho quienes piensan que el profeta exhorta aquí a los sacerdotes a pedir humildemente perdón a Dios, tanto por ellos mismos como por el pueblo. Al contrario, se dirige a ellos, como he dicho, con ironía, al decirles que sean intercesores y mediadores entre Dios y el pueblo; y, sin embargo, eran hombres profanos que, por su parte, contaminaron todo el culto a Dios y, por lo tanto, subvirtieron toda la religión, *vayan oren por el favor de Dios*. Este deber, como sabemos, se les impuso a los sacerdotes; debían acercarse al santuario y presentarse ante Dios como si fueran abogados que defendieran la causa del pueblo, o al menos intercesores para apaciguar a Dios. Siendo, pues, en este respecto tipos de Cristo, les convenía esforzarse por ser santos; y aunque el pueblo se abandonaba a toda clase de maldad, convenía, sin embargo, a los sacerdotes dedicarse con toda reverencia a los deberes de su llamamiento; y como Dios los había preferido a sus hermanos, ellos debieron consagrarse especialmente a él con todo temor; porque cuanto más excelente era su condición, más eminente debía ser su piedad y santidad. Con razón, pues, el profeta los arremete tan severamente contra ellos, porque no consideraron que se les honraba con el sacerdocio para que pudieran suplicar a Dios, apaciguar su ira y reconciliar con él a los miserables, *vayan, dice, oren por el favor de Dios*”; ¡en verdad, *él te aceptará!* Ahora entendemos el verdadero significado del profeta.

Y ahora, dice, tendrá piedad de nosotros. Aquí también el profeta los ridiculiza, porque se jactaban de poder, gracias a su alta dignidad, hacer propicio a Dios; ¡en verdad!, dice, *tendrá piedad de nosotros.* Pero *esto se hace por vuestra mano, es decir, por vosotros.* “¿Levantán las manos a Dios? ¿Y se apaciguará al verlos? Como están contaminados, son indignos del honor y el oficio del que tan orgullosamente os gloriáis”.

Sin embargo, como ya dijimos, no atenúa la culpa del pueblo, ni mucho menos exime de culpa a quienes estaban implicados en los mismos crímenes; pero muestra que la situación era completamente desesperada; pues el pueblo común ignoraba a Dios, y los sacerdotes, sin hacer distinciones, recibían todo tipo de víctimas, solo para no pasar necesidad. Les muestra que la situación del pueblo era extremadamente mala, pues no había nadie que pudiera, según lo exigía su oficio, apaciguar a Dios. *¿cómo podéis agradecerle?*

El profeta parece aludir a la persona del Mediador; pues como Cristo aún no se había aparecido, cuando el sacerdote se presentó ante el altar, era como si Dios mirara el rostro de uno, y así se volviera propicio para todos. Por esta razón, dice que los sacerdotes no eran dignos de que Dios los mirara, ya que habían profanado su santuario y corrompido todo su servicio.

Malaquías 1:10

10 *¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda.*

Continúa con el mismo tema, que los sacerdotes se comportaban de forma muy vergonzosa en su oficio, y que el pueblo se había endurecido por su ejemplo, de modo que se descuidaba toda la religión. Por lo tanto, dice que no cerraron las *puertas*. Algunos intérpretes conectan ambas cosas, que no cerraron las puertas del templo ni encendieron el altar a cambio de nada; y así aplican el adverbio **הַנֵּם** *kjinnám* a ambas cláusulas, como si hubiera dicho que eran mercenarios que no se dedicaban libremente a servir a Dios, sino que buscaban ganancia y provecho en todo; y esta es la explicación comúnmente aceptada. Pero me parece mejor tomarlos por separado y decir, ¿Quién cierra las puertas? Sin embargo, no a cambio de nada, y el copulativo, **ו**, *vau*, como en muchos otros lugares, puede traducirse como *incluso*, y, sin embargo, *no encendéis mi altar a cambio de nada*; Como si Dios hubiera dicho, “He arreglado vuestras obras; sois entonces para mí como siervos jornaleros; y ahora que he ordenado que se os dé una recompensa cada vez que os presentáis ante mi altar, ¿por qué no cerráis mi puerta?”. Algunos interpretan **הַנֵּם** *kjinám*, en vano, y dan esta explicación, “¿Quién cierra las puertas? Entonces no enciendas después en vano mi altar”. Como si Dios rechazara todo el servicio, que había sido corrompido por la avaricia o la pereza de los sacerdotes, y por la presunción del pueblo.

Es cierto que es mejor separar las dos cláusulas para que el adverbio **הַנֵּם** *kjinnám* se limite a la letra; pero, como ya he dicho, puede tener un doble significado. Si traducimos **הַנֵּם** *kjinnám* en vano, el significado es que el profeta declara que trabajaron en vano mientras sacrificaban a Dios, en contra de su ley, pues debieron haber atendido especialmente a la regla que les prescribía. Como entonces despreciaron esto, con razón dice, “No me ofrezcáis en vano”; y, por lo tanto, el futuro debe interpretarse como imperativo, como sabemos que a veces ocurre en hebreo.

Pero ningún intérprete parece haber considerado suficientemente la razón por la que el profeta habla de no cerrar las puertas del templo. Sabemos que los sacerdotes estaban a cargo del templo por esta razón, para que no se admitiera nada contaminado; pues entre los levitas había algunos porteros y otros de pie en la entrada; en resumen, todos ocupaban sus puestos; y luego, al traer la víctima, era oficio de los sacerdotes examinarla y verificar que fuera tal como exigía la ley de Dios. Como entonces era su oficio especial asegurarse de que nada contaminado entrara en el templo de Dios, con razón se queja aquí de que recibían indiscriminadamente lo defectuoso y profano; por lo tanto, declara con razón (pues esta me

parece la explicación correcta), “No ofrezcáis en vano”. Luego concluye que los sacerdotes perdían todo su esfuerzo al sacrificar así, porque Dios no quería que su nombre fuera profanado y, con justicia, prefería la obediencia a todos los sacrificios. Por lo tanto, niega que hicieran algún bien al matar víctimas, pues, en primer lugar, debieron haber atendido a esto, no cambiar nada de la palabra de Dios ni desviarse de ella en lo más mínimo. Pero ahora no puedo continuar.

Malaquías 1:11

11 Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y ofrenda limpia, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice Jehová de los ejércitos.

Aquí Dios muestra que ya no le importaban los judíos, pues ordenaría que se le erigieran altares en todas partes del mundo, para que todas las naciones lo adoraran con pureza. Es, sin duda, una profecía notable en cuanto al llamado a los gentiles; pero debemos recordar especialmente esto, siempre que los profetas hablan de este llamado, prometen la propagación del culto a Dios como un favor para los judíos, o como un castigo y un reproche.

Los profetas entonces prometieron a los judíos que los gentiles se aliarían con ellos; lo mismo hace Zacarías.

*En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros. **Zacarías 8:23***

Habría sido entonces el mayor honor para los judíos si se hubieran convertido en maestros de todas las naciones, para instruirlos en la verdadera religión. Así también Isaías dice que quienes antes eran extranjeros se convertirían en discípulos del pueblo elegido, para que se sometieran voluntariamente a su enseñanza. Pero, así como los judíos han caído de su lugar, los gentiles han tenido éxito y han ocupado su posición. Por eso, los profetas, al hablar del llamamiento de los gentiles, a menudo lo denuncian como un castigo para los judíos; como si hubieran dicho que, al ser repudiados, habría otros hijos de Dios, a quienes él sustituiría en su lugar, según la amenaza de Cristo a los hombres de su época.

*el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. **Mateo 21:43***

Tal es esta profecía, nuestro profeta no abre simplemente el templo de Dios a los gentiles, para conectarlos con los judíos y unirlos en la verdadera religión, sino que primero excluye a los judíos y muestra que el culto a Dios sería ejercido en común por los gentiles, porque la doctrina de la salvación se propagaría hasta los últimos confines de la tierra.

Esta diferencia debe notarse, la cual los intérpretes no han observado, y sin embargo es fundamental conocer; y por falta de conocimiento, pasajes completamente diferentes se han mezclado indiscriminadamente. El profeta, pues, no promete aquí, como hemos afirmado a menudo en otros pasajes, que el mundo entero se sometería a Dios, de modo que la verdadera religión prevalecería en todas partes, sino que reprende a los judíos, como si dijera, “Dios los ha repudiado, pero encontrará otros hijos para sí, que ocuparán su lugar”. Había repudiado en el último versículo sus sacrificios, y sabemos con qué altivez los judíos se glorificaban en la santidad de su raza. Como entonces estaban tan llenos de orgullo, pensaban que Dios no sería Dios si no los tuviera como su santa Iglesia. El profeta les responde y se anticipa a su objeción diciendo que el nombre de Dios sería celebrado en todo el mundo, “Sois un pueblo pequeño, pero todas las naciones se unirán en un solo cuerpo para adorar a Dios juntas; Dios entonces no os necesitará, y tras rechazaros, su reino no decaerá. Creéis que su reino no puede estar a salvo y que su gloria perecerá si no lo adoráis; pero ahora os declaro que la adoración a Dios florecerá en todas partes, incluso después de que os expulse de su familia”.

Ahora vemos lo que el profeta quiere decir cuando afirma que Grande será el nombre de Dios desde la salida hasta la puesta del sol. El **Salmo 113:3** simplemente dice: *Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone, sea alabado el nombre de Jehová.*

En realidad, allí solo es una promesa, pero aquí el profeta incluye el castigo que merecían los judíos, como si hubiera dicho que, tras ser rechazados por Dios a causa de su ingratitud, los gentiles serían santos para Dios, porque él los adoptaría en lugar de ese pueblo malvado e impío.

Pero he dicho que el llamado a los gentiles se prueba aquí claramente, o puede deducirse con certeza de esta profecía, por esta razón, el nombre de Dios no puede ser grande sin la enseñanza de la verdad. Por lo tanto, es lo mismo que si el profeta hubiera dicho que la ley dada a los judíos sería proclamada entre todas las naciones, para que la verdadera religión se extendiera por doquier, pues la base de la verdadera religión es saber cómo debemos adorarlo, ya que la obediencia es mejor que todos los sacrificios. Y es necesario siempre partir de este principio, conocer al Dios a quien adoramos; y por ello, Cristo mismo, en el cuarto capítulo de Juan, condena todas las religiones que prevalecían entonces en el mundo, porque los hombres adoraban con presunción a dioses inventados por ellos mismos. Puesto que es necesario, pues, que el culto a Dios se base en la verdad, entonces Dios declara que su nombre sería renombrado en todo lugar, y sin duda muestra que su ley sería conocida por todas las naciones, para que su voluntad fuese conocida en todas partes, lo cual es, como hemos dicho, la única regla de la verdadera religión.

Luego añade, “*en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y ofrenda limpia*”. ¿Por qué? *porque grande es mi nombre*. La repetición no es inútil; pues era algo increíble entonces, puesto que Dios no había separado en vano a los judíos del resto del mundo; ni era un elogio común, cuando Moisés dijo en **Deuteronomio 4**, “*Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?*”. Por eso también dice el **Salmo 147:20**, *No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; Y en cuanto a sus juicios, no los conocieron*.

Era entonces un privilegio peculiar de la raza de Abraham que Dios fuera conocido y adorado por ellos. La misma novedad, entonces, de lo que aquí se dice podría haber cerrado la puerta a esta profecía; y esta es la razón por la que el profeta confirma repetidamente lo que entonces era difícil de creer, *grande es mi nombre entre las naciones*.

También debemos tener presente que Dios no puede ser adorado correctamente a menos que sea conocido, lo cual Pablo confirma cuando dice, “*¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?*” **Romanos 10:14**, pues si la verdad no brilla, andaremos a tientas como ciegos y deambularemos por caminos tortuosos. Por lo tanto, no hay religión aprobada por Dios excepto la que se basa en su palabra.

Además, el profeta, con מִנְחָה, *minkjá* ofrenda y con incienso, se refiere a la adoración a Dios; y esta forma de hablar es común en las Escrituras, pues los profetas que estaban bajo la ley adaptaron sus expresiones a la comprensión del pueblo. Siempre que pretendían mostrar que todo el mundo llegaría a la fe y a la verdadera religión, decían, “Se construirá un altar a Dios”; y con altar, sin duda, se referían a la adoración espiritual, y no a que, tras la venida de Cristo, debieran ofrecerse sacrificios. Porque ahora no hay altar para nosotros; y quien se construye un altar a sí mismo, subvierte la cruz de Cristo, en la que ofreció el único sacrificio verdadero y perpetuo.

De ahí que esta forma de hablar debe interpretarse de modo que podamos comprender la analogía entre los ritos legales y la forma espiritual de adorar a Dios que ahora se prescribe en el Evangelio. Aunque las palabras del profeta son metafóricas, su significado es bastante claro, Dios será adorado en todas partes. Pero ¿qué son los sacrificios del Nuevo Testamento? Son oraciones y acciones de gracias, según lo que dice el Apóstol en el último capítulo de la epístola a los Hebreos. Bajo la ley también existía el culto espiritual a Dios, como se afirma especialmente en el **Salmo 50**; pero había sombras relacionadas con él, como se insinúa en estas palabras de Cristo:

la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad **Juan 4:23**

Ciertamente, no niega que Dios fuera adorado en espíritu por los padres; pero como esa adoración estaba oculta bajo ritos externos, dice que ahora, bajo el evangelio, se enseña la verdad simple y, por así decirlo, desnuda. Lo que dice el profeta sobre las ofrendas y el incienso era válido bajo la ley; pero ahora debemos ver lo que Dios manda en su evangelio y cómo quiere que lo adoremos. No encontramos allí incienso ni sacrificios.

Este pasaje no dice nada más que llegaría el tiempo en que la adoración pura y espiritual a Dios prevalecería en todo lugar.

Y así se ve cuán absurdos son los papistas cuando deducen que Dios no puede ser adorado sin algún tipo de sacrificio; y sobre esta base defienden la impiedad de su misa, como si fuera el sacrificio del que habla el profeta. Pero nada puede ser más necio y pueril; pues el profeta, como hemos dicho, adopta un modo de hablar común en las Escrituras. Y si admitiéramos que ofrenda e incienso se tomaran aquí literalmente, ¿cómo podría מִנְחָה *minkjá*, ofrenda, ser el cuerpo y la sangre de Cristo? "¡Oh!", dicen, "es un sacrificio hecho de pan, al que se le añadió vino. ¡Oh! Cristo lo ha ordenado así". Pero ¿dónde ha dicho "sacrificio"? Niegan de nuevo que sea pan, pues dicen que se transubstancia en el cuerpo de Cristo, ahora bien, no es un sacrificio de pan ni de flor de harina; pues solo la forma, visible a los ojos y sin sustancia, permanece, como imaginan. Mientras tanto, no hay razón para que discutamos con detenimiento un tema tan claro; Porque como hemos visto en Joel.

derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. **Joel 2:28**

Así también encontramos algo similar en este pasaje; pues los apóstoles, aunque no fueron instruidos por visiones, sabemos que fueron iluminados; y, además, las visiones no eran comunes al comienzo del evangelio, ni los sueños; de hecho, eran cosas muy raras. ¿Qué quiere decir Pablo entonces? Porque habla de toda la Iglesia, como si hubiera dicho que todos, desde el más pequeño hasta el más grande, serían profetas. ¿Se convirtieron en profetas por visiones y sueños aquellos a quienes Dios iluminó con la doctrina del evangelio? De ninguna manera. Pero Joel, como ya he dicho, adaptó sus palabras al tiempo de la ley. Así también en este pasaje el profeta, mediante la ofrenda y el incienso, designa el culto espiritual a Dios. Prosigamos ahora.

Malaquías 1:12

12 *Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que su alimento es despreciable.*

Este versículo puede limitarse a los sacerdotes o extenderse a todo el pueblo; ambas perspectivas son apropiadas. En cuanto a mi opinión, no dudo de que el profeta reprende aquí con mayor severidad a los sacerdotes, y que al mismo tiempo extiende su reproche al pueblo en general. Vimos en nuestra lección anterior cómo los sacerdotes habían contaminado la religión y cuán impiamente habían profanado el culto a Dios; pero este era el pecado general de todo el pueblo, como veremos enseguida. Sepamos, pues, que aquí se reprende a todo el pueblo, así como a los sacerdotes; pero como el delito de los sacerdotes era más grave, al ser motivo de sacrilegio para otros, el profeta los ataca de manera especial, “*Habéis profanado mi nombre*”.

Él da una razón y, al mismo tiempo, agrava su culpa, pues podrían haberse quejado de que Dios no solo los equiparó con los gentiles, sino que también los rechazó y los sustituyó por extranjeros. Demuestra que Dios tenía una causa justa para desheredarlos y adoptar a los gentiles como hijos suyos, pues habían profanado el nombre de Dios. Al mismo tiempo, amplifica su pecado al decir, “Los gentiles, por quienes hasta ahora he sido despreciado y a quienes no se les di a conocer mi nombre, pronto llegarán a la fe; así mi nombre será grande, será adorado con reverencia por todas las naciones; pero ustedes lo han profanado”. Ciertamente era muy extraño que los judíos, singularmente escogidos e iluminados por la doctrina de la Ley, contaminaran tan presuntuosamente el culto de Dios, como si lo despreciaran, y que los gentiles, siendo novicios, rindieran obediencia a Dios tan pronto como gustaron la verdad de la religión, de modo que su gloria llegó a ser ilustre a través de ellos.

Posteriormente muestra cómo se profanó el nombre de Gog, *decís: Inmunda es la mesa de Jehová*; es decir, no distinguís entre lo sagrado y lo profano. Pues repite lo que ya vimos, que los judíos consideraban un asunto trivial que los profetas les enseñaran que Dios debía ser adorado con toda reverencia. Sin embargo, no es probable que profirieran abiertamente una blasfemia como la de que la mesa de Dios estaba profanada; pero es fácil concluir, a partir de lo dicho, que la mesa de Dios fue profanada por ellos, pues no le dieron importancia. Los judíos deberían haber considerado la santidad de la mesa como para no acercarse al santuario sin verdadero arrepentimiento y fe; deberían haber sabido que tenían que ver con Dios, y que su majestad debería haberlos conmovido profundamente. Así pues, cuando llegaron al templo, trayendo consigo su inmundicia como la de los cerdos, era

evidente que no sentían reverencia alguna por el templo, ni por el altar, ni por la mesa. En este sentido deben entenderse las palabras del profeta, no que los judíos se burlaran abiertamente de Dios, sino que la santidad del templo no les importaba.

Con respecto a la *Mesa*, dijimos que cuando Dios ordenó que se le ofrecieran sacrificios, era como si viviera familiarmente entre los judíos y se convirtiera en su compañero. Fue el mayor honor y un ejemplo de la inefable bondad de Dios que condescendiera de esta manera, para que el pueblo supiera que no debía ser buscado lejos. Y por esta razón, su impiedad fue menos excusable, pues no consideraron que los sacrificios se celebraban en la tierra para que sus mentes se elevaran por encima de los cielos; pues es para este propósito que Dios desciende a nosotros, incluso para elevarnos por encima, como hemos dicho en otro lugar. Fue entonces una insensatez extremadamente baja y vergonzosa por parte de los judíos, no considerar que la mesa de Dios estaba puesta entre ellos, para que por la fe pudieran penetrar en el cielo y saber que estaba ante sus ojos.

En cuanto a las palabras *su alimento es despreciable*, debemos observar que algunos traducen **נִיב** *nob* como palabra, y traen este pasaje de Isaías: “produciré fruto de labios: Paz, paz (**Isaías 57:19**). El verbo **נִיב** *nob* significa fructificar; por lo tanto, **נִיב** *nob* es fruto o producto. Si admitiéramos que se toma metafóricamente como palabra, no veo razón para apartarnos de su significado simple y real. Pues primero habría un relativo sin antecedente, **נִיבו** *nibu*, su palabra; y luego habría un cambio de número; pues lo aplican a los sacerdotes, su palabra, es decir, la palabra de ellos ¿de quién? De los sacerdotes. Sé que es común en hebreo poner un relativo sin antecedente; pero como he dicho, nada lo requiere aquí. La traducción más adecuada, entonces, es, *Su provisión*, es decir, del altar, *es el despreciable alimento* de Dios. Entiendo, entonces, que estas palabras significan que un discurso como este se escuchaba a menudo tanto en boca del pueblo como de los sacerdotes, “¡Oh! La provisión para el altar es cualquier tipo de carne; no se preocupen tanto en su elección como para ofrecer los mejores animales; porque Dios se satisface incluso con los flacos y los mutilados”.

Y aquí de nuevo Dios reprende la impiedad y el desprecio del pueblo; y al mismo tiempo condena su avaricia, porque tomaban lo peor de sus animales para ofrecerlo en el templo, como si perdieran todo lo que consagraban a Dios.

Ahora entendemos suficientemente por qué llama a los sacrificios la *carne* o alimento de Dios. Solo cabe observar que la impiedad del pueblo era evidente, pues eran tan indiferentes a sus deberes; pues Dios no había instituido en vano los sacrificios y otros ritos. El desprecio de los signos, entonces, mostraba abiertamente no solo la negligencia

del pueblo, sino también su desprecio por toda religión. Si alguien hoy en día considerara insignificantes las enseñanzas externas y los sacramentos, ¿no se convertiría en un impío despreciador de Dios? Sin embargo, admito que la religión no consiste en estas cosas; pues, aunque los hipócritas fingen un celo ardiente, profanan el nombre de Dios cuando la verdad resuena en sus oídos y el corazón no se conmueve, y cuando se acercan a la mesa del Señor y, al mismo tiempo, se alejan de Cristo. Admito estas cosas; Pero como ningún verdadero siervo de Dios puede despreciar estas ordenanzas, que debido a nuestra común debilidad nos son útiles, y sin las cuales no podemos vivir mientras peregrinamos en este mundo, quienquiera que se burle de nuestra sencillez al frecuentar la casa de Dios, o que, si permanece en silencio, se abstenga de hacerlo, y considere tal práctica como nada o insignificante, es así, como he dicho, culpable de impiedad. Esta es la razón por la que el profeta reprende tan duramente a los judíos, porque decían que la provisión para el altar era el alimento despreciable de Dios.

Malaquías 1:13

13 *Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová.*

Continúa con el mismo tema, que despreciaban la adoración a Dios y la consideraban casi inútil. Debemos tener presente lo que ya he dicho, que aquí no se reprende a los judíos por haber criticado abierta y abiertamente la adoración a Dios; sino que esto era suficientemente evidente por su conducta; pues se permitieron tanto libertinaje que era evidente que estaban jugando con Dios, puesto que habían desechado todo temor y toda reverencia hacia él.

Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! Esto puede aplicarse a todo el pueblo o solo a los sacerdotes. Se suele decir de los sacerdotes que se quejaban de su duro trabajo, porque estaban continuamente en el templo, velando constantemente allí, y estaban muy ocupados limpiando los utensilios.

Los monjes, bajo el papado, y los sacerdotes, presumiendo, dicen “Mientras todos duermen, nosotros velamos; pues somos constantes en la oración”. ¡En verdad! Aúllan a medianoche en sus templos; y luego, celebrando misas y haciendo otras cosas extrañas, se imaginan que se dedican seriamente a apaciguar a Dios. En este sentido, algunos entienden este pasaje, como si los sacerdotes, para elogiar su labor, alegaran que se esforzaban mucho en el servicio de Dios, y como si Dios les hubiera encomendado muchas y difíciles tareas. Pero yo prefiero aplicar esto a todo el pueblo, sin excluir a los sacerdotes; pues el profeta condena aquí a ambos y muestra que les resultaba fatigoso dedicarse a la adoración a Dios, que lo consideraban cansancio, como decimos comúnmente, *He aquí, del cansancio*.

Y el significado de lo que sigue es el mismo, “*Lo habéis despreciado*”, es decir, con desdén. Algunos dan esta traducción, “Con dolor lo habéis conmovido”. El verbo נפח *nafákj* es propiamente despreciar; y está aquí en otra conjugación; y no puede tomarse de otra manera. Ahora bien, quienes lo traducen como conmover o tocar con dolor, se ven obligados a traducir las palabras del profeta a un sentido sumamente extraño y remoto, incluso que los sacerdotes, extremadamente ávidos de ganancias, obligaron al pueblo llano a traer sacrificios, y así los extorsionaron, pero no sin dolor y lamentación. Vemos cuán forzado es esto; por lo tanto, lo rechazo por completo. Algunos han forjado un sentido muy refinado, que de ninguna manera es adecuado, “*Lo habéis despreciado*”, es decir, habéis dicho, en efecto, que las víctimas son buenas y suficientemente gordas; y, aun así, podéis soplarlos en el aire con el aliento. Otros lo traducen como derribar, porque tiraban los

sacrificios al suelo. Pero ¿qué necesidad hay de apartarse del significado común de la palabra, ya que es fácil concluir que tanto los sacerdotes como el pueblo son condenados aquí, porque el culto a Dios les resultaba tedioso, como nosotros despreciamos algo cuando nos desagrada? La conducta de los exigentes es, entonces, lo que el profeta quiso expresar aquí. El pasaje será, por lo tanto, muy apropiado, “*Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis*”. Luego añade:

Y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. Estas palabras prueban lo mismo, que cumplieron con su deber hacia Dios de forma insignificante, ofreciendo víctimas indebidas, cuando tenían algo defectuoso o enfermo, decían que era sagrado para Dios, como se afirma en el versículo siguiente. Algunos, indebidamente, presentan גוזל *gazúl*, una presa, lo que se había obtenido injustamente, como si hubiera dicho que ofrecían víctimas obtenidas mediante saqueo. Pero me pregunto cómo pudieron distorsionar así las palabras del profeta sin ninguna pretensión. Aquí menciona tres tipos, el hurtado, el cojo y el enfermo. ¿Quién, entonces, no ve que el desgarrado era un animal despedazado por fieras? Cuando tenían un animal medio muerto, desgarrado por los lobos, pensaron que tenían una víctima adecuada, “Me veo obligado a ofrecer un sacrificio a Dios; este cordero es muy adecuado, pues el lobo ha devorado una parte de él y apenas ha escapado, como está mutilado, lo traeré”. El profeta llama entonces a esas víctimas desgarradas las que habían sido laceradas por los dientes de las bestias salvajes.

Ahora entendemos el significado de estas palabras; pero debemos recordar lo que he dicho, que Dios no exigía la celebración de ritos externos porque necesitara comida y bebida, ni porque valorara estos sacrificios, sino por su propósito. Los sacrificios que Dios exigía a su antiguo pueblo no tenían en sí mismos nada que promoviera la verdadera religión; ni el aroma de los sacrificios podía deleitar a Dios; pero el fin debía ser considerado. Como Dios ordenó y mandó que se le ofrecieran sacrificios para ejercitar a su pueblo en la penitencia y la fe, fue por esta razón que los valoró. Pero cuando el pueblo cayó en un profundo desprecio hacia ellos, al traer ante Dios, como para insultarlo, a los lisiados y cojos, su impiedad, extremadamente vil e intolerable, como ya he dicho, se hizo plenamente evidente. Esta es la razón por la que el profeta reprende ahora con tanta vehemencia a los sacerdotes y a todo el pueblo; ofrecían a Dios sacrificios que el hombre habría rechazado, según lo que vimos anteriormente.

Malaquías 1:14

14 *Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones.*

Llego ahora a la clase de fraude que practicaron, *teniendo*, dice, *machos en su rebaño*, es decir, un cordero o un carnero, cuando hace votos, entonces lo que es corrupto lo ofrece a Jehová. Luego quiere decir que, aunque fingieron alguna religión, no hicieron nada con un corazón sincero y honesto; porque inmediatamente se arrepintieron del voto hecho a Dios; pensaron que podrían verse reducidos a la pobreza si eran demasiado generosos en sus sacrificios. De ahí que el profeta demuestre que ofrecieron a Dios con doble ánimo, y que todo lo que ofrecieron de ese modo estaba contaminado, porque no procedía de un motivo correcto.

Anteriormente dijimos que el profeta no requería bestias gordas o delgadas, porque Dios valoraba la sangre o la carne de los animales por sí misma, sino para el fin en vista; porque estas eran las actuaciones de la religión por las cuales Dios diseñó para entrenar a los judíos para el fin contemplado, y en el deber del arrepentimiento. Como entonces eran tan sórdidos en cuanto a estos sacrificios, era fácil concluir que eran groseros y profanos despreciadores de Dios, y que no se preocupaban por la religión.

La razón sigue, *Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones*. Dios declara aquí que su majestad no tenía importancia entre los judíos, como si hubiera dicho, "¿Con quién crees que tienes que ver?" Y esto es lo que debemos considerar cuidadosamente cuando estamos comprometidos en el servicio de Dios. De hecho, sabemos que es un vicio que ha prevalecido en todas las épocas, que todas las naciones e individuos pensaron que adoraban a Dios, cuando idearon ritos necios y frívolos según sus propias fantasías. Entonces, si tenemos el deseo de adorar a Dios correctamente, debemos recordar lo grande que es; porque su majestad nos elevará por encima del mundo entero, y cesará esa audacia que posee casi toda la humanidad; porque piensan que su propia voluntad es una ley, cuando presuntuosamente imponen algo a Dios. Entonces, la grandeza de Dios debe humillarnos, para que no le adoremos según las percepciones de nuestra carne, sino que le ofrezcamos sólo lo que es digno de su gloria celestial.

De nuevo repite lo que hemos observado antes, aunque los judíos lo ignoraron, que era un gran rey en todo el mundo. Como entonces los judíos pensaban que no se podían ofrecer sacrificios a Dios, como él aceptaría, en cualquier otro lugar que no fuera Jerusalén

y en el templo del monte Sion, él testifica que es un gran rey incluso en los lugares más lejanos del mundo. De ahí se sigue que la adoración de Dios no se limitaría a Judea, ni a ninguna otra parte del mundo en particular; porque por el evangelio el Señor recibiría para sí a todas las naciones y entraría en posesión de su reino.

Comentario a la profecía de Malaquías

Capítulo 2

Malaquías 2:1-2

1 Ahora, pues, oh sacerdotes, para vosotros es este mandamiento.

2 Si no oyereis, y si no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, ha dicho Jehová de los ejércitos, enviaré maldición sobre vosotros, y maldeciré vuestras bendiciones; y aun las he maldecido, porque no os habéis decidido de corazón.

Aunque los sacerdotes no pecaron solos, no es casualidad, como hemos dicho, que se les considerara los primeros en la maldad, pues su oficio era corregir lo que el pueblo hacía mal. Su disimulación incitaba al pueblo a pecar; por ello, el profeta los acusa especialmente de ser autores de impiedad; y esto es lo que sugieren sus palabras, si se consideran correctamente.

Para vosotros, dice, oh sacerdotes. Podrían haberse exonerado, o al menos haber transferido parte de su culpa a otros, "¡Oh! ¿Qué podemos hacer? Pues vemos que el pueblo se está enfriando en el culto a Dios; es mejor que se ofrezcan sacrificios imperfectos que ninguno". Como entonces podrían, evadiendo la realidad, haber atenuado un poco su culpa, el profeta los reprende con mayor dureza y dice, *Para vosotros es este mandamiento*, pues debieron haber mostrado a otros el camino correcto; pues cuando disimulaban, su connivencia no era más que un consentimiento; y así despojaron al pueblo del temor de Dios y les permitieron corromper toda la religión ofreciendo sacrificios espurios. *Para vosotros*, les dice, "Aunque todo el pueblo es culpable ante Dios, no piensen que por eso están excusados; pues les corresponde reprimir esta maldad, pues Dios los ha puesto sobre el pueblo como sus maestros y guías. Como han descuidado su deber, cualquier mal que otros hayan hecho recae justamente sobre ustedes. ¿Cómo es posible que el pueblo se haya atrevido a proceder tan impiamente? Porque a ustedes no les importa la religión; pues Dios los ha promovido al sacerdocio con este fin, preservar la integridad del culto a su nombre; pero ustedes conocen todas las profanaciones prevalecientes y guardan silencio. *Para vosotros*, entonces, *es este mandato*".

Luego añade, *Si no oyereis, y si no decidís de corazón dar gloria a mi nombre*, etc. Aquí parece amenazar solo a los sacerdotes; y, sin embargo, si alguien examina atentamente todo el pasaje, percibirá fácilmente que esta exhortación se extiende a todo el pueblo, de tal manera que se dirige en primer lugar a los sacerdotes; pues, como he dicho, la mayor parte de la culpa recaía sobre ellos. Dios entonces anuncia un severo castigo sobre todo el pueblo, así como sobre los sacerdotes, llegando incluso a *enviar maldición*. Pero para que no objetaran y dijeran que habían sido tratados con demasiada severidad, Dios muestra con qué razón se disgustó con ellos, porque no escucharon ni atendieron a sus advertencias. ¿Qué es, en realidad, menos tolerable que no escuchar a Dios hablar? Pero

como muchos creían que bastaba con aguzar el oído y luego olvidar inmediatamente lo que se había dicho, se añade, *Si no oyereis*, es decir, si no prestáis atención ni os preocupáis seriamente de lo que se dice. Vemos entonces que el profeta muestra cómo Dios tenía una justa causa para castigarlos severamente; pues era una impiedad intolerable, pues no podía obtener la atención de los hombres. Pero el profeta muestra al mismo tiempo lo que significa escuchar a Dios; por lo tanto, añade la última cláusula como definición o explicación de la primera, porque Dios no es escuchado si recibimos sus palabras con ligereza, de modo que pronto se desvanecen; pero las oímos cuando las ponemos en el corazón, o, como dicen los latinos, cuando las aplicamos a la mente. Se requiere entonces una atención seria; de lo contrario, sería como si los oídos estuvieran cerrados a Dios.

Aprendamos además de este pasaje que la obediencia es tan importante para Dios, que no tolera menos que un desprecio o una atención descuidada a su palabra, como si no tuviéramos en cuenta su autoridad. Debemos notar también que nuestra culpa ante Dios aumenta y se agrava cuando nos recuerda el camino correcto y busca promover nuestro bienestar advirtiéndonos y exhortándonos. Por lo tanto, cuando Dios es tan bondadoso con nuestra salvación, somos doblemente inexcusables si rechazamos perversamente sus enseñanzas, advertencias, consejos y otros remedios que pueda aplicar.

Ahora añade, *enviaré maldición sobre vosotros*; y esta maldición la explica inmediatamente, *maldeciré vuestras bendiciones*. Sabemos que la palabra bendición significa en todas partes en las Escrituras la beneficencia o bondad de Dios. Se dice entonces que Dios nos bendice cuando nos apoya abundantemente y nos provee de todo lo necesario. Y de ahí parece haber surgido la expresión de que Dios, solo con su aprobación, puede satisfacernos con toda abundancia de bienes. Por bendiciones, entonces, se refiere a una provisión abundante, y también al descanso de los enemigos, a un aire sano y a todo lo similar. Algunos piensan que se refiere a las oraciones con las que el sacerdote bendecía al pueblo; pero no hay razón para ello. Dios había manifestado entonces su favor a los judíos; ahora declara que los privará de todos sus beneficios para que sepan que no les es propicio. Las bendiciones, entonces, son evidencia de la generosidad y el favor paternal de Dios.

Pero inmediatamente añade, *y aun las he maldecido*. Con estas palabras demuestra su insensatez, pues ni siquiera fueron instruidos por sus maldades, las cuales, sin embargo, producen algún efecto incluso en los necios, quienes, según el proverbio común, comienzan a ser sabios cuando son castigados. Dios entonces reprende aquí la insensatez de los judíos; pues ya habían sido privados de sus beneficios, y podrían haber sabido por experiencia que él no era propicio con ellos, sino, por el contrario, un juez airado; y, sin embargo, no fueron conmovidos por la penitencia, según lo que hemos visto en los otros profetas.

Ahora entendemos el significado de las palabras, y al mismo tiempo el objetivo del profeta, *maldeciré vuestras bendiciones, y aun*, (así explico, **וְגַם** *vgam*), *las he maldecido*; pero ustedes son como bloques de madera o piedras; porque los mismos azotes no les sirven de nada. Vuelve a repetirlo, porque no os habéis decidido de corazón, para demostrar que no podía soportar el desprecio de su palabra, pues era, como hemos dicho, una señal de extrema impiedad.

Malaquías 2:3

3 He aquí, yo os dañaré la sementera, y os echaré al rostro el estiércol, el estiércol de vuestros animales sacrificados, y seréis arrojados juntamente con él. Ahora, pues, oh sacerdotes, para vosotros es este mandamiento.

Aquí confirma de nuevo lo que había dicho en el versículo anterior, que percibirían la maldición de Dios en la necesidad y la pobreza. La maldición de Dios es cualquier tipo de calamidad; pues, así como Dios declara especialmente su favor mediante un apoyo generoso, la esterilidad de la tierra y la producción defectuosa evidencian con mayor claridad la maldición de Dios. El profeta entonces muestra, mencionando una cosa, qué clase de maldición se cernía sobre los judíos, que Dios *dañara* su *sementera*. Algunos leen, pero incorrectamente, “Te dañaré a ti y a la sementera”. Me pregunto cómo los eruditos cometen errores tan pueriles, cuando no hay ninguna ambigüedad en las palabras del profeta. “*dañaré la sementera*”; es decir, “Siembra cuanto quieras, pero destruiré tu dañaré, para que no dé fruto”. En resumen, amenaza a los judíos con la necesidad y el hambre; pues la tierra no produciría nada si Dios la maldijera.

Pero como los judíos se enorgullecían de su ascendencia y siempre se jactaban de sus padres, y como la preeminencia con la que Dios los había favorecido les resultó motivo de altivez y orgullo, el profeta ridiculiza esta insensata confianza, *os echaré al rostro el estiércol*, dice, “Sois una nación santa, sois la descendencia escogida de Abraham, sois un sacerdocio real; estas son vuestras jactancias; pero el Señor ensuciará vuestros rostros de estiércol; ¡esta será vuestra nobleza y preeminencia! No hay razón entonces para que os creáis exentos de castigo porque Dios os ha adoptado; pues, así como habéis abusado de sus beneficios y profanado su nombre, también encontraréis a vuestro turno que él os cubrirá de toda vergüenza e ignominia, hasta volveros completamente inmundos, entonces estaréis cubiertos de estiércol, y no seréis la descendencia santa de Abraham”.

Pero como si de nuevo hubieran alzado un clamor y dijeran, “¿Hemos servido entonces en vano a Dios con tanta diligencia? ¿Por qué nos ha ordenado que le construyamos un templo y nos ha prometido morar allí? Dios nos ha engañado, o al menos sus promesas no sirven de nada”. El profeta da esta respuesta, “Dios os abrumará con la desgracia y también con vuestros sacrificios”. Pero los llama *el estiércol de vuestros animales sacrificados*, como si hubiera dicho, “Os cubriré de reproche a causa de vuestra impiedad, que se ve en vuestros sacrificios”. Si los judíos tenían alguna santidad, la derivaban de sus sacrificios, mediante los cuales expiaban sus pecados y se reconciliaban con Dios; pero el profeta dice que era su especial mal olor lo que ofendía a Dios, y que él abominaba, porque viciaban sus sacrificios. Tampoco debe desaprobarse lo que han dicho

algunos rabinos, que el profeta alude a los bueyes, terneros y carneros; Porque cuando los judíos de diversos lugares traían sus sacrificios, debía haber habido mucho estiércol de parte de aquel gran número. Hay entonces una llamativa alusión a las propias víctimas, como si dijera, “Pensáis que puedo apaciguarme con vuestros sacrificios, como si me agradaran montones de estiércol; pues cuando traéis una cantidad tan grande, incluso el lugar mismo, la zona delante del templo, echa mal olor por el estiércol que hay allí. ¡En verdad, sois santos, y toda vuestra inmundicia queda purificada por medio de este estiércol! ¡Vayan, pues, con el estiércol de vuestras solemnidades; porque este mismo estiércol lo echaré sobre vuestras cabezas!”.

Ahora comprendemos lo que el profeta quiere decir, y sus palabras son enfáticas, “*He aquí, yo*”, pues Dios, con estas sencillas palabras, corta todas esas pretensiones con las que los judíos se engañaban a sí mismos, creyendo que sus vicios le ocultaban, “Yo mismo”, dice, “estoy presente, a quien creéis que vuestros sacrificios son aceptables; entonces *dañaré la sementera y os echaré al rostro el estiércol*; toda la dignidad que pretendéis será abolida, pues creéis estar protegidos por algún tipo de privilegio, cuando os jactáis de ser descendientes de Abraham, estiércol, estiércol”, dice. Después muestra qué era en particular el estiércol y la inmundicia, pues cuando objetaron y dijeron, “¡Qué! ¿De nada han servido nuestros sacrificios?”. Él responde, “No, les echaré ese estiércol, porque la mayor contaminación está en sus sacrificios, pues vician y adulteran mi servicio. ¿Y qué otra cosa es su sacrificio sino pura profanación? Son sacrílegos en todas sus pompas vacías. Puesto que todas sus víctimas tienen mal sabor y me desagradan, y como les doy asco (como también se dice en el primer y último capítulo de Isaías), amontonaré el estiércol sobre sus cabezas, porque creen que es su principal expiación”.

Y añade, por último, *seréis arrojados juntamente con él*; es decir, seréis totalmente estiércol; y así todas vuestras jactancias de que descendéis del santo patriarca Abraham serán completamente inútiles; aunque hice un pacto y prometí que seríais para mí un sacerdocio real, sin embargo, *seréis arrojados al estiércol*, y así cualquier dignidad que hasta ahora os haya conferido os será quitada.

Malaquías 2:4

4 Y sabréis que yo os envié este mandamiento, para que fuese mi pacto con Leví, ha dicho Jehová de los ejércitos.

Aquí se dirige en particular a los sacerdotes; pues, aunque todo el pueblo con gran altivez se opuso a Dios, los sacerdotes los superaron. Y sabemos cuán dispuestos están los hombres a recurrir al mal, cualesquiera que sean los beneficios que Dios les conceda. Ha sido, pues, un mal común en los hombres desde el principio del mundo exaltarse y alzar la cabeza contra Dios, al verse adornados con sus beneficios; pero sabemos que cuanto más unido esté uno a Dios, más agradecido debe estar, pues nuestros dones no son nuestros, sino los beneficios por los cuales Dios nos une a sí mismo.

“¿Qué tienes que no hayas recibido?” dice Pablo, “¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” 1 Corintios 4:7.

Sin embargo, este mal siempre ha prevalecido entre los hombres, han defraudado a Dios de su gloria y han convertido en motivo de orgullo los favores recibidos de él. Pero es un mal que se observa con mucha frecuencia en todos los gobernantes; pues quienes son elevados a una alta dignidad no se consideran hombres, sino que se toman una gran libertad al verse tan exaltados por encima de los demás. Así, los reyes y las autoridades se consideran superiores al común de los hombres y presuntuosamente ignoran todas las leyes; creen que todo les es lícito, pues nadie se opone a su terquedad. Lo mismo se observa en los maestros. Pues cuando Dios favoreció a los sacerdotes con el máximo honor, quedaron cegados, como se verá más adelante, por ese favor divino, de modo que se creyeron semidioses; y lo mismo ha sucedido en el reino de Cristo.

¿Cómo han surgido tan grandes impiedades bajo el papado, si no es que los pastores han ejercido tiranía y no un gobierno justo? Pues no han considerado el propósito para el cual fueron llamados a su oficio, sino que, como el nombre de pastor es en sí mismo honorable, se han atrevido a elevarse por encima de las nubes y a arrogarse la autoridad de Dios mismo. De ahí que se hayan atrevido a atar las conciencias con sus propias leyes, a cambiar toda la verdad y a corromper todo el culto a Dios; y de ahí también la escandalosa venta de la justicia. ¿Cómo han sucedido estas cosas? Porque los sacerdotes eran considerados como ángeles bajados del cielo; y este mismo peligro siempre debemos temer.

Este es, pues, el vicio al que se refiere ahora el profeta; y muestra que los sacerdotes no tenían motivos para pensar que podían sacudirse el yugo, “*Sabréis*” dice “*que yo os envié este mandamiento*”. Vemos, en efecto, lo que objetaron a Jeremías,

“*La ley no faltará al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta.*”
Jeremías 18:18.

Estas son las armas con las que se defienden los papistas hoy en día. Cuando alegamos contra ellos pruebas claras de las Escrituras, se ven claramente reprendidos y condenados por la palabra de Dios; pero aquí está su escudo de Áyax, bajo el cual ocultan toda su maldad, como si repitieran de los sacerdotes impíos y malvados lo que relata Jeremías, “*La ley no faltará al sacerdote*”. Somos la Iglesia, ¿puede errar? ¿No mora el Espíritu Santo en medio de nosotros? “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” **Mateo 28:20**. ¿Acaso Cristo quiso engañar a su Iglesia cuando dijo esto a sus apóstoles? Y nosotros somos sus sucesores”. El profeta ahora da la respuesta, “*Sabréis*” dice “*que yo os envié este mandamiento*”.

Y añade, no sin severidad, *para que fuese mi pacto con Leví*; como si dijera, “¿Por qué se envanecen tanto? Pues Dios no puede ser escuchado, y aun así dicen que el pacto con Leví no debe ser anulado, como si Dios hubiera puesto a Leví en su lugar y se hubiera despojado de toda autoridad al nombrar a esa tribu y los hubiera hecho ministros del templo y maestros del pueblo. ¿Es que no es nada? ¿Cuál era el propósito de Dios al honrarlos con esa dignidad? Ciertamente no pretendía reducirse a la nada, sino, al contrario, su voluntad era que su derecho permaneciera íntegro y completo. Por lo tanto, cuando reprendo sus vicios y demuestro que se han vuelto viles, como estiércol, que están contaminados por toda la vergüenza, al revelar estas cosas abiertamente, no estoy violando el pacto hecho con Leví. Dios entonces, con justicia, los cita ante su tribunal y los despoja de su honor para que el pacto que hizo con Leví sea confirmado y ratificado”. Esto es, como he dicho, una severa burla.

Pero de aquí podemos aprender una verdad útil. El profeta nos enseña brevemente que el oficio sacerdotal no menoscaba en nada la autoridad de Dios, quien exige un culto puro y santo, ni menoscaba en nada la autoridad de la ley, pues la sana doctrina debe prevalecer siempre. Así, hoy, al resistir a los sacerdotes papales, no violamos el pacto de Dios; es decir, no nos apartamos del orden de la Iglesia, que debe permanecer siempre sagrado e inviolable. No subvertimos, pues, el oficio pastoral ni la predicación de la palabra a causa de los vicios humanos; sino que atacamos a los hombres mismos para que se restablezca el orden debido, para que la sana doctrina sea escuchada entre los hombres, para que el culto a Dios sea puro, algo que estos hombres sin principios han violado. Por

lo tanto, intentamos con valentía subvertir todo el papado, con la plena confianza de que no menoscabamos en nada la autoridad de la enseñanza ni defraudamos en modo alguno el oficio pastoral. Es más, el orden en la Iglesia, la predicación de la verdad y la dignidad misma de los pastores no pueden existir si la Iglesia no es purificada de sus impurezas y su inmundicia eliminada. Así debemos decir también de esos hombres sin principios, que están demasiado cerca de nosotros, y desearía que desaparecieran por completo del mundo, pero ¿cuántas plagas se esconden bajo esta apariencia? “¡Qué! ¿Acaso no somos ministros de la palabra?”. Así dicen ustedes, los que carecen de principios, “Ojalá estuvieran en su estiércol o en sus celdas, donde antes corrompieron demasiado al mundo; pero ahora el diablo los ha traído a la Iglesia de Dios para que corrompan todo lo que hasta ahora había permanecido sano”. Como muchos hoy en día se jactan de este honor de ser ministros de la palabra y pastores, y de enseñar el evangelio, deberían ser refrenados por esta respuesta del profeta, cuando todas sus corrupciones sean completa y verdaderamente purificadas, entonces se confirmará y ratificará el pacto que Dios quiere que sea válido con su Iglesia y con los ministros de su palabra.

Áyax: Es descrito como uno de los más grandes guerreros del bando griego, solo superado por su primo Aquiles.

Malaquías 2:5

5 Mi pacto con él fue de vida y de paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado.

El profeta demuestra ahora con mayor claridad cómo Dios no viola su pacto, al reprender abiertamente a los sacerdotes y exponer también sus falsos intentos de atribuirse absurdamente el pacto de Dios, como hacen los sacerdotes papales hoy en día, quienes afirman ser la Iglesia. ¿Cómo? Porque han sucedido a los apóstoles en un orden regular; pero esta es una definición insensata y ridícula, pues quien ocupa el lugar de otro no debería ser considerado sucesor solo por eso. Si un ladrón matara al jefe de familia, ocupara su lugar y se apropiara de todos sus bienes, ¿debería ser considerado su legítimo sucesor? Así pues, estos hombres deshonestos, para demostrar que deben ser considerados apóstoles, solo alegan una sucesión continua; pero la similitud entre ellos debería ser objeto de investigación. Debemos ver primero si han sido llamados, y luego si responden a su llamado; ninguna de las dos cosas puede probar. En ese caso, su definición es completamente frívola.

Así también nuestro profeta muestra aquí que los sacerdotes fingieron y engañaron al pueblo común, mientras procuraban demostrar que eran herederos del pacto que Dios había hecho con Leví su padre, es decir, con la tribu misma. “Seré fiel”, dice Dios, “y mi fidelidad se hará evidente en el pacto mismo; *Mi pacto con él fue de vida y de paz*, pero fue mutuo, parece que no creen que haya dos partes en un pacto, ni que exista, según se dice comúnmente, una obligación recíproca; pero yo, por mi parte, le prometí a tu padre ser su padre, y también estipulé con él que me obedecería, que obedecería mi palabra y todo lo que yo exigiera después. Ahora quieren que yo esté obligado a ustedes, y que ustedes estén libres de toda obligación. ¿Qué equidad es esta, que yo les deba todo a ustedes y ustedes nada a mí? *Mi pacto con él fue de vida y de paz*; pero ¿cuál es el pacto de ustedes? ¿Qué me deben? Incluso lo que exige el pacto mutuo que hice con su padre Leví y su tribu; cumplan esto, y verán que soy fiel y constante en todas mis promesas”.

Malaquías 2:6

6 La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad.

Explica con mayor detalle cómo Leví respondió al mandato de Dios, que tenía *la ley de verdad en su boca*. El principal deber de un sacerdote es mostrar al pueblo el camino correcto de vida; pues por muy recto y santo que sea durante toda su vida, no por eso debe ser considerado sacerdote. Por eso, nuestro profeta se detiene especialmente en este punto que Leví enseñó al pueblo. No habla de Leví mismo; pues sabemos que Leví ya había muerto cuando Aarón fue nombrado sacerdote. Pues Dios no habla aquí de individuos, sino de la tribu; como si hubiera dicho, “Aarón, Eleazar y quienes los siguieron sabían con qué fin eran honrados con el sacerdocio, y cumplieron fielmente con sus deberes”. El profeta explica ahora lo que Dios exige principalmente de los sacerdotes, mostrar al pueblo, como ya he dicho, el camino de una vida piadosa y santa; pero adopta palabras diferentes, que sin embargo significan lo mismo.

La ley de verdad, dice, estuvo en su boca. ¿Por qué no elogia la integridad de su corazón más que sus palabras? Si hubiera hablado de un individuo, el profeta podría haber dicho con justicia que quien buscaba ser un siervo aprobado de Dios se había comportado inofensivamente con los hombres; pero habla de un cargo público cuando dice que la ley de la verdad estaba en su boca; pues no es digno de ese honor quien es mudo; y nada es más absurdo, o incluso más ridículo, que se considere sacerdotes a quienes no son maestros. Estas dos cosas son, como dicen, inseparables, el oficio del sacerdocio y la enseñanza.

Y para demostrar con mayor claridad que no habla de un asunto común, repite lo mismo con otras palabras, “*iniquidad no fue hallada en sus labios*”. Vemos, por tanto, que todo esto pertenece peculiarmente al oficio sacerdotal. Después añade, “*en paz y en justicia anduvo conmigo*”. El profeta elogia aquí también la sincera preocupación por la religión que manifestaron los primeros sacerdotes, pues andaban con Dios en paz y rectitud; no solo llevaban señales en sus labios, por las cuales podrían haber sido considerados con justicia ministros de Dios y pastores de su Iglesia; sino que también ejercían fielmente su oficio. Y alude a la paz de la que había hablado, así como Dios había prometido paz a los levitas, también dice que los levitas habían vivido en paz ante Dios, pues no rompieron el pacto que él había hecho con ellos. Como entonces habían respondido a la estipulación de Dios, dice que habían andado en paz; pero también menciona cómo fue esto, porque habían andado en rectitud.

Y la frase, **איתי**, *itti*, conmigo, debe observarse; pues confirma lo que he afirmado, que el honor del sacerdocio no disminuye en nada la autoridad de Dios, pues él mantiene a los sacerdotes consagrados a sí mismo. Insinúa, pues, que no fueron elevados a tal altura que su dignidad restara algo a la autoridad de Dios; pues la obligación mencionada debe ser mutua, Dios es fiel; los sacerdotes también deben ser fieles en su oficio y demostrar que son ministros legítimos de Dios.

También menciona el fruto de su doctrina; pues Leví *apartó a muchos de la iniquidad*, es decir, condujo a muchos al arrepentimiento.

Malaquías 2:7

7 Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos.

Lo que el profeta dijo de los primeros sacerdotes lo extiende ahora a toda la tribu levítica, y demuestra que era una ley perpetua e inmutable en cuanto al sacerdocio. Había dicho que Leví había sido puesto al frente de la Iglesia, no para atribuirse el honor debido a Dios, sino para ocupar su lugar como ministro de Dios y maestro del pueblo escogido. Ahora confirma lo mismo, declarando como una verdad general que *los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría* como si hubiera dicho que debían ser el almacén del cual provendría el alimento de la Iglesia. Dios entonces designó a los sacerdotes sobre su pueblo escogido, para que el pueblo buscara su alimento en ellos como en un almacén, como sucede con un padre de familia, que tiene su reserva de vino y provisiones. Así como el alimento de toda una familia suele extraerse de los lugares donde se almacenan provisiones, el profeta utiliza esta analogía, Dios ha depositado el conocimiento en los sacerdotes, de modo que la boca de cada sacerdote sea una especie de almacén, por así decirlo, del cual el pueblo debe buscar el conocimiento y la regla de una vida religiosa, *Guarden la sabiduría, entonces de su boca el pueblo buscará la ley.*

Muestra cómo debe guardarse; los sacerdotes no deben retenerlo, sino que toda la Iglesia debe disfrutar del conocimiento del cual son guardianes. Entonces buscarán o exigirán la ley de su boca.

La ley puede tomarse simplemente como verdad; pero el profeta sin duda alude aquí a la doctrina de Moisés, la única fuente verdadera de todo conocimiento. Sabemos, en efecto, que Dios incluyó en su ley todo lo necesario para el bienestar de su Iglesia; los profetas no añadieron nada. Nuestro profeta, pues, incluye toda verdad en la palabra, תורה, *torá*, ley, para demostrar al mismo tiempo que estaba contenida en lo que Moisés enseñó.

Finalmente, dice que el sacerdote *mensajero es de Jehová*. Define brevemente qué es el sacerdocio, una embajada que Dios confía a los hombres para que sean sus intérpretes en la enseñanza y el gobierno de la Iglesia. ¿Qué es, entonces, un sacerdote? Un mensajero de Dios y su intérprete. De ahí se sigue que el oficio de enseñar no puede separarse del sacerdocio; pues es una monstruosidad que alguien se jacte de ser sacerdote sin ser maestro. El profeta luego extrae un argumento de la propia definición al decir que un sacerdote es un *mensajero* de Dios.

Malaquías 2:8

8 *Mas vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos.*

Aquí demuestra cuán lejos estaban los sacerdotes de su tiempo de cumplir con el pacto que había mencionado. Por lo tanto, concluye que eran indignos del honor del que se enorgullecían con tanta confianza, y bajo cuya sombra buscaban ocultar sus vicios, como si no estuvieran ligados a Dios y tuvieran libertad para pisotear a la Iglesia con impunidad. Luego demuestra que era una arrogancia extremadamente insensata por su parte pretender estar exentos de toda ley, y sin embargo considerar a Dios y a toda la Iglesia ligados a ellos.

Primero dice que se *apartaron del camino*, es decir, no mostraron nada adecuado a su oficio, por el cual eran considerados sacerdotes. Luego amplifica su culpa, *hicieron tropezar a muchos en la ley*. Antes había dicho que Leví andaba en paz y rectitud; lo que ahora dice es muy diferente, que los sacerdotes, olvidando la religión, primero se habían sacudido el yugo. Había dicho que Leví rescató a muchos de la iniquidad; pero ahora dice que los sacerdotes hicieron tropezar a muchos.

Finalmente añade, *habéis corrompido el pacto*. Debe añadirse un *ilativo*, pues así debe explicarse la sentencia, “Como os habéis desviado del camino y habéis pervertido todo el culto a Dios, habéis violado así el pacto que se había sancionado con Leví; no tenéis entonces motivo para jactaros de vuestro título de honor, pues la sucesión fracasó cuando os apartasteis de la fidelidad de vuestro padre Leví”.

Ilativo: *Enuncian ilación o consecuencia de lo manifestado anteriormente*

Malaquías 2:9

9 Por tanto, yo también os he hecho viles y bajos ante todo el pueblo, así como vosotros no habéis guardado mis caminos, y en la ley hacéis acepción de personas.

El profeta llega a esta conclusión, que los sacerdotes se glorificaban en vano del honor de su oficio, pues habían dejado de ser sacerdotes de Dios. Volvamos ahora al punto principal.

Vemos cuál es el tema que el profeta aborda aquí, como los sacerdotes buscaban, mediante un privilegio peculiar, eximirse de toda reprensión, los ataca en particular; pues la enseñanza habría sido inútil para el pueblo, a menos que los propios sacerdotes se hubieran puesto en orden. Sin duda, los sacerdotes adulaban al pueblo, y así intentaron privar a los profetas de todo respeto, para que su doctrina no surtiera efecto. Esta es la razón por la que nuestro profeta los reprende tan duramente. Pero debemos considerar el estado del caso. Los sacerdotes afirmaron que habían sido puestos, por autoridad divina, sobre toda la Iglesia, y que no podían ser privados del honor que habían recibido de Dios. Sin embargo, solo tomaron una parte del pacto, y aun así intentaron privar a Dios de su derecho. El profeta les responde aquí que Dios ciertamente no los había favorecido con ningún honor común al nombrarlos sacerdotes de su Iglesia, pero que el pacto, que incluía una estipulación mutua, debía ser considerado al mismo tiempo; porque Dios no simplemente los había designado guías de su Iglesia, sino que también había añadido una condición.

Vemos, pues, que el punto de la cuestión residía en que los sacerdotes, presuntuosa y absurdamente, se aferraron a lo que solo favorecía su propia causa, y al mismo tiempo pasaron por alto astutamente lo principal, que el sacerdocio estaba vinculado con el culto a Dios. Si hubieran logrado lo que deseaban, no habría habido Dios en la Iglesia, sino que habrían ejercido sobre ella un poder tiránico. Pero siempre ha sido, y sigue siendo, la voluntad de Dios retener el poder supremo sobre los mortales en sus propias manos.

Habiendo visto ahora el designio del profeta, podemos comprender fácilmente la importancia de todo el tema. Pero antes de continuar, debemos observar primero que aquí se nos ha descrito el carácter de los sacerdotes verdaderos y legítimos; pues el profeta no solo habla del oficio sacerdotal, sino que nos presenta una imagen viviente en la que no podemos ser engañados; y, por lo tanto, todos los que se dedican al oficio pastoral pueden saber lo que Dios requiere de ellos. Solo mencionaré lo primero que dice, que Dios infundió temor en los sacerdotes; Pues ya he dado una explicación suficiente de esto al decir que los sacerdotes no deben abusar de su derecho, como si se les hubiera concedido el poder supremo; pues Dios no quiere que su Iglesia esté sujeta a la tiranía, sino que su voluntad

es reinar solo en ella mediante el ministerio de los hombres. Lo principal, entonces, es tener presente que se prescribe una regla para los sacerdotes, si bien presiden y poseen el primer rango de honor entre el pueblo, lo hacen bajo ciertas condiciones.

Ahora consideraremos solo lo que dice el profeta, que Leví desempeñó su oficio fiel y sincero, porque *la ley de la verdad estaba en su boca, y no se halló iniquidad en sus labios*; a lo cual debemos añadir la verdad general que sigue inmediatamente, que *los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría*. Es, pues, una ley que no puede ser abolida, aquellos que son sacerdotes o pastores en la Iglesia deben ser maestros. Y no es imprudente que Gregorio aplique una costumbre de la ley a este tema; pues sabemos que el hábito sacerdotal llevaba campanillas. Y Moisés ordena claramente que el sacerdote no debe salir sin este sonido (**Éxodo 28:35**). Gregorio, como he dicho, adaptó esto a la enseñanza, “¡Ay!”, dice, “de nosotros si salimos sin sonido, es decir, si nos jactamos de ser pastores, y mientras tanto somos perros mudos; porque nada es menos tolerable que quien no habla en la Iglesia y cuya voz no se escucha claramente para la edificación del pueblo, sea considerado pastor”. Esto es lo que dijo un Papa romano. Que aquellos que ahora se jactan con orgullo y confianza de ser sus sucesores, al menos den el sonido, y escuchemos lo que enseñan, pero como todo su poder se ejerce con crueldad, es evidente con qué fidelidad cumplen el pacto de Dios. Pero ahora vuelvo a las palabras del profeta.

Él afirma que esta ley ha sido establecida por Dios y que no puede ser anulada por ningún decreto ni costumbre humana; que *los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría*. Además, se explica al mostrar que el sacerdote debe ser el guardián del conocimiento, no para reservarlo para sí mismo, sino para enseñar a todo el pueblo, *de su boca el pueblo buscará la ley*; y luego limita el conocimiento a la verdadera doctrina, como si fluyera de la ley de Dios, la única fuente verdadera de verdad; pues había dicho que la ley de la verdad estaba en la boca de Leví. No bastaría entonces con tener la boca abierta y estar preparado para enseñar a otros, a menos que se mantuviera la pureza de la doctrina. Vemos, pues, que no solo se requiere enseñanza de los sacerdotes, sino enseñanza pura, proveniente de la misma boca de Dios, según lo que dice **Ezequiel 3:17**.

“oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte.”

Dios muestra allí que los profetas no tenían la autoridad para traer lo que quisieran o lo que consideraran correcto, sino que eran maestros fieles, en la medida en que eran solo sus discípulos. Por eso le ordena que busque la palabra de su boca; y luego añade, *“los amonestarás de mi parte”*. Así también dice **Jeremías 23:28**,

El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová.

Aquí Dios limita y define el derecho profético, como si dijera que los profetas no fueron designados para traer cualquier cosa indiscriminadamente, sino para que cada uno, según la medida de lo que le fuera revelado, pudiera dispensar o entregar fielmente, por así decirlo, de mano en mano, lo que había recibido del cielo. Pues al mencionar dos cosas, el designio de Dios era mostrar que no se debe permitir ninguna doctrina, excepto la que él mismo ha revelado. Y compara con paja todo lo que los hombres inventan, mientras que la doctrina pura de la ley debe considerarse como el trigo. Este es, pues, el segundo aspecto que debe notarse en lo que dice el profeta en este pasaje; pero también debemos considerar el último, que el sacerdote es el *mensajero* del Dios de los ejércitos.

Esto parece haberse dicho en honor al sacerdocio; pero el profeta quiere decir que los sacerdotes no tienen nada propio ni separado de Dios, y que cualquier reverencia que se les deba debe dirigirse a Dios mismo, de quien son ministros. He dicho que razona a partir de la propia definición, como si dijera que todo aquel que quiera ser sacerdote debe ser también maestro. Pero también debemos observar que hay una comparación implícita entre Dios y los sacerdotes, como si dijera “Los sacerdotes no pueden reclamar nada para sí mismos, sino como intérpretes de Dios”. Por lo tanto, la conclusión evidente es que el sacerdocio no le resta nada a la autoridad de Dios.

Vemos ahora que el profeta incluye en estas pocas palabras dos cosas de gran importancia, que no hay sacerdocio sin doctrina ni enseñanza, y no hay sacerdote excepto quien desempeña fielmente su oficio de maestro; y, en segundo lugar, que Dios no renuncia a su propio derecho y poder cuando se establecen sacerdotes sobre la Iglesia; Pues Dios les encomienda únicamente el ministerio, y con la condición de que la autoridad resida únicamente en él; de lo contrario, el sacerdote no sería el mensajero del Dios de los ejércitos. Entre otras cosas, el profeta exige también esto de los sacerdotes, que cumplan con sinceridad sus deberes. Sabemos que muchos aparentemente desempeñan su oficio, sobresalen en la enseñanza y se dedican con esmero a sus deberes; pero la ambición estimula a algunos y la avaricia a otros. Por lo tanto, el profeta establece otra condición, que deben andar con rectitud ante Dios; es decir, que no solo deben satisfacer a los hombres ni buscar el aplauso del mundo, sino que deben desempeñar su oficio con una conciencia pura.

Así he demostrado que aquí se nos presenta un modelo para saber lo que Dios requiere de nosotros cuando nos hace pastores de su Iglesia.

Ahora sigue una reprobación de su conducta, pues el profeta dice, *os habéis apartado del camino*. Dado que castiga con tanta valentía a los sacerdotes, aprendemos que estaban sujetos a la reprensión; Y nada es más irrazonable que el clero papal busque eximirse de toda ley y disciplina, pues aquí se llama a los sacerdotes al orden para que reconozcan sus propias faltas, *os habéis apartado del camino*, y luego *han hecho tropezar a muchos en la ley*. Añadiendo esto, los sacerdotes no deben ser perdonados en absoluto. Cuando pecan solo en privado, aunque corrompan a la Iglesia con malos ejemplos, esto puede ser tolerado de alguna manera; pero cuando corrompen y depravan la sana doctrina, cuando subvierten el orden establecido en la ley, no merecen ninguna indulgencia. Esta es la razón por la que Malaquías los reprende con tanta severidad y valentía.

Finalmente añade. Por tanto, *habéis corrompido el pacto*. Esta tercera cláusula puede explicarse de dos maneras, que el profeta proceda con su reproche, o que extraiga una conclusión de las cláusulas anteriores, que fueron merecidamente despojados de todo honor por no haber respetado el pacto. Ahora bien, esta última explicación es la más adecuada, según lo que ya he dicho. Luego, como ya he dicho, llega a la conclusión de que su jactancia era necia, que en vano decían ser una tribu santa que Dios había elegido como posesión peculiar, pues dice que habían violado el pacto de Leví; y esta cláusula se opone a la anterior, en la que dice, *Sabréis que mi pacto fue con Leví*. Dijimos entonces que los infieles siempre urden algún disfraz cuando son reprendidos, como si quisieran privar a Dios de su derecho; así decían los sacerdotes levíticos que lo que Dios había establecido una vez no podía ser anulado. Con este pretexto, de que eran de la santa tribu, procuraron ser considerados santos. Entonces el profeta les dijo, *sabréis que el pacto de Dios es santo, y que vosotros no sois santos*. Así también en este lugar, *habéis corrompido el pacto de Leví*, es decir, “en vano pretendéis haber sido elegidos por Dios y que el honor de vuestro sacerdocio os ha sido confirmado; pues Dios quiso que su ley, establecida por él mismo, se cumpliera. Como habéis violado el pacto de Leví, ya no sois levitas; como os habéis convertido en hijos degenerados, vuestra herencia os es justamente arrebatada y se os priva del honor del sacerdocio”.

Y en consonancia con esta perspectiva está lo que sigue, *Por tanto, yo también os he hecho viles y bajos ante todo el pueblo, así como vosotros no habéis guardado mis caminos, y en la ley hacéis acepción de personas*. Dios primero muestra que ahora no estaba sujeto a ninguna ley, de modo que no quería expulsar a estos sacerdotes infieles que habían roto su pacto. También añade *en la ley hacéis acepción de personas*, pues codiciaban ganancias y, por lo tanto, se dedicaban a complacer a los hombres y corrompían toda la verdad de la religión; y esto es, en efecto. Una consecuencia necesaria, cuando la

ambición o la avaricia dominan, no puede haber sinceridad y la enseñanza de la verdadera religión se adultera.

Malaquías 2:10

10 *¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios? ¿Por qué, pues, nos portamos deslealmente el uno contra el otro, profanando el pacto de nuestros padres?*

El profeta acusa aquí a los judíos de otro crimen, su pérfido comportamiento hacia Dios y sus hermanos, y su desvío de la preeminencia a la que Dios los había elevado, al ser elegidos con preferencia a otras naciones para ser un pueblo santo y apartado. El profeta condena ahora esta ingratitud diciendo que todos tenían *un solo padre y que habían sido creados por un mismo Dios*.

La palabra *Padre* puede aplicarse tanto a Dios como a Abraham, y algunos intérpretes la repiten, lo cual no es raro en hebreo, dicen entonces que todos tenían a Dios como Padre, porque él los creó a todos; de modo que esta última cláusula se toma como una explicación. Pero es mejor, en mi opinión, aplicar la palabra a Abraham, y el pasaje lo exige; pues al final del versículo se deduce que el pacto que el Señor había hecho con sus padres había sido violado; y esto parecerá aún más cierto si tenemos en cuenta el designio del profeta. A continuación, sigue una reprimenda, porque habían tomado muchas esposas; Pero el profeta parece no mencionar aún este vicio, sino que habla en general de que no conservaron la pureza a la que habían sido llamados, pues se casaron indiscriminadamente con mujeres paganas. Como entonces se mezclaban sin distinción con incrédulos y despreciadores de Dios, el profeta se queja de que no recordaban la dignidad a la que habían sido elevados cuando Dios se dignó adoptarlos como su pueblo santo. Así sucedió que la preeminencia que Moisés celebra en **Deuteronomio 4:8** desapareció, "*¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?*". Por lo tanto, cuando los judíos se volvieron viles, el profeta los condena por ingratitud. Al mismo tiempo, muestra que se habían vuelto inhumanos con sus hermanos, con quienes habían estado unidos por un vínculo sagrado. Me parece probable, entonces, que se mencione aquí a Dios y a Abraham porque Dios eligió a su linaje y los adoptó como pueblo suyo, y también porque estableció su pacto con Abraham y sus ancestros, así, Abraham se convirtió, por así decirlo, en el mediador del pacto que Dios hizo con toda su raza. Al comprender así el tema del profeta, nos resulta más fácil comprender por qué menciona a Abraham además de a Dios.

¿No tenemos todos un mismo padre? Es decir "¿No nos seleccionó Dios del resto del mundo cuando prometió a nuestro padre Abraham ser su Dios y el de su descendencia? Desde entonces, el favor de Dios nos ha fluido de esa fuente, ¿qué absurdo es romper ese vínculo sagrado por el cual Dios nos ha unido a sí mismo en la persona de Abraham?".

Pues cuando los judíos no consideraron que su origen provenía del santo patriarca, el pacto de Dios con ellos quedó nulo y sin efecto. Por eso dice que un solo Dios era Padre para todos ellos. Y como otras naciones podrían haber reclamado el mismo privilegio, añade: "*¿No nos ha creado un mismo Dios?*". Muestra que los judíos no descendían de su santo padre Abraham de una manera común ni ordinaria, sino que Dios fue el creador de su raza, que los creó. ¿Acaso no creó también al resto del mundo? No de la misma manera; pues esta creación debería limitarse especialmente a la Iglesia. Dios creó a toda la raza humana; pero también creó la raza de Abraham; y por eso, en Isaías, la Iglesia es a menudo llamada la obra y la formación de Dios (**Isaías 66:21**), y Pablo también adopta el mismo modo de hablar (**Efesios 2:10**). Nuestro profeta, entonces, no quiere decir que los judíos fueron creados por Dios al nacer en este mundo, sino que se convirtieron en su pueblo santo y peculiar. Así como Dios creó así a los judíos y les dio un solo padre, para que, conscientes de su origen, permanecieran unidos en la verdadera religión, el profeta aquí reprueba su insensatez al rechazar este invaluable favor de Dios.

Nos portamos deslealmente el uno contra el otro, violando así el pacto de los padres. En cuanto al verbo, **בִּגְדָד**, *nivgád*, los gramáticos lo han explicado de diversas maneras; pero en cuanto a su significado, se concuerda en que los judíos son condenados aquí porque no solo fueron pérfidos con Dios, sino también fraudulentos con sus vecinos; y así duplicaron su perfidia, prueba manifiesta de ello, porque no actuaron con sinceridad hacia sus hermanos. *¿Por qué nos portamos deslealmente el uno contra el otro profanando el pacto de nuestros padres?* Aquí, el pacto de los padres debe interpretarse como la separación o apartamiento que hemos mencionado, mediante el cual Dios adoptó a Abraham y a su posteridad, para que fueran separados de todas las naciones del mundo. Por lo tanto, bajo este pacto de los padres está incluido Dios mismo. Y como esto no se ha percibido, no es de extrañar que este pasaje se haya explicado con tanta frialdad, y que Malaquías haya quedado, por así decirlo, completamente sumido en la oscuridad. Aunque los intérpretes han intentado arrojar luz, el resultado ha sido pervertir el verdadero significado del profeta. Pero ahora parece evidente, creo, que aquí se acusa a los judíos de una doble perfidia, porque rechazaron el honor que les ofrecía la elección gratuita de Dios, y también porque actuaron fraudulentamente con sus propios hermanos. De ahí que el pacto de los padres, es decir, lo que Dios había depositado con los patriarcas para que pasara de mano en mano a su posteridad, hubiera sido violado y anulado por su maldad.

Aún debemos notar lo que ya he mencionado, que los sacerdotes son tan reprendidos que también se incluye a todo el pueblo; Y esto lo veremos de nuevo pronto, y añadido también que el profeta conecta a Dios con Abraham, para mostrar que fracasaremos en la búsqueda eficaz de Dios si lo buscamos sin su pacto, y también que nuestras mentes no

deben fijarse en los hombres. Hay, en efecto, dos vicios contra los que debemos cuidarnos cuidadosamente. Algunos, pasando por alto todos los medios, buscan elevarse hacia Dios; y así albergan muchos pensamientos vanos y se traman muchos laberintos, de los cuales nunca salen. Vemos cuántos fanáticos hay hoy en día, que hablan con orgullo contra la palabra de Dios, y sin embargo no tocan ni el cielo ni la tierra; ¿y por qué? Porque quisieran ser superiores a los ángeles, y no reconocen que necesitan ayudas por las cuales puedan ascender gradualmente, según su debilidad, hasta Dios mismo. Ahora bien, esto es buscar a Dios sin el pacto o sin la palabra. Esta es la razón por la que el profeta aquí une al padre Abraham con Dios mismo; Se hizo para que los judíos supieran que estaban confinados a ciertos límites, para que con humildad pudieran progresar en la escuela de Dios y ser llevados gradualmente al cielo; pues Dios, como se ha dicho, había depositado su pacto con Abraham. Sin embargo, como podrían haber dependido de un hombre mortal, el profeta añade una corrección, que habían sido *creados por Dios*; pues no debían separar a su padre Abraham del mismísimo autor del pacto.

Este pasaje, entonces, merece especial atención; pues los hombres, desde el principio y en todas las épocas, se han inclinado a los dos vicios que he mencionado; y hoy vemos que algunos se entregan a sus sueños y desprecian la predicación externa de la palabra; pues muchos fanáticos dicen que no hay necesidad de rudimentos ni de los primeros elementos, ya que Dios ha prometido que los hijos de la Iglesia serían espirituales. Por eso, Satanás, con tales engaños, se esfuerza por apartarnos de la pura simplicidad de la doctrina. Por lo tanto, es necesario establecer este escudo, que Dios no se nos revela sin Abraham, es decir, sin un profeta y un intérprete. Los papistas también están hundidos en el mismo lodo; pues siempre tienen a los padres en la boca, pero no dan importancia a Dios. Esto también es muy absurdo. Recordemos, pues, que Dios no debe separarse de su palabra, y que la autoridad de los hombres no tiene importancia cuando se apartan de ella. Y el profeta confirma lo mismo al final del versículo, cuando habla del pacto de los padres; pues aquí no se limita a elogiar el pacto de los padres, como podrían hacer los turcos, o como lo hacen los papistas y los judíos; sino que se refiere al pacto que Dios había dado, y que los santos patriarcas transmitieron fielmente a su posteridad, según lo que dice Pablo en el capítulo veintidós de los Hechos, al hablar de la religión de sus padres. No habló de ello como los paganos podrían hacerlo de su religión, sino que dio por sentado que la ley promulgada por Moisés no era su invención, sino que tenía a Dios como autor.

Malaquías 2:11

11 *Prevaricó Judá, y en Israel y en Jerusalén se ha cometido abominación; porque Judá ha profanado el santuario de Jehová que él amó, y se casó con hija de dios extraño.*

El profeta explica ahora cómo los judíos se apartaron del pacto de sus padres, exagerando su pecado y afirmando que se cometió una abominación en Israel, como si hubiera dicho que esta perfidia era abominable. Algunos traducen el verbo **בגד**, *bagad*, como transgredido, y así se interpreta a menudo en hebreo; pero, como en el último versículo, el profeta dijo, **נבגד** *nivgád*, "¿Por qué tratamos pérfidamente cada uno a su hermano?". No dudo de que se repita aquí en el mismo sentido. Pero, como ya he dicho, demuestra que el crimen es detestable y afirma que existió en *Judá y en Jerusalén*. Dios, como es bien sabido, había preferido a esa tribu sobre otras; y no fue un favor común que casi solo los judíos regresaran a su país, mientras que casi todos los demás permanecieron dispersos. Añade *Jerusalén*, no por honor, sino para mayor oprobio, como si dijera que no solo algunos de la raza de Abraham estaban sujetos a esta condena, sino que incluso los judíos, a quienes se les había permitido regresar a su patria, lo estaban, y que incluso la ciudad santa se sometía a esta reprensión, en la cual estaba el templo, el santuario de Dios, que entonces era el único verdadero en todo el mundo. Con estas circunstancias, el profeta agrava su crimen.

Pero inmediatamente pasa a los detalles, *Prevaricó Judá, dice, ha profanado el santuario de Jehová que él amó*; es decir, porque individualmente se entregaron a sus lujurias y se procuraron esposas de naciones paganas.

Algunos lo toman como, **קדש** *kódesh* por el santuario o el templo; otros, por la observancia de la ley; pero yo prefiero aplicarlo al pacto mismo; y podríamos tomarlo en un sentido colectivo, salvo que el significado más simple sería más aceptable, que Judá profanó su separación. En cuanto al objetivo y al tema mismo del profeta, aquí los acusa, sin duda, de profanación, porque los judíos se volvieron viles, aunque Dios los había consagrado. Entonces *profanaron el santuario*, incluso estando separados del mundo; pues despreciaron un honor tan grande, por el cual podrían haber sido preeminentes de haber permanecido en su integridad. También puede considerarse colectivamente que *profanaron el santuario*, es decir, profanaron a la nación que se separó de las demás; pero como esta exposición puede parecer dura y algo forzada, me inclino a pensar que se refiere a esa separación por la cual los judíos se distinguían de las demás naciones. Sin embargo, lo que he afirmado puede servir para disipar cualquier duda. Y que esta santidad debe referirse a

la elección gratuita por la cual Dios adoptó a los judíos como su pueblo peculiar, es evidente por lo que dice el profeta, que se casaron con extranjeras.

Vemos entonces el propósito de este pasaje, que es mostrar que los judíos eran ingratos con Dios, pues se mezclaron con naciones paganas y, a sabiendas y voluntariamente, desecharon la gloria con la que Dios los había adornado al elegirlos, como dice Moisés, para ser su real sacerdocio **Éxodo 19:6**. Sabemos que la santidad era muy recomendada a los judíos para que no se abandonaran a ninguna de las contaminaciones de los paganos. Por ello, Dios les había prohibido bajo la ley tomar esposas extranjeras, a menos que se purificaran primero, como encontramos en **Deuteronomio 21:11-12**; si alguien deseaba casarse con una cautiva, debía raparse la cabeza y cortarse las uñas; con lo cual se insinuaba que tales mujeres eran impuras y que sus esposos se contaminarían si no se purificaban primero. Y, sin embargo, no era del todo irreprochable observar la ley como si se tratara de un cautivo; pero era una lujuria abominable a Dios cuando no estaban contentos con su propia nación y se enamoraban con locura de mujeres extranjeras. Sin embargo, como los judíos, como todos los mortales sin excepción, eran propensos a la corrupción, Dios se propuso mantenerlos unidos como un solo pueblo, para que la esposa, con sus halagos, no apartara al esposo del culto puro y legítimo a Dios. Y Moisés nos cuenta que Balsam, al ver que el pueblo no podía ser conquistado en una guerra abierta, dio un astuto consejo; finalmente inventó este artificio, que los paganos les ofrecieran a sus esposas e hijas. Así sucedió que el pueblo provocó la ira de Dios, como lo encontramos registrado en **Números 25:4**.

Como los judíos, tras su regreso, habían vuelto a caer en esta corrupción, no es casualidad que el profeta los reprendiera tan severamente, afirmando que, al casarse con mujeres extranjeras, habían profanado la santidad, o la separación, que era su gran honor, pues Dios los había adoptado solo a ellos como pueblo suyo; y la llama una santidad que Dios amaba. Así, su crimen se duplicó, porque Dios no solo los había ligado a sí mismo, sino que también los había aceptado gratuitamente. Pues si se pregunta la causa de la separación, si superaban a otras naciones, o si tenían algún mérito o dignidad, la respuesta es, no; pero Dios los amó libremente. Pues con la palabra amor, el profeta se refiere a la mera bondad y generosidad de Dios, con la que favoreció a Abraham y a su linaje, sin importar ningún mérito o excelencia. Por lo tanto, los condena por esta ingratitud, pues no solo se habían apartado del pacto que el Señor había hecho con sus padres, sino que también habían descuidado y despreciado ese amor gratuito, que debería haber ablandado incluso sus corazones de hierro. Pues si Dios hubiera encontrado en ellos alguna razón para preferirlos a otras naciones, habrían sido más excusables, al menos habrían podido atenuar su culpa; pero dado que Dios los había adoptado como su pueblo peculiar, aunque eran

indignos y totalmente inmerecedores, seguramente debieron ser extremadamente brutales al despreciar así el favor gratuito de Dios. Su bajeza, entonces, se ve incrementada, como he dicho, por esta circunstancia, que tan gran bondad de Dios no convirtiera sus corazones a la obediencia.

Al final del versículo, el profeta da a conocer, como ya he dicho, su profanación; se habían casado con las hijas *de dios extraño*. A modo de reproche, las llama hijas de un dios extraño. Podría haber dicho simplemente hijas extranjeras; Pero aquí pretendía implicar una comparación entre el Dios de Israel y los ídolos, como si dijera, “¿De dónde les vienen estas esposas? De los ídolos. Debían entonces odiarlas como monstruos. Si tuvieran alguna religión en su corazón, ¿qué sino detestable les habría parecido todo lo que provenga de los ídolos? Pero sus corazones se han apegado a las hijas de dioses falsos”.

Y encontramos que este vicio había sido condenado por Moisés y marcado con reproche antes de la promulgación de la Ley, cuando dijo que la raza humana se había corrompido porque los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres **Génesis 6:2**, incluso porque la posteridad de Set, nacida de la sagrada familia, se degradó y contaminó esa pequeña porción, que era santa y consagrada a Dios, al mezclarse con el mundo; pues todo el mundo se había apartado de Dios en ese momento, excepto los descendientes de Set. El Señor, entonces, antes de la Ley, había marcado esta lujuria con perpetua desgracia. Pero cuando la propia Ley, que debería haber sido como una muralla, volvió a condenarla, ¿no fue una perversidad totalmente inexcusable, cuando la desenfundada voluntad del pueblo rompió todas las restricciones?

Malaquías 2:12

12 *Jehová cortará de las tiendas de Jacob al hombre que hiciere esto, al que vela y al que responde, y al que ofrece ofrenda a Jehová de los ejércitos.*

El profeta nos enseña aquí que ni los sacerdotes ni el pueblo quedarían impunes, por haberse mezclado con la corrupción de los paganos y haber profanado y violado el pacto de Dios. Dios entonces dice, *Jehová cortará* (la palabra significa raspar o borrar) *al hombre que hiciere esto, al que vela* o incita, *y al que responde*. Jerónimo pronuncia las últimas palabras, al maestro y al discípulo; y los intérpretes varían. Algunos, de hecho, explican los términos alegóricamente y los aplican a los muertos; pero *al que vela*, sin duda, se entiende a todo aquel que tenía poder y podía mandar a otros, y por *al que responde*, al hombre que estaba sujeto a la autoridad de su amo. Los amos entonces incitaban o impulsaban, pues les correspondía mandar; y los sirvientes respondían, pues era su deber recibir órdenes y obedecerlas. Es como si el profeta hubiera dicho que Dios castigaría esta perfidia sin pasar por alto a nadie, de modo que no perdonaría ni al pueblo ni a los jefes; y además añade a los sacerdotes, insinuando que estos últimos no serían exceptuados.

En resumen, denuncia el castigo universal sobre los judíos y muestra que, por muy extendida que se hubiera vuelto esta impiedad en todas partes, y que, aunque todos creían lícito todo lo que se practicaba comúnmente, Dios se vengaría e incluiría en el mismo castigo tanto a amos como a siervos, sin eximir a los sacerdotes, quienes se consideraban a salvo por un privilegio especial.

Malaquías 2:13

13 *Y esta otra vez haréis cubrir el altar de Jehová de lágrimas, de llanto, y de clamor; así que no miraré más a la ofrenda, para aceptarla con gusto de vuestra mano.*

El profeta vuelve a amplificar la culpa de los sacerdotes, pues el pueblo, al percibir que Dios les era adverso, no encontró la manera de apaciguarlo. Y cuando los hombres tienen la idea de que Dios les es inexorable, todo celo por la religión necesariamente decae; por eso dice el **Salmo 130:4** “*Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado.*” Como el pueblo no ganaba nada con los sacrificios, casi se había apartado del culto divino. Este mal, gravísimo, dice el profeta, debía atribuirse con justicia a los sacerdotes; pues, al estar contaminados, ¿cómo podrían haber sido aceptados por Dios para ser mediadores que expiaran los pecados y apaciguaran a Dios?

Este es el verdadero significado del profeta, que ninguno de los intérpretes ha percibido. Los rabinos creen que aquí se reprende a los sacerdotes porque sus esposas llenaron de llanto el altar del santuario al ver que sus esposos no las trataban fielmente, según la ley matrimonial; y casi todos están de acuerdo con ellos. Así, explican el versículo, *Y esta otra vez haréis*, es decir, “Ese pecado fue en sí mismo suficientemente grave, cuando permitisteis que se me sacrificaran víctimas flacas, como si fuera una burla; pero además de esto, viene vuestro pecado contra vuestras esposas, que continuamente se quejan y deploran su condición ante el altar de Dios, incluso porque no son amadas por vosotros, como lo exige el derecho matrimonial”. Así, atribuyen las lágrimas, el llanto y el lamento a las esposas de los sacerdotes, que fueron tratadas tan cruelmente por sus esposos, no podían hacer otra cosa que llenar el santuario de Dios con sus constantes quejas. Por lo tanto, traducen, **אין עוד פנות** *ein od penowt*, “Por lo tanto, no consideraré”, o “nadie considera”. Pero ambas versiones no solo son oscuras, sino que pervierten por completo el sentido del profeta.

Pero lo que ya he afirmado es lo más adecuado, que debía atribuirse a los sacerdotes que nadie podía adorar a Dios de corazón, al menos con una mente alegre y dispuesta; pues Dios era implacable con el pueblo, pues la única manera de obtener favor bajo la ley era cuando los sacerdotes, que representaban al Mediador, imploraban humildemente perdón en nombre de todo el pueblo. Pero ¿cómo podía Dios atender las oraciones de los sacerdotes cuando habían contaminado su altar con la inmundicia de la maldad? Vemos entonces el objeto de esta amplificación, *Cubris el altar de Jehová de lágrimas, de llanto, y de clamor.* Las alabanzas a Dios deberían haber resonado en el templo, según lo que se dice,

Tuya es la alabanza en Sion, oh Dios. Salmo 65:1

Y el sacrificio principal consistía en que el pueblo se ejercitara en contemplar las bendiciones de Dios y en dar gracias. Pero dice que nadie se acercó al altar con alegría, sino que todos estaban tristes y afligidos, porque encontraron que Dios era severo y rígido.

Y se añade la razón, **אין עוד פנות** *eín od penowt*, literalmente, “¿No se hace más por considerar?”, etc. Es fácil ver cuánto se apartan del significado del profeta que leyó, “*así que no miraré más*”; pues ¿debe aplicarse esto a Dios? Otros, que también dan esta traducción, “Por lo tanto, no aceptaré”, distorsionan la letra misma del texto. Pero el significado más apropiado es este, que todos lloraron y gemían ante el altar, porque vieron que habían llegado allí sin ninguna ventaja, que sus sacrificios no agradaban a Dios y que todo el culto era en vano, ya que Dios no respondía a sus oraciones. El profeta atribuye la culpa a los sacerdotes, pues Dios no se apiadó de ellos para perdonar al pueblo cuando sacrificaban. Con llanto, dice, el altar se llenó o cubrió, porque Dios no miró más a la ofrenda *para aceptarla con gusto de vuestra mano*; es decir, porque no le agradaron las víctimas ofrecidas por manos impuras y contaminadas.

Malaquías 2:14

14 *Mas diréis: ¿Por qué? Porque Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto.*

El profeta nos dice aquí, como antes, cuán propensos eran los sacerdotes a armar alboroto, y es muy común entre los hipócritas levantar inmediatamente un escudo para ocultar sus vicios cada vez que son reprendidos; y, por lo tanto, parece que los hombres son, en cierto modo, fascinados por Satanás, cuando alcanzan tal dureza que se atreven a responder a Dios y a rechazar todas las advertencias con palabras escandalosas. Malaquías ya ha empleado esta forma de hablar en varias ocasiones; por lo tanto, podemos concluir que el pueblo se había endurecido tanto que las advertencias no les importaban. Pero menciona un detalle que parece evidente, que habían caído en vicios insoportables. De hecho, no cabe duda de que señala uno de los muchos vicios que prevalecían. En este versículo hay un ejemplo de afirmar una cosa por completo, como si dijera, “vuestra hipocresía es extremadamente grave; pero, por omitir otras cosas, ¿con qué pretexto podéis excusar esta perfidia, que no hay fidelidad conyugal entre vosotros? Si hubiera integridad y sentido de la religión en los hombres, sin duda se manifestarían en su relación conyugal; pero vosotros habéis desechado toda vergüenza y habéis tomado muchas esposas. No hay entonces motivo para que penséis que podéis escapar con evasivas, porque este único vicio flagrante prueba suficientemente vuestra culpa”. Este es el sentido de la respuesta del profeta.

Hemos visto, en efecto, que los sacerdotes estaban implicados en otros vicios; El profeta, entonces, no los acusa de perfidia como si estuvieran libres de otros pecados, sino que pretendía mostrar, como ya he dicho, con una sola cosa, cuán perversa y descaradamente intentaron evadir el juicio de Dios, a pesar de haber violado la promesa matrimonial, la cual destruiría por completo el orden natural; pues, como ya se ha dicho, no puede haber castidad en la vida social si no se preserva el vínculo matrimonial, pues el matrimonio, por así decirlo, es la fuente de la humanidad.

Pero para insistir más en el asunto con los sacerdotes, les llama la atención sobre el hecho de que Dios es el fundador del matrimonio. *Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud.* Insinúa con estas palabras que cuando se celebra un matrimonio entre un hombre y una mujer, Dios preside y exige un compromiso mutuo de ambos. Por eso, Salomón, en **Proverbios 2:17**, llama al matrimonio el pacto de Dios, pues es superior a todos los contratos humanos. Así también Malaquías declara que Dios es, por así decirlo, el estipulador, quien por su autoridad une al hombre con la mujer y sanciona la alianza,

Dios, entonces, *ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud*, como si dijera, “Has violado no solo todas las leyes humanas, sino también el pacto que Dios mismo ha consagrado, y que con justicia debería considerarse más sagrado que todos los demás pactos, así como Dios ha testificado entre ti y tu esposa, y ahora la engañas, ¿cómo te atreves a acercarte al altar? ¿Y cómo puedes pensar que Dios se complacerá con tus sacrificios o que considerará tus ofrendas?”.

La llama *la mujer de tu juventud*, porque la lujuria es aún más sucia cuando los esposos abandonan el amor conyugal, como ocurre con las esposas con las que se casaron en su juventud. El vínculo matrimonial es inviolable en todos los casos, incluso entre ancianos, pero es una circunstancia que aumenta la vileza del acto cuando alguien se distancia de una esposa con la que se casó siendo niña y en la flor de la edad, pues la juventud concilia el amor; y también vemos que cuando un esposo y su esposa han vivido juntos durante muchos años, el amor mutuo prevalece entre ellos hasta la vejez, porque sus corazones estuvieron unidos en su juventud. No es casualidad que se mencione esta circunstancia, pues la lujuria de los sacerdotes era aún más sucia y, por así decirlo, más monstruosa, porque abandonaron a esposas a las que debieron haber mirado con el más tierno amor, pues se habían casado con ellas en su juventud, “*has sido desleal*”, dice, “*siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto*”.

La llama *compañera*, porque sabemos que el matrimonio se contrae con esta condición, que la esposa se convierta, por así decirlo, en la mitad del hombre. Como el vínculo matrimonial es inseparable, el profeta aquí agujonea a los sacerdotes, sí, los conmueve profundamente, al reprenderlos por descuidar lo natural, pues habían borrado de sus mentes el recuerdo de un pacto santísimo. *La mujer de tu pacto* debe ser tomada como una esposa pactada, es decir, “la esposa que se ha unido a ti por la autoridad de Dios, para que no haya separación; pero toda integridad es violada, y por así decirlo abolida”.

Malaquías 2:15

15 ¿No hizo él uno, habiendo en él abundancia de espíritu? ¿Y por qué uno? Porque buscaba una descendencia para Dios. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud.

Hay cierta oscuridad en este versículo, y por ello ningún intérprete ha llegado a comprender el significado del profeta. Casi todos los rabinos coinciden en que aquí se habla de Abraham. Si aceptáramos esta perspectiva, se podría dar un doble significado. Podría ser una objeción, “¿Acaso nadie ha hecho esto?”, es decir, ¿no nos dio Abraham, el único padre de las naciones, un ejemplo? Pues se casó con muchas esposas; y así muchos explican el pasaje, como si los sacerdotes objetaran y defendieran la corrupción que acaba de condenarse con el ejemplo de Abraham, “¿Acaso nadie ha hecho esto mientras aún poseía un espíritu excelente?”. Sabemos, en efecto, cuán propensos son los hombres a arrogarse la autoridad de los padres cuando desean ocultar sus propios vicios.

Otros prefieren considerar las palabras como pronunciadas por el propio profeta, y al mismo tiempo afirman que aquí se anticipa una objeción, y piensan que se elimina la posibilidad de una excusa, como si el profeta hubiera dicho, “¿No hizo esto Abraham, cuando era uno solo?”. Pues como los judíos podrían haber aducido el ejemplo de Abraham, los intérpretes, a cuya opinión me refiero ahora, creen que aquí se establece una diferencia, como si hubiera dicho, “Razonan mal, pues cada uno de ustedes es llevado a la poligamia por la lujuria de su carne; pero con Abraham fue muy distinto, pues era uno, es decir, solo”; y en Isaías, Abraham es llamado uno por no tener hijos. El significado, entonces, creen, es este, “¿No se vio Abraham obligado por la necesidad a tomar otra esposa? Incluso porque no tenía hijos ni esperanza de la descendencia prometida. La lujuria, entonces, no estimuló a tu padre Abraham, como a ti, sino el deseo de tener descendencia”. Y creen que esta opinión se confirma con lo que sigue, “¿Y por qué solo buscaba la descendencia de Dios?”. Es decir, el objetivo de Abraham era muy distinto a satisfacer su lujuria; pues buscaba esa santa descendencia, cuya esperanza le fue arrebatada debido a la esterilidad de su esposa y a su avanzada edad. Por lo tanto, cuando Abraham vio que su esposa era estéril y que ya no podía concebir debido a su avanzada edad, recurrió al último remedio; por lo tanto, el error de Abraham podría haber sido excusado, ya que su objetivo era correcto; pues buscaba la descendencia de Dios, la descendencia en la que todas las naciones serían bendecidas. Hasta aquí les he dicho lo que otros piensan.

Pensé hace doce años que este pasaje debería haberse traducido de otra manera en las Biblias francesas, y que, אֶחָד *ashér*, debería leerse en el caso objetivo, “¿No ha creado uno?”. Me parece que Jerónimo tenía una mejor idea de lo que el profeta quiere decir que

lo que otros han enseñado. Pero no pudo captar el verdadero significado, y por lo tanto se detuvo, por así decirlo, a mitad de su discurso. Leyó la palabra en nominativo, “¿No hizo él uno?”, es decir, y luego añadió, “habiendo en él”, es decir, Abraham, había un espíritu exuberante. Vemos cómo no se atrevió a afirmar nada, ni a explicar lo necesario. El sentido queda, en efecto, suspendido, e incluso gélido, si decimos, “¿No hizo él uno?”, pero si leemos, “¿No hizo él a uno?”, no hay ambigüedad. Es común en hebreo, como sabemos, que el nombre de Dios a menudo no se exprese cuando se hace referencia a él; pues tan grande es Él, que su nombre puede entenderse fácilmente, aunque no se exprese. Por lo tanto, no debe confundirnos que el profeta omita el nombre de Dios y mencione un verbo sin sujeto, pues tal es el uso, como he dicho, del idioma hebreo.

Procedo ahora a explicar el significado del profeta. ¿No hizo él uno? Es decir, ¿no se contentó Dios con un hombre cuando instituyó el matrimonio? Y, sin embargo, *habiendo en él abundancia de espíritu*. Los rabinos toman, שאר, *she'ár*, como que significa excelencia; pero no sé qué razón los ha inducido, excepto que se aventuraron a cambiar el sentido de la palabra, porque de otra manera no podían librarse; pues el error, de que aquí se habla de Abraham, había poseído por completo sus mentes. ¿Qué es שאר רוח, *she'ár rúakj*? Excelencia de Espíritu, dicen ellos; pero, se llama, שאר, *she'ar*, sabemos que es residuo o remanente, lo que entonces queda de algo, שאר *she'ár*; pues el verbo significa permanecer y apoyarse. Aquí entonces el profeta toma el residuo del Espíritu, por así decirlo, por poder desbordante; pues Dios pudo haber dado a un hombre dos o tres esposas; Así como el Espíritu no le falló al formar a una sola mujer, así como inspiró a Eva con vida, también pudo haber creado a otras mujeres y les impartido su Espíritu. Pudo entonces haber dado dos, cuatro o diez mujeres a un solo hombre; pues aún había un espíritu en él. Ahora entendemos lo que el profeta quiere decir al principio de este versículo.

Pero antes de continuar, debemos tener presente su objetivo, que era dismantelar todas esas frívolas pretensiones con las que los judíos buscaban encubrir su perfidia. Dice que en el matrimonio debemos reconocer una ordenanza divinamente establecida, o, dicho con mayor claridad, que la institución del matrimonio es una ley perpetua, que no es correcto violar, por lo tanto, no hay motivo para que los hombres se inventen diversas leyes, pues aquí solo debe considerarse la autoridad de Dios; y esto se explica con mayor claridad en **Mateo 19:8**, donde Cristo, refutando la objeción de los judíos respecto al divorcio, dice, “*más al principio no fue así*”. Aunque la ley permitía dar a las esposas un acta de divorcio, Cristo niega que esto sea correcto. ¿Con qué argumento? Incluso porque la institución no era de esa clase; pues era, como se ha dicho, un vínculo inviolable. Así que ahora nuestro profeta razona, acaso Dios ¿No hizo uno? Es decir, “consideren si Dios, al crear al hombre e instituir el matrimonio, dio muchas esposas a un solo hombre. De ninguna manera. Ven,

pues, que todo lo que no armoniza con su primera institución es espurio y contrario al carácter de un matrimonio verdadero y puro”.

Pero alguien podría preguntar aquí por qué el profeta dice que Dios creó uno, pues esto parece referirse al hombre y no a la mujer. A esto respondo, que el hombre y la mujer se llaman uno, según lo que dice Moisés.

Y creó Dios al hombre, varón y hembra los creó. Genesis 1:27

Tras afirmar que el hombre fue creado, añade, a modo de explicación, que el hombre, tanto varón como mujer, fue creado. Por lo tanto, cuando habla del hombre, el varón constituye, por así decirlo, una mitad, y la mujer la otra; pues cuando hablamos de toda la raza humana, una mitad sin duda está compuesta por hombres y la otra mitad por mujeres. Así también, cuando hablamos de individuos, el marido es, por así decirlo, la mitad del hombre, y la mujer la otra mitad. Hablo del estado ordinario de las cosas; pues si alguien objeta y dice que los solteros no son entonces hombres completos ni perfectos, la objeción es frívola; pero como los hombres fueron creados para que cada uno tuviera su propia esposa, digo que marido y mujer no forman más que un hombre completo. Esta es, pues, la razón por la que el profeta dice que un solo hombre fue creado por Dios; pues unió al hombre con la mujer y quiso que fueran compañeros, por así decirlo, bajo un mismo yugo. Y en esta explicación no hay nada forzado; Pues es evidente que el profeta aquí llama la atención de los judíos sobre la verdadera naturaleza del matrimonio; y esto no podía conocerse de otro modo que, por la propia institución de Dios, que es, como hemos dicho, una ley perpetua e inviolable; pues Dios creó al hombre, varón y mujer; y Cristo también repitió esta frase y la explicó cuidadosamente en el pasaje que hemos citado.

Y aquí el profeta aguijonea duramente a los judíos, como si quisieran superar a Dios o ser más sabios que él; *¿No había en él abundancia de espíritu?* Confunde el espíritu no con la sabiduría, sino con esa influencia oculta por la que Dios vivifica a los hombres. *¿Acaso Dios, dice, no pudo haber manifestado su espíritu para crear muchas esposas para un solo hombre?* Pero su propósito era crear una pareja; hacer del hombre esposo y esposa, como Dios, entonces, no carecía de un Espíritu remanente, y, sin embargo, no excedió esta medida; de ahí se sigue que la ley del matrimonio se viola cuando el hombre busca para sí muchas esposas. Creo que el significado del profeta está ahora suficientemente claro.

Sigue, “*¿Y por qué uno, ומה אחד, má v, ekjád?*”. La partícula interrogativa, מה *má*, se refiere a la causa, el fin, la forma o la manera; por lo tanto, podemos traducirla correctamente, “*¿Para qué o por qué ha creado Dios a uno?*”, incluso para *buscar la descendencia de Dios*. La descendencia de Dios debe tomarse como legítima; pues lo

excelente a menudo se llama Dios en hebreo, y también lo que está libre de todo vicio y mancha. Buscó entonces la descendencia de Dios, es decir, instituyó el matrimonio para que pudiera tener una descendencia legítima y pura. De ahí que el profeta indique indirectamente que son espurios todos los que proceden de la poligamia, porque no pueden ser considerados hijos legítimos; ni deben serlo otros que los que nacen según la institución de Dios. Cuando un esposo viola la fe que le ha prometido a su esposa y toma otra, al subvertir la ordenanza del matrimonio, no puede ser considerado un padre legítimo. Ahora entendemos por qué el profeta dice que era el propósito de Dios unir sólo una esposa a un hombre, para que pudieran engendrar descendencia legítima, pues muestra por el efecto cuán frívolas eran las evasivas a las que recurrían los judíos; pues por mucho que pudieran contender, su misma descendencia los probaría como mentirosos, ya que sería espurio.

Luego llega a esta conclusión, Por tanto, *Guardaos, pues, en vuestro espíritu*; es decir, “Tened cuidado de que nadie engañe a la esposa de su pacto”. Tras haber mostrado cuán perversamente violaban el voto matrimonial quienes se precipitaban a la poligamia, aquí los aconseja y exhorta; y este es el mejor modo de enseñar, mostrar primero lo que es correcto y lícito, y luego añadir exhortaciones. El profeta entonces se esforzó primero por convencer a los judíos de que eran culpables de un crimen nefasto; pues de lo contrario, su exhortación no habría sido recibida, ya que siempre tendrían una objeción lista, “Nos es lícito hacerlo, porque seguimos el ejemplo de nuestro padre Abraham; y además, esto ha sido permitido durante mucho tiempo, y Dios nunca habría permitido que, si fuera incorrecto, prevaleciera durante tantos siglos entre el pueblo, por lo tanto, se sigue que condenas lo que es lícito”. Era necesario, en primer lugar, eliminar todas estas falsas pretensiones; luego sigue la exhortación en su orden apropiado, *Velad por vuestro espíritu*; porque habla de lo que ha sido, por así decirlo, suficientemente probado.

Malaquías 2:16

16 Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio, y al que cubre de iniquidad su vestido, dijo Jehová de los ejércitos. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales..

Aquí nuevamente el profeta exagera el crimen que los sacerdotes consideraban insignificante, pues dice que pecaban más gravemente que si hubieran repudiado a sus esposas. Sabemos, en efecto, que el repudio, propiamente dicho, nunca había sido permitido por Dios; pues, aunque no estaba castigado por la ley, no estaba permitido. Era lo mismo que con un magistrado, quien se ve obligado a soportar muchas cosas que no aprueba; pues no podemos tratar a la humanidad de tal manera que se repriman todos los vicios. Es ciertamente deseable que ningún vicio sea tolerado, pero debemos considerar lo que es posible. Por lo tanto, Moisés no especificó ningún castigo, según la atrocidad del crimen, si alguien repudiaba a su esposa; y, sin embargo, nunca fue permitido.

Pero si se hace una comparación, Malaquías dice que es un crimen más leve despedir a una esposa que casarse con muchas. De aquí aprendemos cuán abominable es la poligamia a los ojos de Dios. No considero que la poligamia sea lo que los insensatos papistas han convertido en polígamos, no a quienes tienen muchas esposas a la vez, sino a quienes se casan con otra tras el fallecimiento de la anterior. Esto es una gran ignorancia. La poligamia, propiamente dicha, se da cuando una persona toma muchas esposas, como era común en Oriente; y sabemos que esas naciones siempre han sido libidinosas y jamás observan el voto matrimonial. Como entonces su lascivia era tan grande que eran como bestias salvajes, cada uno se casó con varias esposas; y este abuso continúa hoy en día entre los turcos, los persas y otras naciones. Sin embargo, aquí, donde Dios compara la poligamia con el divorcio, dice que la poligamia es el peor y más detestable crimen; pues el esposo se une impuramente con otra mujer, y entonces, no solo es infiel con la esposa a la que está unido, sino que también la retiene por la fuerza, así su crimen se duplica. Pues si responde que conserva a la esposa a la que está comprometido, sigue siendo adúltero respecto a la segunda esposa, así mezcla, como dicen, lo sagrado con lo profano; y luego al adulterio y la lascivia añade crueldad, pues tiene bajo su autoridad a una mujer miserable que preferiría la muerte a tal condición; pues sabemos el poder que tienen los celos sobre las mujeres. Y cuando alguien presenta a una prostituta, ¿cómo puede una esposa legítima soportar tal indignidad sin ser miserablemente atormentada?

Esta es, pues, la razón por la que el profeta dice ahora, “*él aborrece el repudio*”; no porque conceda indulgencia al divorcio, como hemos dicho, sino para que con esta circunstancia pueda agravar el crimen; y por ello añade, “*que cubre de iniquidad su*

vestido”. Algunos intérpretes interpretan aquí la iniquidad como botín o presa, y creen que se llama así a la esposa que se ve obligada tiránicamente a permanecer con un adúltero, cuando ve a una prostituta en su casa, por quien es expulsada de su lecho conyugal; pero esto es demasiado forzado y demasiado alejado de la letra del texto. El profeta aquí, sin duda, se despoja de la falsa máscara de los judíos, porque creían que podían encubrir su vicio conservando a sus primeras esposas. “¿Qué otra cosa es esto —dice— sino ocultar vuestra violencia, o al menos excusarla? Pues no la manifestáis abiertamente; pero Dios no se engaña, ni su mirada puede ser deslumbrada por semejante disfraz. Aunque vuestra iniquidad esté cubierta por un manto, aún no está oculta a Dios; es más, se duplica, porque ejercéis vuestra crueldad en casa; pues sería mejor que los ladrones se quedaran en el bosque y mataran allí a los forasteros, que atraer a los huéspedes a sus casas, matarlos allí y saquearlos con el pretexto de la hospitalidad. Así es como actuáis; pues destruís el vínculo matrimonial, y después engañáis a vuestras miserables esposas, y sin embargo las obligáis con vuestra tiranía a permanecer en vuestras casas, y así atormentáis a vuestras pobres esposas, que podrían haber gozado de su libertad si se les hubiera concedido el divorcio”.

Concluye de nuevo con estas palabras, *Guardaos, pues, en vuestro espíritu*; es decir, “Tened cuidado, porque esto es una maldad intolerable ante Dios, por mucho que os esforcéis por atenuar su atrocidad”.

Malaquías 2:17

17 Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras. Y decís: ¿En qué le hemos cansado? En que decís: Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace; o si no, ¿dónde está el Dios de justicia?

El profeta reprende aquí a los judíos que protestaron contra Dios en su adversidad, como si los hubiera abandonado inmerecidamente y no les hubiera brindado ayuda inmediata. Así suelen actuar los hipócritas; a menos que Dios los asista de inmediato, no solo se quejan indirectamente, sino que también prorrumpen en blasfemias abiertas; pues creen que Dios está obligado a ellos, y por eso lo atacan con mayor audacia, e incluso con mayor libertad e insolencia. Es, sin duda, una prueba de verdadera piedad cuando nos sometemos pacientemente a los juicios de Dios y cuando, como nos enseña Jeremías con su propio ejemplo,

Reconocemos, oh Jehová, nuestra impiedad porque contra ti hemos pecado.
Jeremías 14:20.

Pero como los hipócritas no tienen conciencia de nada malo (pues se lisonjean y embrutecen sus propias conciencias), al no examinarse a sí mismos, creen que Dios actúa injustamente con ellos cuando no les trae ayuda inmediata. Tal era la deshonestidad del pueblo del que habla ahora el profeta.

Dice que habían *cansado* a Dios, es decir, que le habían sido molestos con sus clamorosas quejas; pues el verbo יגע *yagá*, significa estar cansado; dice entonces que se quejaron irrazonablemente de la lentitud de Dios. Es, en efecto, una forma de hablar tomada de los hombres, pues sabemos que ninguna pasión pertenece a Dios; pero, así como en otro lugar Dios los reprende porque entristecieron su Espíritu, **Salmo 106:33**, así también dice aquí que lo cansaron. Ahora comprendemos el significado del profeta.

Pero hay un dilema en estas palabras; pues los judíos creían que Dios favorecía a los malvados, ya que no los castigó de inmediato, o que ahora era diferente de sí mismo y olvidó su propia naturaleza. La dificultad o el dilema no aparece en la primera perspectiva, ya que parecían haber repetido lo mismo. Pero en la primera cláusula acusan a Dios de injusticia; y en la segunda insinúan que no hay Dios, pues no puede existir sin ejercer juicio. Luego, el pasaje contiene dos cláusulas que difieren entre sí, “Dios ha cambiado su naturaleza, y por lo tanto no es Dios, o favorece a nuestros enemigos; pues no ejecuta la venganza de inmediato”. Vemos entonces que concluyeron que Dios actuó injustamente, o que no había Dios. Pero hemos mencionado la causa de esta blasfemia, los judíos no se

examinaron a sí mismos y, por lo tanto, no confesaron que merecían estos castigos. Eran como caballos feroces, que cocean y se lanzan, aunque sus jinetes los traten con amabilidad.

Pero tal insolencia se ve ahora en todos los hombres enmascarados, que con jactancia profesan la religión cuando son tratados según sus propios deseos; pero Cuando Dios los trata con mayor severidad, no solo murmuran, sino que, como ya he dicho, profieren calumnias impías contra él, como si no les hubiera recompensado por su justicia. Amonestados por este ejemplo, aprendamos que es verdadera sabiduría humillarnos bajo la poderosa mano de Dios **1 Pedro 5:6**, y que, aunque él suspenda la concesión de nuestras oraciones, debemos soportar, sin impaciencia, lo duro y severo, y también dominar nuestros sentimientos y buscar en ellos el Espíritu de mansedumbre para mantenernos en una serena sumisión.

Dice que aun así respondieron, “*¿En qué le hemos cansado?*”. Aquí reprende enérgicamente su dureza, pues no se volvieron sabios gracias a la reprensión recibida, sino que despreciaron las palabras del profeta, por lo que vemos claramente que habrían quedado convencidos de su culpa si no hubieran sido doblemente torpes. Era un reproche intolerable para Dios decir que favorecía a los impíos y se complacía con sus crímenes; pues Dios no solo gobernaría como un tirano, sino que también subvertiría todo orden. Pero nada es más contrario a su naturaleza que tender la mano a los impíos como si tuviera una alianza con ellos. Siendo esto una evidente impiedad, era una monstruosa torpeza preguntar en qué cansaban a Dios; debieron saber que él no considera nada tan precioso como su propio honor; y, sin embargo, como si Malaquías los hubiera reprendido injustamente, se opusieron a él con dureza, según ejemplos similares que hemos observado antes. Pues, aunque violaron el pacto matrimonial, aunque defraudaron a Dios en los diezmos, aunque evadieron astutamente a los profetas, se enjugaron la boca y preguntaron, ¿En qué habían pecado? El profeta muestra que se habían endurecido tanto en su contumacia que rechazaron con valentía todas las amonestaciones; pues no preguntaron esto como si fuera algo dudoso, ni se puede concluir de sus palabras que fueran dóciles; sino que era como si estuvieran armados, listos para la contienda, sí, armados de descaro y perversidad; pues sin duda despreciaron y ridiculizaron la reprensión del profeta.

Entonces les responde, *En que decís: Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace.* La palabra traducida como *agrada* es טוב *tob*; pero ese es su significado frecuente en hebreo. Lo que decían era que los impíos y los malvados agradaban a Dios, incluso porque ocultaban sus pecados con falsas apariencias, de modo que no se convencían de nada malo. Entonces imputaban todo lo malo a sus enemigos; no

solían contender con Dios porque dejara impunes los pecados, sino porque no recibían su ayuda. Vemos, pues, que los judíos aquí no clamaban ni contendían con Dios por odio a la maldad, sino que solo consideraban sus propios intereses; ni condenaban los pecados ajenos, excepto aquellos por los que recibían algún daño o pérdida, y que no consideraban malvados a nadie excepto a aquellos por quienes eran perjudicados. De ahí aprendemos que no se quejaban por celo por lo recto, sino porque querían que Dios se uniera a ellos para asumir su causa como si fueran sus mecenas terrenales.

Sabemos, en efecto, que incluso los piadosos a veces se cansan, y su fe está a punto de flaquear, cuando las cosas en el mundo se encuentran en un estado turbulento y confuso, y este fue el caso del salmista, como se registra en el **Salmo 73**, pero hay en los siervos y adoradores sinceros de Dios cierta preocupación por lo que es justo y correcto, siempre que tienen tal dolor y turbación mental, según el caso de Habacuc, cuando dijo,

“¿Hasta cuándo, oh Jehová?” **Habacuc 1:2**

Pues sin duda su queja provenía de un principio recto, pues deseaba que Dios fuera verdaderamente servido en el mundo. Pero no había nada de esto en los judíos, con quienes nuestro profeta contiende aquí; pues, como hemos dicho, no había odio a la maldad, sino solo preocupación por su propio beneficio; por lo tanto, decían que los impíos agradaban a Dios, porque Dios no intervino de inmediato cuando temían algún problema de sus enemigos.

La repetición es prueba de mayor amargura, pues no se contentaron con una sola expresión clamorosa, sino que añadieron que Dios se deleitaba en ellos.

Luego sigue la otra cláusula, *¿dónde está el Dios de justicia?* Parece que aquí no se equivocan, es decir, se apartan de la naturaleza de Dios. Los hombres pueden cambiar de consejo y designio, y seguir siendo hombres, pues están sujetos a la inconstancia; pero a Dios no le corresponde ningún cambio. No parece entonces haber impropiedad en esto, que no hay Dios, excepto él como juez del mundo; pues no puede despojarse de su oficio sin negarse a sí mismo. Pero ellos, malignamente, impugnaron a Dios; es más, ahora insinúan que no existe, porque él había abdicado de su juicio; pues daban por sentado que Dios había dejado de ser el castigador de la maldad, lo cual era sumamente falso; pero, aun así, creían que, según los hechos, era cierto y claro. Por lo tanto, concluyeron que no existía Dios, pues su divinidad debía haber sido abolida junto con su juicio. Vemos así hasta qué punto estallaron en sus quejas con insolencia, de modo que o bien acusaron a Dios de injusticia, o bien alegaron que su divinidad había sido aniquilada.

Comentario a la profecía de Malaquías

Capítulo 3

Malaquías 3:1

1 He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.

Aquí el profeta no consuela a los malvados calumniadores mencionados anteriormente, sino que afirma la constancia de su fe frente a sus palabras blasfemas; como si dijera, “Aunque impiamente declaren que han sido engañados o abandonados por el Dios en quien habían esperado, su pacto no será en vano.” El propósito de lo que se anuncia es similar al de la declaración hecha en otro lugar,

Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta.
Números 23:19

Dios, pues, triunfa gloriosamente sobre los judíos y alega su propio pacto frente a sus vergonzosas calumnias, porque sus malvadas murmuraciones no pudieron impedirle cumplir sus promesas y realizar a su debido tiempo lo que creían que nunca se haría; y emplea un adverbio demostrativo para mostrar la certeza de lo que dice.

He aquí, dice, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí. Este pasaje sin duda debe entenderse de Juan el Bautista, pues Cristo mismo lo explica así, y no se puede encontrar mejor intérprete que él. Y dado que Juan el Bautista era el mensajero de Cristo, el comienzo del versículo no puede aplicarse a ninguna otra persona. Después, el Padre mismo habla, como veremos; pero como quien se manifestó en carne es el mismo Dios que el Padre, no es de extrañar que hable, y que las palabras que siguen sean pronunciadas en la persona del Padre.

Hay aquí una llamativa alusión a Moisés, cuyo oficio era interceder para que Dios, en su justa ira, no destruyera a todo el pueblo; pues, así como entonces la majestad de Dios era insoportable sin un intercesor, de modo que el pueblo, atemorizado, clamaba “*Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos*” **Éxodo 20:19**, así también ahora Malaquías nos enseña que se necesita un intercesor que alivie la ira de Dios, la cual los judíos habían provocado con tanta intensidad. Juan el Bautista asumió este oficio, quien preparó a los judíos para escuchar la voz de Cristo.

Al decir que *enviaría un mensajero para preparar el camino*, reprendió indirectamente a los judíos, quienes, por así decirlo, pusieron muchos obstáculos; como si hubiera dicho, “Con los obstáculos que levantan, impiden la redención y la salvación

prometida que se revelará; por lo tanto, será necesario un *mensajero que prepare el camino*". Pues los judíos habían introducido impedimentos, como si deliberadamente desearan resistir el favor que se les había preparado y prometido. Pero cómo el Bautista realizó su obra allanando el camino es evidente en el capítulo cuarenta de Isaías, así como en los Evangelios; y de ahí se desprende lo que ya he dicho, que Dios, por su fidelidad y misericordia, luchó contra los obstáculos que los judíos habían levantado para impedir la venida de Cristo.

Después añade, *y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis*. Tras haber dicho que abriría un camino para su favor, añade *Vendrá el Señor*. Aquí no introduce a Jehová, sino al Señor, אֲדֹנָי *Adón*; y por eso habla claramente de Cristo, quien posteriormente es llamado el *Ángel* o *Mensajero del pacto*. Pero la palabra אֲדֹנָי *Adón*, comúnmente usada para un Mediador, como en el **Salmo 110:1**, y también en **Daniel 9:17**; donde se dice expresamente, "*Dios nuestro, oye la oración de tu siervo*", לַמֶּלֶךְ אֲדֹנָי *lamon Aduni*; la palabra es la misma que aquí, *vendrá entonces el Señor*. La razón para esta manera de hablar fue porque Cristo les fue mostrado bajo el tipo que lo representaba. Como entonces el reino de David era una representación del reino de Cristo nuestro Señor, no es de extrañar que los profetas lo designaran con este título, especialmente aquellos que estaban más cerca del tiempo de la manifestación de Cristo. Pero se le promete con otro título, el *ángel* o *mensajero del pacto*; pero no significa lo mismo aquí que en la primera cláusula. Llamó a Juan el Bautista al principio de este versículo un mensajero, *el mensajero de Jehová*; y ahora llama a Cristo un mensajero, pero él es el *mensajero del pacto*; pues era necesario que el pacto fuera confirmado por él. El título de Juan el Bautista era entonces inferior al de Cristo; pues, aunque era Dios manifestado en carne, esto no le impedía ser ministro e intérprete de Dios para confirmar su pacto; y sabemos que el oficio de Cristo consiste en confirmar y sellar para nosotros el pacto de Dios, no solo por su doctrina, sino también por su sangre y el sacrificio de su cruz.

Malaquías promete entonces a los judíos un rey y un reconciliador, un rey bajo el título de *Señor*, y un reconciliador bajo el título de *ángel del pacto*. Y sabemos que lo principal en toda la doctrina de la ley era que un Redentor vendría para reconciliar a la Iglesia con Dios y gobernarla.

Y dice que los judíos *buscaban* y *deseaban* al Mediador; y que, a través de él, Dios les sería propicio; pero esto no se dijo sino con ironía. Los fieles, en efecto, hoy tienen todos sus deseos puestos en Cristo, después de su revelación en la carne, hasta que, en su última venida, participen del fruto de su muerte y resurrección; y bajo la ley sabemos que los gemidos y suspiros de los piadosos eran hacia Cristo; pero Malaquías, con desprecio,

refrena aquí estas acusaciones irrazonables con las que los judíos acusaban a Dios, como si hubiera defraudado su esperanza y sus oraciones. Pues hemos dicho, y el hecho es evidente, que Dios había sido presuntuosa y vergonzosamente impugnado por ellos, como si no pretendiera cumplir sus promesas. Por eso, el profeta dice irónicamente, y también con dureza, que los judíos esperaban a Cristo, pues murmuraban porque Dios había postergado demasiado su venida, "¡Oh! ¿Dónde está el Redentor? ¿Cuándo se nos revelará?". Puesto que entonces fingían esperar con ansias la venida de Cristo, el profeta los reprende con esto, y con justicia, pues habían manifestado expresamente su incredulidad.

He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. Aquí presenta al Padre como el orador, como ya se ha dicho; y la partícula **הנה** *jinní*, he aquí, se usa para disipar toda duda; y luego confirma lo que dice con la autoridad de Dios. Podría haber afirmado esto personalmente como maestro; pero para causar un efecto en los judíos por la majestad de Dios, lo convierte en el autor de esta profecía.

Malaquías 3:2

2 ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores.

En este versículo, el profeta contiende con mayor vehemencia con los judíos, y demuestra que era una simple presencia lo que tanto esperaban de la venida del Mediador, pues habían sido muy diferentes de él a lo largo de toda su vida. Y cuando dice que la venida de Cristo sería intolerable, lo que dice se limita a los impíos; pues sabemos que nada es más deleitoso y dulce para nosotros que tener a Cristo cerca, aunque ahora somos peregrinos y estamos lejos de él, su presencia invisible es nuestro mayor gozo y felicidad. **Romanos 8:22-23**. Además, si la expectativa de su venida no sustentara nuestras mentes, ¡cuán miserable sería nuestra condición! Por lo tanto, es por esta característica que se distinguen los fieles, que esperan su venida; y Pablo no en vano nos exhorta, con el ejemplo del cielo y la tierra, a ser como los que sufren dolores de parto, hasta que Cristo se nos aparezca como nuestro Redentor.

Pero el profeta dirige aquí su discurso a los impíos, quienes, aunque parecen arder de deseo por la presencia de Dios, aún no desean su presencia, sino que huyen de él cuanto pueden. Encontramos un pasaje similar en Amós:

“¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz” Amós 5:18.

En este pasaje, Amós habló sobre el mismo tema; pues los judíos, llenos de falsa confianza, pensaban que Dios no podía abandonarlos, pues les había prometido su fe; pero les recordó que Dios había sido tan provocado por sus pecados que se había convertido en su enemigo declarado. Así también en este pasaje, “*Ven*”, dice el profeta, “*vendrá el Redentor*”; pero esto no os servirá de nada; al contrario, su venida os será terrible. Sabemos, en efecto, que Cristo no se manifestó para salvación de todos, sino solo del remanente y de los de Jacob que se arrepintieron, según **Isaías 10:21-22**. Pero como rechazaron obstinadamente el favor de Dios, no es de extrañar que el profeta los excluyera de las bendiciones del Redentor.

¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Como si hubiera dicho, “En vano se lisonjean, e incluso reprochan a Dios, que retiene al Redentor prometido como si estuviera escondido en su propio seno; porque vendrá a su debido tiempo, pero sin ninguna ventaja para ustedes; ni se les permitirá

disfrutar de su favor; sino que, por el contrario, no les traerá más que terrores; porque *él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores*". Esta última cláusula puede interpretarse en un sentido bueno o malo, como se desprende del versículo siguiente. El poder del fuego, sabemos, es doble, quema y purifica; quema lo corrupto; pero purifica el oro y la plata de su escoria. El profeta sin duda pretendía incluir ambos, pues en el versículo siguiente dice que Cristo será como fuego para purificar y refinar a los hijos de Leví como el oro y la plata. Con respecto al pueblo del que ha estado hablando hasta ahora, muestra que Cristo será como fuego, para quemar y consumir su inmundicia; porque, aunque se jactaban de su religión, sabemos que la Iglesia de Dios tenía muchas impurezas y contaminaciones; por lo tanto, perecerían en el fuego. Pero Malaquías nos enseña al mismo tiempo que la Iglesia entera no perecería, pues el Señor *purificaría a los hijos de Leví*.

Aquí se menciona una parte por el todo; pues la promesa pertenece a toda la Iglesia. Los hijos de Leví fueron las primicias, y todo el pueblo estaba consagrado a Dios en nombre de esa tribu. Por eso menciona a los hijos de Leví en lugar de a todo el pueblo; como si hubiera dicho que, aunque la Iglesia estaba corrupta y contaminada, aún habría un remanente que Dios salvaría, habiéndolo purificado.

Malaquías 3:3

3 Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia.

El profeta dice que Cristo se *sentará a limpiar a los hijos de Leví*; pues, aunque eran, por así decirlo, la flor y nata de la Iglesia, se habían contagiado de la corrupción imperante. Tal fue el contagio que no solo la gente común se corrompió, sino incluso los mismos levitas, quienes debían ser guías para los demás y que debían ser en la Iglesia un modelo de santidad. Sin embargo, Dios promete que Cristo efectuaría una purificación tal que consumiría a todo el pueblo, pero purificaría a los elegidos, como si fueran plata, para que fueran salvos. Posteriormente nos dice que los propios levitas necesitarían una prueba para purificarse; pues no estarían libres de inmundicia, pues se habían mezclado con un pueblo perverso, que se había apartado por completo de la ley, del temor y de la adoración a Dios.

Malaquías 3:4

4 Y será grata a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos.

Este versículo muestra que, aunque acababa de hablar de los hijos de Leví, consideraba a todo el pueblo. Pero pretendía limitar a los elegidos lo que no debía extenderse a todos, pues entre el pueblo, como hemos visto y volveremos a ver, había muchos réprobos; es más, la mayor parte se había apartado; y esta es la razón por la que el profeta se dirige especialmente a los pocos que quedaban que no se habían apartado.

Pero menciona a *Judá y Jerusalén*, pues esa tribu había regresado a su patria, y en Jerusalén se ofrecían sacrificios, aunque no con el esplendor de la antigüedad, pues la situación se había deteriorado mucho entre aquellos miserables exiliados. Por lo tanto, el profeta, para animar a los fieles, dice que, aunque el templo era entonces miserable, y el culto a Dios, tal como se realizaba entonces, era desprovisto de adornos y abyecto, no había razón para que los levitas ni otros se desanimaran, porque el Señor restauraría de nuevo la gloria de su templo y demostraría que lo que los hombres veían con desprecio era aprobado por él.

Malaquías 3:5

5 Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos.

Aquí el profeta replica las quejas que los judíos habían presentado previamente. Hay entonces un contraataque cuando dice, *vendré a vosotros* pues provocaron a Dios con esta calumnia, que se ocultaba de ellos y miraba a distancia lo que ocurría en el mundo, como si el pueblo que había elegido no fuera objeto de su cuidado. Esperaban que Dios fuera para ellos como un soldado a sueldo, listo para ayudarlos en cualquier adversidad, y que acudiera armado a su voluntad para luchar contra sus enemigos; esto era lo que esperaban; pero Dios declara lo contrario, que vendría para *juicio*; y alude a esa calumnia impía, cuando negaron que él fuera el Dios del juicio, porque no resistió de inmediato ni con la suficiente rapidez a sus enemigos, “¡Oh! ¡Dios se ha despojado de su propia naturaleza! Porque su juicio no se manifiesta”. Su respuesta es, “No olvidaré ningún juicio cuando venga a vosotros, pero vendré de una manera contraria a la que esperáis”. Ciertamente deseaban que Dios se armara para su beneficio, pero Dios declara que sería su enemigo, según lo que también dice por boca de Isaías.

Añade, además, *seré pronto testigo*. Contrapone la rapidez a su calumnia, pues decían que Dios era lento y tardío porque no había salido inmediatamente, como deseaban, a ejercer venganza sobre las naciones extranjeras. Él, por otro lado, afirma que sería lo suficientemente rápido cuando llegara el momento.

Y como blasfemias similares prevalecen en el mundo hoy en día, este pasaje puede adaptarse a nuestras circunstancias. Seamos, pues, conscientes de que, aunque Dios pueda demorarse por un tiempo, conoce sus propias oportunidades para aparecer como vengador de la maldad tan pronto como sea necesario. Pero temamos siempre que nuestra prisa nos lleve a la ruina, pues él no hace acepción de personas, favoreciendo nuestra infidelidad y siendo rígido con quienes nos son hostiles. Procuremos que, al buscar la presencia de Dios, nos presentemos ante su tribunal con una conciencia pura y recta.

Luego menciona varios tipos de males, entre los que incluye los pecados en los que se involucraron los judíos. Primero menciona a los *hechiceros* o adivinos. Es cierto que, entre las diversas supersticiones, esta era una; pero como la palabra se encuentra aquí sola, el profeta sin duda pretendía incluir toda clase de hechiceros, adivinos, falsos profetas y todos los engañadores de ese tipo; y, por lo tanto, aquí hay otro ejemplo de mencionar una

parte por el todo, pues incluye todas aquellas corrupciones que son contrarias al verdadero culto a Dios. Sabemos, en efecto, que Dios, mediante su palabra, impuso anteriormente una restricción a los judíos, impidiéndoles recurrir a encantamientos y artes mágicas, ni a nada parecido; pero aquí insinúa que entonces estaban tan entregados a abominaciones que se entregaron a las artes mágicas, los encantamientos y las artimañas del diablo. En segundo lugar, menciona a los *adúlteros*, término que incluye toda clase de lascivia; y, en tercer lugar, menciona los *fraudes* y las *rapiñas*; y si consideramos el tema con atención, descubriremos que estas tres cosas contienen todo lo que viola la ley.

El propósito del profeta no es en absoluto ambiguo, pues pretendía mostrar cuán perversamente se oponían a Dios; pues debieron haber sido destruidos cien veces, por ser apóstatas, dados a lujurias obscenas, crueles, avariciosos y pérfidos.

Y esta reprimenda debería ser una advertencia para nosotros hoy, para que no invoquemos el juicio de Dios sobre los demás mientras nos enorgullecemos de nuestra inocencia. Siempre que acudamos a Dios en busca de ayuda y le pidamos socorro, recordemos que él es un juez justo que no hace acepción de personas. Que cada uno que implore el juicio de Dios sea su propio juez y anticipe la corrección que tiene motivos para temer. Para que Dios no esté armado para nuestra destrucción, examinemos cuidadosamente nuestra propia vida y sigamos la regla prescrita aquí por el profeta, comencemos con la adoración a Dios, luego abordemos las fornicaciones y los adulterios, y todo lo que sea contrario a una conducta casta, y después pasemos a los fraudes y el saqueo; porque si estamos libres de toda superstición, si nos mantenemos castos y puros, y si también nos abstenemos de todo saqueo y toda crueldad, nuestra vida sin duda será aprobada por Dios. Y por eso el profeta añade al final del versículo, *no teniendo temor de mí*; pues cuando prevalecen la lujuria, el saqueo, los fraudes y las corrupciones que vician el culto a Dios, es evidente que no hay temor de Dios, sino que los hombres, habiéndose sacudido el yugo, se vuelven como locos, aunque profesen mil veces el nombre de Dios.

Al mencionar *la viuda al huérfano, y al extranjero*, amplifica la atrocidad de sus crímenes; pues sabemos que las viudas los huérfanos, y los extranjeros están bajo la tutela y protección de Dios, puesto que están expuestos a los agravios humanos. Por lo tanto, quien saquea a los huérfanos, acosa a las viudas u oprime a los extranjeros, parece librar una guerra abierta, por así decirlo, contra Dios mismo, quien ha prometido que estarán seguros bajo la sombra de su mano.

Malaquías 3:6

6 Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.

Aquí el profeta reprende y refrena con mayor claridad la impía rebeldía del pueblo; pues Dios, tras haber dicho que vendría y enviaría un Redentor, aunque no uno que satisficiera a los judíos, ahora reclama para sí lo que justamente le pertenece, y dice que no cambia, porque es Dios. Bajo el nombre de Jehová, Dios razona desde su propia naturaleza; pues se opone a los mortales; no es de extrañar que Dios aquí niegue toda inconsistencia, ya que el impostor Balaam se vio obligado a celebrar la inmutable constancia de Dios.

Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta.

Números 23:19

Ahora comprendemos entonces la fuerza de las palabras *yo Jehová*. Pero añada como explicación, *no cambio*, o no he cambiado. Porque si no tomamos el verbo activamente, el significado es el mismo, que Dios continúa en su propósito, y no se desvía de un lado a otro como los hombres que se arrepienten de un propósito que se han formado, porque les viene a la mente lo que no habían pensado, o porque desean deshacer lo que han realizado y buscan nuevas maneras de deshacer sus pasos. Dios niega que algo así pueda ocurrir en él, pues él es Jehová, y no cambia ni es cambiado.

Esta última cláusula se explica de diversas maneras. El verbo כלה, *kalá*, significa, en la primera conjugación, ser consumado, completar o poner fin; y este sentido sería muy adecuado; pero una razón gramatical interfiere, pues está en la primera conjugación. Si la gramática lo permitiera, este significado sería apropiado, “Hijos de Israel, no habéis puesto fin”. ¿Por qué? “Desde los días de vuestros padres”, etc.; entonces el versículo que sigue estaría relacionado con esto. Pero debemos contentarnos con la lectura actual; Y puede tener una doble perspectiva, el verbo copulativo “waw” puede interpretarse como adversativo, “Aunque no hayáis sido consumidos, yo no he cambiado”, como si dijera, “No penséis que habéis escapado, aunque os he perdonado por mucho tiempo a vosotros y a vuestros pecados; aunque aún no hayáis sido consumidos, como os he soportado en vuestra gran maldad, sigo siendo Jehová, y no cambio de naturaleza, y al final descubriréis que soy un Juez justo; aunque no ejecutaré pronto mi venganza, pues el castigo se mantiene en suspenso, o como sepultado, el final demostrará que no he cambiado”.

Pero el profeta parece más bien acusar a los judíos de ingratitud al acusar a Dios de crueldad o negligencia, por no haberles ayudado de inmediato; y al mismo tiempo, no

consideraron que seguían vivos porque Dios tenía una razón, derivada de su propia naturaleza, para perdonarlos y no darles lo que merecían. El significado, entonces, es este, “Soy Dios y no cambio; ¿y no debieron ustedes reconocer esa maravillosa paciencia mediante la cual los he perdonado? Pues ¿cómo es que no han perecido, y que innumerables muertes no los han consumido? ¿Cómo es que aún viven? ¿Acaso porque me han tratado fielmente, me comporté de modo que me comporté con cuidado de ustedes? No, es realmente un milagro que no los hubiera atacado con tanta furia como para destruirlos hace mucho tiempo”. Vemos, por lo tanto, que los reprende con ingratitud por acusarlo, porque no salió inmediatamente en su defensa. Pues les responde y dice que, si hubiera sido rígido y vehemente en su desagrado, no habrían continuado, pues no habrían cesado durante siglos sucesivos de buscar su propia ruina, como encontramos en lo que sigue, el siguiente versículo.

Malaquías 3:7-8

7 Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos?

8 ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas.

El profeta amplía con más detalle lo que había mencionado, que era un milagro que los judíos no hubieran perecido, porque nunca habían cesado de provocar a Dios contra sí mismos. Luego les expone este hecho con mayor claridad, *desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes*. Aumenta su condenación con esta circunstancia, que no habían comenzado recientemente a apartarse del camino recto, sino que habían continuado su contumacia durante muchos siglos, según lo que los apóstoles, así como los profetas en diversos lugares, han testificado:

¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. Hechos 7:51

No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, Salmo 95:8

Pero no multiplicaré las pruebas, que se encuentran con mucha frecuencia y deben ser bien conocidas.

Ahora entendemos la intención del profeta, que los judíos durante muchos siglos habían sido notorios por su impiedad y maldad, y que Dios no los había tratado como merecían, porque, según su inefable bondad y paciencia, había suspendido su rigor para no castigarlos según sus deméritos. De ahí se desprende su irracionalidad, no solo por su mal humor y orgullo, sino especialmente por su furia contra Dios, al acusarlo de tardanza, cuando él ya había demostrado ser un verdadero Dios para con ellos por su continua paciencia.

Las palabras *y no las guardasteis* se añaden para ampliar la explicación; pues expresa con mayor claridad su desprecio por la ley, como si hubiera dicho que no solo eran transgresores, sino que también, con gran terquedad, se habían apartado de la ley hasta tal punto que consideraban insignificante pisotear los preceptos de Dios.

Luego los exhorta al arrepentimiento, se dirige a ellos con amabilidad y declara que sería propicio y reconciliable con ellos si se arrepentían. Hasta ahora los ha reprendido

duramente, porque, al ser tan duros de cuello, necesitaban tal corrección; pues si el profeta los hubiera exhortado con amabilidad y gentileza, lo habrían pateado o lo habrían atacado con sus cuernos. Ahora mitiga su agudeza, no ciertamente con respecto a todos, pero si había alguien susceptible de curación entre el pueblo, pretendía ponerlos a prueba; y por eso les ofrece reconciliación con Dios, como si dijera, “Aunque Dios ha sido ofendido de diversas maneras por vosotros, y aunque habéis repudiado su favor, y os habéis vuelto totalmente indignos de ser considerados por él, volved, y él os encontrará”.

Hemos dicho en otra parte que todas las exhortaciones serían en vano sin una esperanza de perdón; pues cuando Dios nos manda volver al camino recto, nuestros corazones nunca se conmovieran, es más, se apartarían, si no tuviéramos la esperanza de que él se reconcilie con nosotros. Este camino sigue ahora el profeta, cuando en la persona misma de Dios promete perdón, siempre que los judíos se arrepientan.

Dios nos dice *volveos*, cuando deja de exigir el castigo de nuestros pecados, y cuando deja de lado su carácter de juez y se nos da a conocer como Padre. Sabemos, en efecto, que Dios no regresa ni se va; pues quien lo llena todo, nunca se muda; y también sabemos que existimos y vivimos en él; pero él demuestra con evidencias externas que está alejado de nosotros, y con ellas demuestra que nos es propicio; pues cuando nos favorece con temporadas fructíferas, con paz y con otras bendiciones, se dice que está cerca de nosotros; pero cuando desata las riendas de su ira o nos expone a los asaltos de Satanás y al poder desenfrenado de los hombres, se dice que está muy lejos de nosotros. Pero esto es tan conocido que no necesito extenderme más en este punto.

La promesa que hace el profeta sirve para mostrar que Dios manifestaría muestras de su favor paternal a los judíos, siempre y cuando fueran sumisos; pero que sería su culpa si no descubrieran, mediante sus bendiciones, que él era su Padre. Sería a causa de sus pecados, que, como dice Isaías, obstaculizan el curso de esa beneficencia a la que él mismo se inclina (**Isaías 59:2**). Y les exhorta a *volver*. De ahí que los papistas concluyan, muy neciamente, que el arrepentimiento está en el poder del libre albedrío humano. Pero Dios exige lo que supera nuestras fuerzas; y, sin embargo, no hay razón para que nos quejemos de que se nos imponga una carga demasiado pesada; pues él no considera lo que podemos o lo que nuestra capacidad admite, sino lo que le debemos y lo que nuestro deber exige. Si bien nadie puede recurrir a Dios por sí mismo, no es por ello excusable, pues debemos considerar de dónde proviene el defecto; y por mucho que, como ya he dicho, un hombre finja su propia impotencia, no puede escapar de su obligación con Dios, aunque se le exija más de lo que él mismo puede hacer. Pero este tema se ha tratado a menudo en otros

lugares. La importancia de lo que aquí se dice es que los hombres no son miserables por el rigor injusto de Dios, sino siempre por sus propios pecados.

Sigue, *Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos?* Es una evidencia de perversidad cuando los hombres responden que no ven que han errado, y que, por lo tanto, no se les exige la conversión; pues este es el significado de estas palabras, *¿En qué volveremos?*, es decir, “¿Qué exiges de nosotros? Porque no somos conscientes de ninguna defección; adoramos a Dios como debemos, ahora bien, si él repudiara nuestros deberes, no veríamos por qué nos culparía tan expresamente; que se muestre en qué hemos ofendido; pues la conversión a él es superflua hasta que se nos pruebe culpables de apostasía o de aquellos pecados que Dios decide castigar en nosotros”. A esto el profeta responde:

¿Robará el hombre a Dios? Algunos dan esta versión, “¿Defraudará un hombre a Dios?”. Pero es forzada y se aleja del designio del profeta; y pervierten el significado. Porque no veo qué se puede extraer de esta traducción, “¿Defraudará un hombre a Dios?”. Pero hay otros dos significados que pueden tomarse. El primero es, “¿Defraudará un hombre a sus dioses?”. La palabra **אלהים**, *elojím*, aunque en plural, se aplica, como es bien sabido, al Dios verdadero; pero también se aplica a los ídolos; y en este pasaje, me parece que el profeta compara a los judíos con los gentiles para que su impiedad se hiciera más evidente. Lo mismo se refiere Jeremías cuando dice:

¿Acaso alguna nación ha cambiado sus dioses, aunque ellos no son dioses? Sin embargo, mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha. Jeremías 2:11

Dado que su ceguera y obstinación mantenían a los gentiles en la oscuridad, de modo que continuaban adorando a los dioses a los que estaban acostumbrados, era una abominable maldad en los judíos que, habiendo sido enseñados a adorar al Dios verdadero, se dejaran llevar continuamente por una frivolidad impía y buscaran nuevas formas de adoración, como si quisieran idear otro dios para sí mismos. Así también, en este pasaje, el profeta parece presentar a los gentiles como ejemplo para los judíos, pues cumplieron con su deber hacia sus dioses; Pero los judíos despreciaban al Dios supremo y único verdadero, “Mirad”, dice, “recorred el mundo, y no encontraréis entre las naciones una libertad tan desenfrenada como la que prevalece entre vosotros; pues ellos obedecen a sus dioses, y el sacrilegio les es abominable; pero vosotros me defraudáis. ¿Soy inferior a los ídolos? ¿O es mi estado peor que el de ellos?”.

Algunos toman la palabra **אלהים**, *elojím* para jueces, como a veces se les llama así; pero este significado no parece adecuado debido a la palabra Adán. Como esta palabra generalmente significa hombre, el profeta, sin duda, insinúa lo que he dicho, que los

incrédulos, aunque sumidos en la oscuridad, se ven frenados por la reverencia y el miedo a cambiar de deidad, y que no se atreven a mostrar ligereza cuando solo se pronuncia el nombre de su dios. Dado que tal humildad prevalecía entre los incrédulos, ¿podría ser excusable la impiedad de ese pueblo, educado en la ley? Un pueblo también, sobre el cual Dios siempre había hecho brillar la doctrina de la ley.

Después añade, *Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas.* Aquí el profeta vuelve a demostrar que el pueblo es culpable de perversidad, era en verdad hipocresía, y aunque grave, era superada por la impudencia; pues preguntaban en qué habían defraudado a Dios. Y, sin embargo, esto era evidente incluso para los niños, pues sabemos, y hemos visto en otros lugares, que la avaricia reinaba de tal manera entre ellos, que cada uno, empeñado en su propio beneficio, descuidaba el templo y a los sacerdotes. Desde entonces eran abiertamente sacrílegos, ¡cuán descarados debieron ser al preguntar en qué habían defraudado a Dios! El asunto en sí era, en efecto, manifiesto y de conocimiento público, de modo que los niños podían verlo. Sin embargo, Dios consideró suficiente condenarlos con una sola sentencia, que lo habían defraudado en los diezmos y en las primicias. No es que las oblaciones le reportaran ventaja alguna, pues no las necesitaba; sino que con razón considera suyo lo que había destinado a su servicio. Desde entonces, instituyó entre los judíos la orden de que con los diezmos se mantuvieran a los sacerdotes, y también se requería una parte para los pobres, pues Dios dispuso que las primicias y otras cosas le fueran ofrecidas, para que así los hombres recordaran continuamente que todo era suyo y que todo lo que recibían de su mano era sagrado. Anteriormente, había llamado suyo el pan puesto en la mesa, y los sacrificios, su alimento, como si comiera y bebiera. Pero, como ya he dicho, debemos considerar el objetivo en mente, porque su voluntad era ser adorado así y, al mismo tiempo, conservar como suyo todo lo que pertenecía a su servicio. Esta es, pues, la razón por la que ahora se queja de ser defraudado de los diezmos.

Pero sabemos que ahora se nos prescriben otros sacrificios; y después de la oración y las alabanzas, nos manda socorrer a los pobres y necesitados. Sin duda, Dios se ve privado de su derecho cuando somos crueles con los pobres y les negamos ayuda en sus necesidades. De hecho, con ello perjudicamos a los hombres y somos crueles; pero nuestro crimen es aún más atroz, puesto que somos administradores infieles; pues Dios nos trata con mayor liberalidad que a otros, con este fin, que una parte de nuestra abundancia llegue a los pobres; y como él consagra para su uso lo que nos sobra, nos hacemos culpables de sacrilegio cuando no damos a nuestros hermanos lo que Dios nos manda; pues sabemos que él se compromete a retribuir, según lo que dice **Proverbios 19:17**, “*A Jehová presta el que da al pobre*”.

Malaquías 3:9

9 Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado.

Malaquías continúa con el mismo tema, pues responde a los judíos en nombre de Dios, que se quejaban injustamente de su rigor, considerándolo excesivo, ya que ellos mismos eran la causa de todos sus males. Dice que fueron maldecidos, pero añade que esto les sucedió con razón, como si dijera, “Concedan lo que dicen (pues las lamentaciones eran constantes), ¿por qué Dios nos aflige sin fin ni límite?”. Dios parece concederles lo que solían declarar con reproche; pero él responde, *me habéis robado* ¿qué les extraña, entonces, que mi maldición los consuma? Como me han robado, en la medida de lo posible, les daré su justa recompensa; pues no es justo que yo sea generoso y bondadoso con ustedes, mientras ustedes me defraudan y me quitan lo que es mío”.

El significado, entonces, es este, que era cierto que los judíos lamentaban estar bajo una maldición, pero que la causa debía haber sido investigada. Deseaban, en efecto, que se les perdonaran sus rapiñas y sacrilegios, con los cuales defraudaron a Dios; pero Dios declara que los castigó con justicia, consumiéndolos en la pobreza y la necesidad, ya que tan escasamente le devolvieron lo que le debían.

Menciona *la nación toda*, y así agrava la maldad de los judíos; pues no pocos fueron culpables del sacrilegio mencionado, sino que todos, desde el más pequeño hasta el más grande, saquearon los diezmos y las ofrendas. De ahí se sigue que la venganza de Dios no excedió los límites debidos, ya que hubo como una conspiración común; no había diez ni cien implicados en este pecado, sino, como él dice, todo el pueblo.

Malaquías 3:10

10 *Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.*

Finalmente declara que no les había servido de nada contender con Dios, sino que les abría un camino mejor, recuperar su favor. Tras refutar sus injustas acusaciones, vuelve a señalar el remedio al que ya se había referido, que, si obraban fielmente con Dios, él les sería generoso y su bendición les sería pronta. Este es el resumen del pasaje. Se les había demostrado suficientemente su culpabilidad por la rapacidad al retener los diezmos y las ofrendas; como entonces el sacrilegio era bien conocido, el profeta ahora juzga, como dicen, según lo que se suele hacer cuando se condena al criminal y se decide la causa, de modo que el defraudado recupera su derecho.

Así también ahora Dios trata con los judíos. *Traed*, dice, *al alfolí* (pues este es lo mismo que la casa del tesoro o de provisiones) *todos los diezmos*, o los diezmos enteros. De ahí aprendemos que no habían retenido la totalidad de los diezmos a los sacerdotes, sino que fraudulentamente trajeron la mitad o retuvieron todo lo que pudieron; pues no sin razón dijo, *todos* o la totalidad. Entonces pagaron los diezmos de tal manera que solo les dieron a los sacerdotes una parte, y así jugaron con Dios, como hacen los hipócritas, quienes siempre se atribuyen un gran honor y tratan de cumplir con su deber de tal manera que no descubren su propia perfidia, y sin embargo no se avergüenzan de la libertad que se toman para engañar a Dios; y de esto tenemos aquí un ejemplo notable. Vemos entonces que no es nada nuevo ni inusual que los hombres pretendan cumplir con sus deberes para con Dios y, al mismo tiempo, le arrebaten lo que es suyo y se lo transfieran, y esto manifiestamente, de modo que su impiedad es evidente, aunque esté cubierta por el velo de la disimulación.

Luego añade, *y haya alimento en mi casa*. Hemos explicado en otro lugar esta forma de hablar, y en la última lección el profeta también habló de la comida de Dios, no de que Dios necesite comida y bebida, sino de que todo lo que nos ha dado debe considerarse suyo. Ya hemos afirmado que se ha registrado por nuestro bien que los judíos ofrecieron pan, víctimas y cosas similares, y que festejaron en Jerusalén en la presencia de Dios, pues ¿qué hay más deseable que Dios more en medio de nosotros? Y esto se repite a menudo en la ley. Pero esto no podría haber sido presentado de una manera tan familiar, como cuando se representa a Dios sentado a la mesa con nosotros, como si fuera nuestro invitado, comiendo del mismo pan y de las demás provisiones; y por eso se dice en la ley, “te alegrarás delante de Jehová tu Dios” **Deuteronomio 16:2**. Ahora bien, como Dios no necesita comida ni

bebida, como se ha dicho, y como los hombres, en su vulgaridad, son siempre propensos a las supersticiones, puso a los sacerdotes y a los pobres en su lugar, para evitar que los judíos albergaran ideas terrenales respecto a él. Y este tipo de modificación o corrección merece ser notada, pues el Señor, por un lado, pretendía atraer a los hombres hacia sí de una manera bondadosa; pero, por otro lado, se proponía elevar sus mentes al cielo, para que no le atribuyeran nada indigno de sí mismo, como suele hacerse, y es muy común.

Pero, al mismo tiempo, los acusa de nuevo de sacrilegio, pues se queja de que le habían privado de comida, *haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos*, etc. Confirma lo dicho antes, y aun así prosigue con su promesa, pues, sometiéndose a una prueba, rechaza con valentía su calumnia al decir que estaban consumidos por la necesidad sin causa, y que Dios había cambiado su naturaleza por no haberles dado abundantes provisiones. Dios entonces muestra brevemente que se le había hecho daño, pues admite una prueba o un juicio, como si hubiera dicho, “Si deciden rebatir el punto, pronto lo resolveré, pues si me traen todos los diezmos, inmediatamente recibirán una gran abundancia de provisiones; así será evidente que yo no soy la causa de la esterilidad, sino que es su maldad, porque me han defraudado sacrílegamente”.

Luego añade, *si no os abriré las ventanas de los cielos*. Lo primero en cuanto a fertilidad es que los cielos rieguen la tierra, según lo declara la Escritura, y por eso Dios amenaza en la ley que los cielos serían de bronce y la tierra de hierro **Deuteronomio 28:23**, porque hay una conexión mutua entre el cielo y la tierra, y dice en otra parte por medio de un profeta,

“Y la tierra responderá al trigo, al vino y al aceite”, **Oseas 2:22**

Porque cuando el hambre nos apremia, clamamos por pan y vino, pues nuestra vida parece depender, en cierto modo, de estas provisiones. Cuando no hay vino ni trigo, nos encontramos con una negación; pero el vino y el trigo claman a la tierra, ¿y por qué? Porque, según el orden establecido por Dios, buscan, por así decirlo, brotar; pues cuando las entrañas de la tierra están cerradas, ni el trigo ni la vid pueden brotar, y entonces invocan en vano a la tierra. El sentido es el mismo que el de la tierra; pues cuando está seca y, por así decirlo, hambrienta, invoca a los cielos; pero si se le niega la lluvia, los cielos parecen rechazar su oración. Entonces, Dios muestra en este pasaje que la tierra no podría producir ni una sola espiga de trigo si los cielos no le proporcionaran humedad o lluvia. Dios, en efecto, pudo desde el principio regar la tierra sin lluvia, como relata Moisés que hizo al principio, pues un vapor suplió entonces la falta de lluvia. Aunque la lluvia desciende naturalmente, aquí se nos recuerda que Dios la envía. Esto es lo primero.

Pero como la lluvia por sí sola no basta, añade, *derramaré* etc.; pues *רוק* *ruc* significa propiamente desenvainar; pero como esta metáfora parece antinatural, algunos la han traducido más correctamente, Extraeré. Antinatural también es esta versión, «Desbordaré una bendición», y pervierte el significado. Sigamos, pues, lo que he afirmado primero, que una bendición proviene de Dios cuando la tierra cumple su función y se vuelve fértil o fructífera. Vemos, pues, que Dios no solo es generoso con nosotros en un sentido, sino que también pretende, mediante diversos procesos, hacernos conscientes de su bondad, llueve del cielo para ablandar la tierra, para que en su seno nutra el trigo, y luego lo extienda desde sus entrañas, como si nos extendiera su pecho; y, además, Dios añade su bendición para que la lluvia sea útil.

Él añade las palabras *די בלי עדי* *ád-beli-dái*, que algunos traducen como “para que no haya suficiencia”, es decir, que los graneros y bodegas no puedan contener tal abundancia. Entonces extraen este significado, que la fecundidad de la tierra sería tan grande y su producción tan abundante, que sus depósitos no tendrían la capacidad suficiente. Pero otros dan esta versión, “Más allá de la medida de la suficiencia”. La palabra *די* *dái* significa propiamente suficiencia, o lo que es necesario, ya que invirtiendo las letras se diría *יד* *id*. Con respecto al significado general, hay poca diferencia. También es adecuada esta versión, “Más allá de la suficiencia”, es decir, no consideraré lo que es necesario para ti como si estuviera medido, sino que la abundancia rebosará.

Malaquías 3:11

11 *Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos.*

Dios confirma una vez más la verdad, que no solo sería generoso con ellos de una manera. Podría, en efecto, distribuirnos diariamente nuestro alimento, como sabemos que alimentó a su pueblo en el desierto; pero su voluntad es que la semilla se pudra en la tierra, que germine y, con el tiempo, crezca hasta convertirse en mazorcas de maíz. Aun así, corre un gran peligro; es más, el maíz está sujeto a muchos males antes de ser recogido en el granero, pues las langostas, los gusanos, el moho y otras plagas pueden destruirlo. Por lo tanto, Dios, para manifestar su bondad hacia los hombres, enumera aquí las maneras y los medios por los cuales se conserva el alimento; pues no bastaría con que la semilla germinara y que se observaran indicios de una gran producción, siendo las mazorcas hermosas y abundantes, sino que es necesario que las propias mazorcas, antes de madurar, sean preservadas desde arriba. Porque, por un lado, los escarabajos, las langostas, los gusanos y otras larvas pueden aparecer repentinamente y devorar el maíz en el campo, y, por otro lado, las tormentas, el granizo, el moho y otras plagas aceitosas, como ya he dicho, pueden resultar ruinosas para el maíz.

Por lo tanto, Dios muestra aquí que nos cuida constantemente, y que día y noche desempeña el oficio de un buen y cuidadoso jefe de familia, que siempre vela por su beneficio.

En la palabra *devorador*, incluyo todos los males a los que vemos que está sujeto el maíz; por lo tanto, dice, *no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril*. El verbo **שָׁלַח** *akál*, propiamente, significa privar; Pero como esta versión, “no se destruirá la vid”, sería dura, algunos han traducido las palabras así, “No se perderá la vid”, lo cual no desapruero, No se *perderá*, pues, *la vid para vosotros en los campos, dice Jehová de los ejércitos*.

Malaquías 3:12

12 Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos.

Este versículo está tomado de la ley, en la que, entre otras cosas, Dios promete a su pueblo escogido un estado tan feliz que las propias naciones reconocerían en él la bendición de Dios. Sin embargo, hay un contraste que debe entenderse, que, habiendo caído en tal miseria, se volvieron casi detestables para todas las naciones, según lo que la ley también declara respecto a ellos:

“Acontecerá que, si oyes atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra.; Pero acontecerá, si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán.”.
Deuteronomio 28:1, 15.

Como entonces los judíos estaban prácticamente consumidos por sus miserias, el profeta dice, “Si recurren a Dios, la felicidad que les ha prometido no les será negada; la tiene, por así decirlo, lista en su mano, como un tesoro escondido, según lo que dice el **Salmo 31:19** *¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen!*”. Dios quiere decir entonces que no prostituirá su bendición a perros y cerdos, sino que siempre está reservada para sus hijos, quienes son dóciles y obedientes. *Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable.*

Esta promesa también proviene de la ley, en la que Dios dice que no en vano separó esa tierra del resto, porque debía ser un ejemplo o una representación de su bondad en todo el mundo. Sabemos, en verdad, que Dios siempre ha sido generoso con todas las naciones, hasta el punto de saciarlas abundantemente con provisiones; pero la tierra de Israel es llamada la tierra del deseo, o tierra deseable, porque fue el escenario especial de la generosidad de Dios, no solo en cuanto a comida y bebida, sino también en cuanto a otras bendiciones más excelentes.

Malaquías 3:13-15

13 *Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti?*

14 *Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?*

15 *Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no solo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon.*

Aquí Dios vuelve a reprochar a los judíos su impía y perversa blasfemia, diciendo que decepcionó a sus siervos y que no hizo distinción entre el bien y el mal, porque fue bondadoso con los infieles y los fieles indistintamente, y también que pasó por alto la obediencia que le era rendida.

Afirma ahora que sus palabras contra él *han sido violentas*; con lo cual denota su insolencia, pues קיזק *kjizekú* significa ser fuerte. Quiere decir que tal era la rebeldía de los judíos que no podía ser reprimida de ninguna manera; eran como los hombres que vemos, que, una vez presas de la ira y la locura, se vuelven tan vociferantes que no escuchan ninguna advertencia ni consejo sensato. Al principio murmuran y solo se les oye susurrar; pero cuando alcanzan la plena libertad, lanzan, como he dicho, sus furiosos clamores contra el cielo. Este es el pecado que el profeta ahora condena al decir que los judíos se volvieron más fuertes al clamar contra Dios. Respondieron de nuevo y dijeron, *¿Qué hemos hablado contra ti?* De estas repeticiones se desprende que la hipocresía, unida a un gran descaro, no podía corregirse fácilmente en un pueblo tan refractario, de hecho, les debería haber venido a la mente que habían acusado malvadamente a Dios. Pero aquí no reconocen ninguna falta, “¿Qué pretendes?”, como si quisieran acusar al profeta por haberlos acusado falsamente, puesto que no eran conscientes de ningún mal.

Luego explica por qué dijo que sus palabras se volvieron más fuertes contra Dios, es decir, que hablaron mal de Dios con audacia y furia; y la razón fue que decían *por demás es servir a Dios*. Creían adorar a Dios perfectamente; y este era su falso principio; pues los hipócritas siempre pretenden una santidad completa y no soportan confesar sus propios males. Incluso cuando su conciencia los agujonea, se engañan con vanas lisonjas y siempre procuran cubrirse con un velo para que su desgracia no aparezca ante los hombres. Por eso, los hipócritas buscan engañarse a sí mismos, a Dios, a los ángeles y a los hombres; y cuando se inflan con la confianza de que adoran a Dios con pureza, rectitud y sin defecto alguno, y de que son intachables, delatarán la virulencia que yace en su interior cuando Dios no los ayude como desean, cuando no se someta a su voluntad, pues cuando prosperan, Dios es gloriosamente bendecido por ellos; pero en cuanto retira su mano y comienza a probar su

paciencia, entonces mostrarán, como he dicho, qué clase de adoradores de Dios son. Pero en el servicio a Dios, lo principal es esto, que los hombres se nieguen a sí mismos y se entreguen a ser gobernados por Dios, y nunca provoquen un clamor cuando Él los humille.

Vemos, pues, cómo los judíos criticaron a Dios; Pues estaban convencidos de que cumplían plenamente con su deber, que sin embargo era sumamente falso; y, además, no estaban dispuestos a someterse a Dios ni a asumir su yugo, porque no consideraban de cuántas maneras habían provocado la ira de Dios ni las justas y múltiples razones que tiene para castigar a su pueblo, incluso cuando no hacen nada malo. Como entonces no consideraban seriamente ninguna de estas cosas, pensaban que era injusto con ellos, *en vano, pues, servimos a Dios*. Estos pensamientos, como hemos dicho, a veces cruzan la mente de los fieles; pero ellos, como les corresponde, los resisten; los judíos, por el contrario, como si fueran victoriosos, vomitaban estas blasfemias contra Dios.

Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?; y, sin embargo, nos vemos obligados a llamar felices a los orgullosos o a los impíos. Aquí presentan una doble acusación contra Dios, que no recibieron recompensa por su piedad al cumplir fielmente con su deber hacia Dios, y también que les fue mejor con los impíos y los que desprecian a Dios que con ellos. Vemos, pues, con qué reproche exageraron lo que consideraban la injusticia de Dios; al menos, cómo ellos mismos imaginaban que él defraudaba a los justos de su merecida recompensa, y que favorecía a los impíos y malvados como si se complaciera en ellos, como si pretendiera exasperar aún más el dolor de sus propios siervos, quienes, aunque adoraban fielmente, veían que lo hacían en vano, pues Dios se ocultaba y no consideraba sus servicios.

Que los buenos también sean tentados, como hemos dicho, por pensamientos de este tipo, no es de extrañar, cuando el estado de cosas en el mundo es aún más confuso. Incluso Salomón dice:

*Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento. **Eclesiastés 9:2***

Por eso la tierra está llena de impiedad y desprecio. Se nos presenta entonces una ocasión para la indignación y la envidia; pero como Dios, a propósito, prueba nuestra fe con tales confusiones, debemos recordar que debemos ser pacientes. No basta con someternos al juicio de Dios, a menos que consideremos también que estamos justamente afligidos; y que, aunque estemos atentos a lo que es justo y recto, muchos vicios aún nos

acompañan, y que estamos salpicados de muchas manchas que provocan la ira de Dios contra nosotros. Aprendamos, pues, a formarnos un juicio correcto sobre nuestra vida, y luego recordemos cuántas son las razones por las que Dios a veces nos trata con dureza. Así cesará toda envidia, y nuestras mentes estarán preparadas para obedecer con serenidad. En resumen, estas consideraciones frenarán cualquier perversidad que pueda haber en nosotros, para que ni nuestros malos pensamientos ni nuestras palabras sean tan fuertes como para rebelarse contra Dios.

Malaquías 3:15

15 Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no solo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon.

Este versículo se conecta con el anterior, pues la fuerza de estas palabras, “Hemos andado con tristeza ante Dios y hemos guardado cuidadosamente sus preceptos,” no se manifiesta plenamente, salvo que se añada esta cláusula, que vieron mientras tanto que los orgullosos prosperaban y disfrutaban de sus placeres, como si dijeran, “Nos esforzamos por merecer el bien de Dios mediante nuestros servicios; él pasa por alto todos nuestros actos religiosos y derrama, por así decirlo, toda su generosidad sobre nuestros enemigos, que aún son impíos y profanos”. Ahora vemos cómo estos versículos se conectan entre sí, pues Dios decepcionó a los judíos de la recompensa que creían merecer, y mientras tanto concedió su bondad a los impíos e inmerecedores.

Llamar a alguien bienaventurado, como ya hemos visto, es reconocer que la bendición de Dios está sobre él, según lo que Dios había prometido, “He aquí, todas las naciones te llamarán bienaventurado”. Así, aquí se presenta un cambio de situación, pues los judíos, cuando eran miserables, llamaban bienaventurados a otros; No es que lo declararan de buena gana, sino que la envidia los obligaba a quejarse del estado alegre y desfavorable de los gentiles, quienes aún eran impíos. Y por *soberbios* se referían a todos los que despreciaban a Dios, mencionando una parte por el todo; y se les llamaba así porque solo la fe nos humilla. Muchos incrédulos son, sin duda, alabados por su humildad, pero nadie se vuelve verdaderamente humilde sin vaciarse primero de toda vanidad respecto a sus propias virtudes. Algunos se rebelan contra Dios y le roban lo que es suyo, y entonces no es de extrañar que actúen con insolencia hacia su prójimo, ya que se atreven incluso a alzar la voz contra Dios mismo. Y en muchas partes de la Escritura se llama soberbios a los incrédulos, para que sepamos que no podemos formarnos ni habituarnos a la humildad hasta que nos sometamos al yugo de Dios, para que él nos guíe a donde quiera, y hasta que dejemos de lado toda confianza en nosotros mismos.

Y los que, dijeron, porque, **גָּמ**, *gám*, se repite aquí, y debe traducirse como “y los que”, es decir, “Todos los que hacen iniquidad, y los que tientan a Dios, son prosperados y escaparon”. En primer lugar, se establece lo general, y luego lo particular, y, sin embargo, el profeta habla de las mismas personas, pues primero llama inicuos a los que desprecian a Dios, y después dice que los mismos tentaron a Dios, lo cual es más especial. En resumen, el favor de Dios fue conspicuo hacia los que despreciaban la ley, pues vivieron prósperamente, y también escaparon, y encontraron en Dios su ayudador en la adversidad.

El verbo *prosperar* se toma en hebreo y se aplica a muchas cosas. Por lo tanto, cuando alguien crece y aumenta en honores o riquezas, cuando acumula riquezas, o cuando asciende gradualmente a una condición superior, se dice que es edificado. También se añade que *escaparon*, porque no sería suficiente para adquirir mucha riqueza, salvo que la ayuda de Dios llegue en la adversidad, pues nadie, ni siquiera el más afortunado, está exento de todo mal. Por lo tanto, para edificar el mensaje, el profeta añade esta segunda cláusula, que Dios liberó a los malvados de todos los males, como si los cubriera con su sombra y como si fueran sus clientes. Con respecto al segundo verbo, cuando dice que los impíos *tentaron* a Dios, sabemos que contender con Dios es obra de la incredulidad. El profeta usó la misma palabra poco antes, cuando dijo “probadme ahora en esto”, pero Dios entonces, a la manera de los hombres, se sometió a prueba; aquí, por el contrario, el profeta condena esa insolencia que tan comúnmente prevalece en el mundo, cuando los hombres buscan limitar a Dios, imponerle una ley e indagar en sus juicios; es, en resumen, como si tuvieran derecho a prescribirle según su propio capricho, para que no hiciera esto o aquello, y si lo hiciera, para que lo invocara para que defendiera su propia causa. Ahora percibimos entonces qué es probar o tentar a Dios.

Malaquías 3:16

16 *Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre.*

En este versículo, el profeta nos dice que su doctrina no había sido infructuosa, pues los fieles habían sido estimulados, de modo que se animaron mutuamente y, así, se reestablecieron mutuamente en el camino correcto. Quienes explican las palabras, que los fieles hablaron indefinidamente, pervierten el significado del profeta y también suprimen la partícula **ⲓⲛ** *áz, entonces*. El mismo sujeto prueba que se denota un tiempo determinado, como si el profeta hubiera dicho que antes de dirigirse al pueblo y reprender vehementemente sus vicios, había mucha indiferencia entre ellos, pero que finalmente los fieles despertaron.

Por lo tanto, se nos enseña que somos por naturaleza perezosos y tardíos, hasta que Dios, por así decirlo, nos agudiza los oídos; por lo tanto, necesitamos advertencias y estímulos. Pero aprendamos también a prestar atención a lo que se enseña, para que no se nos vuelva frío. Debemos observar, al mismo tiempo, que no todos fueron conmovidos por las exhortaciones del profeta al arrepentimiento, excepto aquellos que temían a Dios, la mayoría, sin duda, persistió firmemente en sus vicios, e incluso se burló abiertamente de las enseñanzas del profeta. Como entonces la verdad solo beneficiaba a quienes temían a Dios, no nos extraña que hoy en día sea despreciada por la gente en general; pues obedecer la palabra de Dios es solo cosa de unos pocos; y la conversión del corazón es el don peculiar del Espíritu Santo. Por lo tanto, no hay razón para que los maestros piadosos se desanimen cuando no ven que su doctrina es recibida en todas partes y por todos, ni cuando ven que solo unos pocos progresan en ella; sino que se contenten cuando el Señor bendiga su labor y la haga provechosa y fructífera para algunos, por pequeños que sean.

Pero el profeta no solo dice que algunos fueron conmovidos por el arrepentimiento, sino que también *hablaron entre ellos*; Con esto insinúa que debemos extender nuestros esfuerzos a nuestros hermanos; y es una evidencia de verdadero arrepentimiento cuando cada uno se esfuerza al máximo por reunir a tantos amigos como sea posible, para que, de común acuerdo, regresen al camino que abandonaron, sí, para que regresen a Dios, a quien habían abandonado. Esto es, pues, lo que debemos entender por las palabras que los siervos de Dios se dijeron mutuamente, palabras que el profeta no expresa.

Dice que Jehová *escuchó y oyó, y que fue escrito libro de memoria delante de él*. Demuestra aquí que los fieles no se habían arrepentido en vano, pues Dios se hizo testigo

y espectador; y esta parte es especialmente digna de mención; pues no perdemos nuestro trabajo cuando nos volvemos a Dios, porque él nos recibirá con los brazos abiertos.

Nuestro profeta deseaba especialmente mostrar que Dios estaba *presente*; por eso usa tres formas de hablar. Una palabra habría bastado, pero añade dos más; y esta es particularmente enfática, que se había *escrito un libro de memoria*. Su propósito, entonces, con esta multiplicidad de palabras era animar aún más a los fieles, para que se convencieran de que su recompensa sería segura tan pronto como se dedicaran a Dios, pues Dios no sería ciego a su piedad.

El profeta, al mismo tiempo, parece señalar como algo milagroso que se encontraran entre el pueblo algunos que aún pudieran ser sanados, dado que tanta maldad había prevalecido entre ellos; es más, se habían endurecido, como hemos visto, hasta una extrema obstinación; pues no había nada sano ni recto ni entre los sacerdotes ni entre el pueblo. Como entonces se habían entregado durante mucho tiempo, con rienda suelta, a toda clase de maldad, era increíble que alguien pudiera convertirse, o que aún quedara entre ellos piedad y temor de Dios. Esta es, entonces, la razón por la que el profeta dice que Dios *escuchó y oyó, y que fue escrito un libro*; habla como si se tratara de algo inusual, que no podía sino aparecer como un milagro en un estado de cosas tan confuso y casi insalvable. El propósito de todo esto es mostrar que los fieles no deben dudar, sino que su arrepentimiento siempre es considerado por Dios, especialmente cuando la desesperación extrema se apodera de sus mentes; pues a menudo angustia a los piadosos cuando no ven ningún remedio que esperar; entonces piensan que su arrepentimiento será inútil. Por eso el profeta insiste tanto en este punto, para que se sintieran seguros de que, aunque no aparecía ninguna esperanza, el arrepentimiento les valió la salvación ante Dios; y por esta razón añade que este *libro fue escrito para los que temen a Jehová*.

Con respecto al participio **השבמי** *kjosheveí*, el verbo **השב** *kjasháb* significa calcular o contar, y también pensar. Y así algunos lo traducen aquí como “Que piensan en su nombre”. Y sin duda esta es una virtud excepcional; pues vemos que el olvido se apodera fácilmente de nosotros, lo cual extingue el temor de Dios, de modo que nos tomamos la libertad de pensar que quienes olvidan a Dios pueden pecar con impunidad. De ahí que se diga a menudo en los Salmos que el temor de Dios está ante los ojos de los piadosos. Esto parece frío a primera vista; pero quien recuerda a Dios ha progresado mucho en su camino religioso; y también descubrimos por experiencia que el mero recuerdo de Dios, cuando es real, es un freno lo suficientemente fuerte como para contener todas nuestras lujurias depravadas. Pero como el precio de una cosa se obtiene por cálculo, la otra versión es apropiada, que los fieles valoran o estiman el nombre de Dios.

Malaquías 3:17

17 Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve.

Con el mismo asunto, demuestra por qué se escribió un libro de memorias, que Dios, a su debido tiempo, se encargaría de nuevo de defender y cuidar a su Iglesia. Aunque durante un tiempo los piadosos tuvieron que soportar muchas dificultades, el profeta demuestra que no sirvieron a Dios en vano; pues los hechos demostrarían a la larga que su obediencia no había sido pasada por alto. Pero conviene destacar las dos cosas que menciona, un libro de memorias primero se escribe ante Dios, y luego Dios ejecuta lo que está escrito en él. Por lo tanto, cuando parezca que servimos a Dios en vano, sepamos que la obediencia que le rendimos rendirá cuentas, y que él es un Juez justo, aunque no nos extienda la mano inmediatamente.

En primer lugar, el profeta testifica que Dios sabe lo que hace cada uno; y, en segundo lugar, añade que a su debido tiempo cumplirá lo que ha decretado. Así también en los juicios, conserva el mismo orden en el conocimiento y en la ejecución. Pues cuando le dijo a Abraham que el clamor de Sodoma subía al cielo **Génesis 18:20**, ¡cuán grande y supina era la seguridad de la ciudad! ¡Cuán desenfrenada y salvajemente despreciaron toda autoridad hasta el último momento! Pero Dios, mucho antes, había ascendido a su tribunal y había tomado nota de su maldad. Así también en el caso de los piadosos, aunque parece pasar por alto su obediencia, no tiene los ojos cerrados ni los oídos cerrados, pues hay un libro de memorias escrito ante él.

Por eso dice, *en el día en que yo actúe*. El verbo está puesto solo, pero podemos fácilmente entender por el contexto que se refiere a la restauración de la Iglesia. En el día, pues, en que yo actúe, es decir, completar lo que ya he dicho; pues él había prometido restaurar la Iglesia. Como entonces habla de algo conocido, dice brevemente, *en el día en que yo actúe* o complete mi obra, *serán para mí especial tesoro*. Esta frase confirma lo que ya he dicho, que Dios tiene su tiempo y oportunidad, para que no haya presunción en nosotros de prescribirle el momento en que debe hacer esto o aquello. El día, entonces, cuando reúna a su Iglesia, entonces se verá que somos su especial tesoro.

Así, el profeta, con estas palabras, nos exhorta a la paciencia, para que no nos sea penoso gemir bajo nuestra carga y no encontrar la ayuda de Dios conforme a nuestros deseos, y para que tampoco nos sea penoso soportar las dificultades en común con toda la Iglesia. Si uno o dos de nosotros estuviéramos sujetos a la cruz y condenados al dolor y la pena en este mundo, nuestra condición podría parecer dura; Pero dado que los piadosos,

desde el principio hasta el fin, son nuestros compañeros en llevar la cruz de Cristo y en seguir su ejemplo, no hay razón para que ninguno de nosotros rechace su suerte; pues no somos mejores que los santos patriarcas, apóstoles y tantos fieles a quienes Dios ha ejercitado con la cruz. Puesto que aquí se nos presenta la restauración común de la Iglesia, sepamos que aquí se da una razón para la constancia y la fortaleza; pues sería vergonzoso para nosotros desfallecer cuando tenemos tantos líderes en esta guerra que, con su ejemplo, nos extienden la mano; pues, como Abraham, David y otros patriarcas, profetas y apóstoles, han sufrido tantas y tan graves tribulaciones, ¿no debería este hecho animarnos? Y si en algún momento nos tiemblan los pies y las piernas, ¿no debería ser suficiente para fortalecernos que tantos excelentes jefes y líderes nos inviten a perseverar con su ejemplo? Vemos entonces que esto no ha sido entregado en vano, *cuando actúe* o complete mi obra.

Con las palabras *especial tesoro*, Dios insinúa que la suerte de los piadosos será diferente a la del mundo; como si dijera, “Ahora están tan mezclados, que quienes me sirven no parecen más peculiares que extraños; pero entonces serán mi especial tesoro”. Esto debe entenderse, como ya he mencionado, como una apariencia externa; pues sabemos que hemos sido elegidos por Dios, antes de la fundación del mundo, para este fin, que seamos para él un especial tesoro. Pero cuando sufrimos junto con los malvados, o cuando parecemos incluso ser rechazados, y los impíos, por otro lado, parecen tener a Dios propicio, entonces nada parece menos cierto que esta promesa. Por lo tanto, dije que esto debe referirse a la apariencia externa, que los fieles son el especial tesoro de Dios, que son valorados por él y que les muestra un amor especial, como a su propia herencia.

Y esta forma de hablar aparece en muchas partes de las Escrituras; pues a menudo se dice que Dios repudia a su pueblo; se menciona con frecuencia la palabra separación o divorcio; se dice que destruyó su herencia. Es una prueba dolorosa cuando Dios acoge en su seno a los impíos, y al mismo tiempo nos exponemos a toda clase de avaros; pero veamos lo que le sucedió a la Iglesia antigua, armémonos, para esta contienda y contentémonos con el testimonio interno del Espíritu, aunque las cosas externas no prosperen.

Añade, *y los perdonaré, como el hombre que perdona*, etc. Aquí enuncia una promesa que debe observarse especialmente, contiene dos cláusulas, la primera es que los judíos que sobrevivieran obedecerían a Dios, lo cual demostraría ser hijos de Dios, y no solo de nombre; y la segunda es que Dios los perdonaría, es decir, que ejercería el perdón al recibir sus servicios, que de otra manera no le agradecerían. Y no cabe duda de que el Espíritu de regeneración está incluido en las palabras, *a su hijo que le sirve*. No es que los fieles a quienes se dirige aquí estuvieran completamente desprovistos del temor de Dios; sino que Dios promete un aumento de gracia, como si dijera, “Reuniré a mi alrededor al

pueblo que me adora fiel y sinceramente”. Aunque no habla aquí del comienzo de una vida religiosa y santa, es como si dijera que los fieles estarían bajo su gobierno para que se dedicaran a su servicio.

La segunda promesa se refiere a otra gracia, que Dios, en su misericordia, aprobaría la obediencia de los piadosos, aunque en sí misma fuera indigna de venir a su presencia. Cuán necesaria es esta remisión para nosotros, quienes estamos realmente familiarizados con el temor de Dios, lo sabemos plenamente. Los sofistas parlotean atrevidamente sobre méritos y se llenan a sí mismos y a los demás de vano orgullo; Pero quienes comprenden que nadie puede comparecer ante el tribunal de Dios no sueñan con méritos, ni creen poder presentar nada ante Dios para ganarse su favor. Por lo tanto, su único refugio es lo que el profeta nos enseña aquí que Dios los *perdona*.

Y debe observarse que el profeta no habla simplemente de la remisión de los pecados, nuestra salvación, sabemos, consiste en dos cosas, que Dios nos gobierna por su Espíritu y nos forma de nuevo a su imagen a lo largo de toda nuestra vida, y también que entierra nuestros pecados. Pero el profeta se refiere aquí a la remisión de los pecados, de la cual tenemos necesidad en cuanto a nuestras buenas obras; pues es cierto que incluso cuando nos dedicamos con todo el esfuerzo y celo posibles al servicio de Dios, siempre hay algo que falta. De ahí que ninguna obra, por justa y perfecta que sea ante los hombres, merezca esta distinción y honor ante Dios. Por lo tanto, es necesario, incluso cuando nos esforzamos al máximo por servir a Dios, confesar que, sin su perdón, todo lo que traemos merece rechazo en lugar de su favor. Por eso, el profeta dice que cuando Dios se reconcilia con nosotros, no hay razón para temer que nos rechace por no ser perfectos; pues, aunque nuestras obras estén salpicadas de muchas manchas, serán aceptables para él, y aunque nos esforcemos bajo muchos defectos, seremos aprobados por él. ¿Cómo? Porque nos perdonará, pues un padre es indulgente con sus hijos, y aunque vea una mancha en el cuerpo de su hijo, no lo echará de su casa; es más, aunque tenga un hijo cojo, bizzo o con cualquier otro defecto, se compadecerá de él y no dejará de amarlo. Lo mismo ocurre con Dios, quien, al adoptarnos como hijos suyos, perdonará nuestros pecados. Y como un padre se complace con cualquier pequeña atención cuando ve a su hijo sumiso, y no le exige lo que exige de un siervo, así actúa Dios; no repudia nuestra obediencia, por defectuosa que sea.

De ahí vemos el designio y el significado del profeta, promete perdón de Dios a los fieles, después de haberse reconciliado con él, porque sirven a Dios voluntariamente como hijos, y que Dios también, aunque sus obras sean indignas de su favor, las considerará aceptables, incluso mediante el perdón, y no por méritos o dignidad.

Malaquías 3:18

18 *Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.*

A primera vista, este versículo parece estar dirigido a los fieles, pues nunca se ha hablado de los réprobos. Pero como la palabra tiene un significado amplio, el pasaje puede aplicarse adecuadamente a todo el pueblo, según lo que encontramos en Zacarías, “Verán al que traspasaron”, pues hemos dicho que esto puede entenderse tanto para los buenos como para los malos. Así también, estas palabras podrían dirigirse a todo el pueblo. Pero al examinar más detalladamente todas las circunstancias, parece que Malaquías se dirigió más particularmente a los impíos y frenó sus furiosas blasfemias; pues encontramos casi el mismo sentimiento expresado aquí, como cuando dijo, “y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto”, y al mismo tiempo mostró que la venida de Cristo, que según ellos avanzaba demasiado lentamente, no sería como deseaban o esperaban. “Que esta demora no les sea dolorosa”, dice, “pues todo lo terrible que posee su majestad se volverá contra ustedes; pues él vendrá como juez airado y vengador; por lo tanto, en vano esperan consuelo o alivio de su presencia”.

Así también dice en este pasaje, *discerniréis la diferencia entre el justo y el malo*; es decir, “Descubrirán que Dios no duerme en el cielo, cuando los impíos se desenfrenen en la tierra y se entreguen a toda clase de maldad, la experiencia les enseñará que los hombres no se volverán impunes contra Dios, sino que toda su maldad tendrá que rendir cuentas”. Por lo tanto, cuando dice que encontrarían la diferencia entre los piadosos y los impíos, quiere decir que, mediante los castigos que Dios infligiría, descubrirían que a los hombres no se les permite satisfacer sus propios deseos depravados, como si Dios durmiera en el cielo, olvidado de su oficio. Su blasfemia fue, “Por demás es servir a Dios; ¿de qué aprovecha? Pues hemos cumplido su mandato, y, sin embargo, los orgullosos son más felices que nosotros”. Al acusar entonces a Dios de tal connivencia, como si desatendiera y rechazara a sus propios siervos y mostrara favor a los malvados, Malaquías les responde diciendo, “discerniréis la diferencia entre el bien del mal; Dios, en verdad, perdona a los malvados, pero al final se levantará para juzgarlos y los atacará de repente, armado, y entonces sabréis que él se percató de todas las obras de los hombres, y que la maldad no quedará impune, aunque Dios retrase temporalmente su venganza”.

Ahora comprendemos el significado del profeta, que los impíos que claman contra Dios, como si no tuviera en cuenta ni a los justos ni a los injustos, descubrirán, incluso para su propia pérdida, que él es quien castiga la maldad.

En cuanto al verbo *volver*, ya he dicho que tiene un significado amplio y no siempre significa arrepentimiento ni renovación del hombre; por lo tanto, puede interpretarse como si solo significara un estado diferente de cosas; como si dijera, “Se echarán los dados, y tal será vuestra condición cuando Dios comience a ejecutar su juicio, que entonces demostrará manifiestamente que no ha olvidado su oficio, aunque no se apresure a ejecutarlo de inmediato”. *volveréis, y discerniréis*. Sin embargo, si alguien prefiere considerar el retorno como la sensación de los juicios de Dios, por los cuales incluso los impíos serán tocados, aunque sin arrepentimiento, la perspectiva no será inapropiada, y estoy dispuesto a aceptarla, es decir, que el Señor los liberará de la insensatez en la que estaban sumidos y corregirá su locura, para que no se atrevan a vomitar sus blasfemias con tanta insolencia, como solían hacer, Entonces regresarán; es decir, “Os haré saber mi juicio, y no os precipitaréis como bestias salvajes, porque siendo enseñados por los hechos, aprenderéis la diferencia entre el bien y el mal”.

El justo y quien sirve a Dios son la misma persona. De ahí aprendemos que no hay justicia donde no se obedece a Dios. Lo primero, pues, en una vida buena y recta es servir a Dios; pues de poco serviría ser inofensivo con los hombres cuando se les niega su derecho; y sabemos que a Dios no se le sirve correctamente sino conforme a lo que prescribe su ley. Debemos, pues, llegar siempre a la conclusión de que los hombres deben obedecer a Dios si desean vivir una vida recta.

Comentario a la profecía de Malaquías

Capítulo 4

Malaquías 4:1

1 Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.

Confirma el versículo anterior, pues denuncia la ruina de todos los réprobos y despreciadores de Dios; y también confirma lo que he mencionado, opone esta amenaza a las calumnias que comúnmente proferían contra Dios, como si hubiera dejado de ejercer su oficio de juez. Aunque habla en tercera persona, no carece de fuerza cuando dice,

He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa. La comparación que usa el profeta es muy común cuando dice que los impíos serán como estopa. Por lo tanto, no cito pasajes que deban ser bien conocidos, y son tantos que no hay necesidad de citar aquí ni dos ni tres. La venganza de Dios también se compara a menudo con el fuego y la llama; y sabemos cuán feroz y terrible es el elemento fuego cuando se apodera de la madera o de algún otro material seco. Por lo tanto, según el uso común de las Escrituras, el profeta dice que el día del Señor sería como un horno, y que los impíos serían como hojarasca. La partícula demostrativa *He aquí*, indica certeza, *He aquí, viene*. El tiempo presente se coloca aquí en lugar del futuro, algo común en hebreo. Pero el profeta llamó la atención de los judíos, por así decirlo, hacia lo presente, para que su profecía no pareciera dudosa y para que comprendieran que la venganza de Dios no estaba lejos, sino que ya se cernía sobre sus cabezas.

Sin embargo, hay una duda en cuanto al día que señala. La mayoría piensa que el profeta habla de la última venida de Cristo, lo cual no me parece probable. Es cierto que estas y otras expresiones similares, que aparecen por doquier en las Escrituras, no se cumplen plenamente en este mundo; Pero Dios suspende sus juicios, sin dejar de dar evidencias de ellos para que los piadosos puedan tener algún respaldo a su fe. Si Dios no diera muestras ni pruebas de su providencia, inmediatamente pensaríamos que no habrá juicio; pero nos presenta algunos ejemplos para que sepamos que algún día será el juez del mundo. Me parece, entonces, más probable que el profeta hable aquí de la renovación de la Iglesia, pues la ira de Dios se encendió entonces con mayor intensidad contra los judíos, cuando se distanciaron de Cristo; pues su última esperanza y su último remedio para sus males era la ayuda del Redentor, y fue por el rechazo de su favor que los judíos tuvieron que sufrir el terrible castigo de su ingratitud. Ningún pecado podría haber sido más atroz que haber rechazado el favor ofrecido, en el que residía su felicidad y la del mundo entero. Cuando el profeta dice entonces que *viene el día*, creo que se refiere a la primera venida de Cristo. Pues los judíos se jactaban confiadamente de la venida de un Redentor, y él les da

esta respuesta, que el día del Señor vendría, como nunca lo imaginaron, un día que los consumiría por completo, según una cita que hemos hecho de otro profeta:

¿No será el día de Jehová tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?

Amós 5:20

El día del Señor será un evento desdichado para ustedes, como si alguien escapara de las fauces de un león y cayera en su casa sobre una serpiente. Así que en este pasaje dice que vendría el día que los consumiría como un horno.

Él dice que *todos los soberbios y todos los que hacen maldad* serían como *estopa*. Repite sus palabras, pero con cierta ironía; pues cuando dijeron antes que los soberbios eran felices, se consideraban lejos de serlo. Isaías también condenó de igual manera a los hipócritas, porque exponían al desprecio a sus propios hermanos; pues los adoradores de Dios eran en ese tiempo objeto de gran reproche entre los judíos; sí, los hipócritas trataban con desdén a los piadosos y rectos, como si fueran la escoria y la inmundicia del pueblo. Así también dijeron, “he aquí, nos vemos obligados, no sin gran dolor, a contemplar la felicidad de los impíos; porque los soberbios y los que desprecian a Dios disfrutaban de prosperidad, viven en placeres”. El profeta ahora les responde irónicamente y dice, “Veréis la diferencia que tanto deseáis; porque Dios consumirá a los soberbios y a los impíos”. Dice esto de ellos; Pero es, como ya he dicho, como si dijera, “Cuando os sea quitada la máscara, veréis dónde está la impiedad, que está incluso en vosotros; y, por tanto, sufriréis el castigo que habéis merecido”. Este es el retorno que ya había mencionado, pues, aunque los impíos no se vuelven seria y sinceramente a Dios, se ven obligados, quieran o no, a reconocer su impiedad cuando Dios los obliga. Por lo tanto, después de haber sido obligados a examinar su propia vida, Dios los castigó con el castigo que merecían con justicia, aunque ellos mismos habían invocado el juicio.

Ahora añade, *y no les dejará ni raíz ni rama*. Quiere decir aquí que su ruina sería completa, como si hubiera dicho que no se encontraría ningún residuo de ellos. Así como los hizo como rastrojo, así menciona raíz y tallo; pues rama es impropio aquí, pues habla de rastrojo, y ramas pertenecen a los árboles. El significado, sin embargo, no es obscuro, pues es que la destrucción sería tal que no quedaría nada. Esto, ciertamente, pertenece propiamente al juicio final; pero, como he dicho, esto no es razón para que Dios no nos presente algunas evidencias de la venganza que espera a los impíos, mediante las cuales nuestra fe se confirme cada día más.

Con respecto al nombre de Dios, mencionado dos veces, nos recuerda que Dios no ejecuta sus juicios de forma uniforme ni continua, sino que tiene un tiempo fijo, ahora para

la paciencia, luego para la venganza, según le parezca. Por lo tanto, siempre que se menciona el día del Señor en las Escrituras, sepamos que Dios no está sujeto a ninguna ley para apresurar su obra según nuestros deseos apresurados; sino que el tiempo específico está en su propio poder y a su propia voluntad. Sobre este tema solo me referiré brevemente, porque lo he explicado con más detalle en otra parte.

Malaquías 4:2

2 Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.

El profeta dirige ahora su discurso a los piadosos; y, por lo tanto, se hace más evidente que hasta entonces había estado amenazando a esos grandes hipócritas que se arrogaban la santidad solo para sí mismos, mientras que, sin embargo, seguían provocando la ira de Dios. Pues evidentemente se dirige a personas diferentes de las mencionadas anteriormente, cuando dice, *saldreís*, etc.; separa a los que temían a Dios, o a los verdaderos siervos de Dios, de la multitud con la que hasta entonces había estado conteniendo. *saldrán*, pues, *los que temen mi nombre*, etc.

Se observa aquí un contraste; pues el pueblo estaba infectado, por así decirlo, con un contagio general, pero Dios había preservado a unos pocos sin contaminar. Así como entonces había estado conteniendo con la mayor parte del pueblo, ahora reúne, por así decirlo, a los pocos elegidos y les promete a Cristo como el autor de la salvación. Porque los piadosos, como sabemos, temblaron ante las amenazas y casi se habrían desmayado si Dios no los hubiera mitigado. Cada vez que denunciaba la venganza contra los pecadores, la mayoría se burlaba o se enojaba; al menos, no se impresionaban debidamente. Así sucede que, mientras Dios truena, los impíos siguen seguros en sus caminos pecaminosos; pero los piadosos tiemblan ante una palabra y quedarían completamente abatidos si Dios no aplicara un remedio.

Por lo tanto, nuestro profeta suaviza la severidad de la amenaza que hemos observado, como si hubiera dicho que no había anunciado la terrible venida de Cristo con el propósito de infundir temor en las almas piadosas (pues no se les habló a ellas), sino solo para aterrorizar a los impíos. El resumen de todo es brevemente este, “Escuchad”, dice, “los que teméis a Dios; porque tengo una palabra diferente para vosotros, nacerá el Sol de justicia, que en sus alas traerá salvación. Que perezcan entonces aquellos que desprecian a Dios, quienes, aunque le hacen guerra, buscan tenerlo como si estuviera ligado a ellos; pero levantad la cabeza y esperad con paciencia ese día, y con la esperanza de él soportad con calma vuestras angustias”. Ahora entendemos el significado de este versículo.

No cabe duda de que Malaquías llama a Cristo *el Sol de justicia*; y es un término sumamente apropiado, si consideramos cómo la condición de los padres difería de la nuestra. Dios siempre ha dado luz a su Iglesia, pero Cristo trajo la luz plena, según lo que nos enseña Isaías:

la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Isaías 60:1.

Esto solo se aplica a Cristo. Nuevamente dice, “*Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra*”, etc.; “*sobre ti amanecerá Jehová*”; y, además:

El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua. Isaías 60:19.

Todas estas palabras muestran que Sol es un nombre apropiado para Cristo; pues Dios Padre ha dado una luz mucho más clara en la persona de Cristo que antes por la ley y por todos sus anexos. Y por esta razón también se llama a Cristo la luz del mundo; no porque los padres vagaran como ciegos en la oscuridad, sino porque se contentaban solo con el amanecer, o con la luna y las estrellas. Sabemos, en efecto, cuán oscura era la doctrina de la ley, de modo que con razón puede decirse que era sombría. Por lo tanto, cuando los cielos finalmente se abrieron y se aclararon por medio del evangelio, fue mediante la salida del sol, que trajo el día completo; y de ahí que la función peculiar de Cristo sea iluminar. Y por esta razón se dice en el primer capítulo de Juan que él fue desde el principio la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo, y, sin embargo, era una luz que brillaba en la oscuridad; pues algunas chispas de razón persisten en los hombres, por cegados que estén por la caída de Adán y la corrupción de la naturaleza. Pero Cristo es llamado luz peculiarmente con respecto a los fieles, a quienes libera de la ceguera en la que todos están envueltos por naturaleza, y a quienes se compromete a guiar por su Espíritu.

El significado de la palabra sol, cuando se aplica metafóricamente a Cristo, es este, se le llama sol porque sin él no podemos sino vagar y extraviarnos, pero con su guía nos mantendremos en el camino correcto; y por eso dice:

“el que me sigue, no andará en tinieblas” Juan 8:12.

Pero debemos observar que esto no se limita a la persona de Cristo, sino que se extiende al evangelio. Por eso Pablo dice:

“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.” Efesios 5:14.

Cristo nos ilumina diariamente con su doctrina y su Espíritu; y aunque no lo veamos con nuestros ojos, descubrimos por experiencia que es un sol.

Se le llama el sol de *justicia*, ya sea por su perfecta rectitud, en quien no hay defecto alguno, o porque la justicia de Dios es conspicua en él. Sin embargo, para que conozcamos la luz que de él proviene, que de él nos llega y nos irradia, no debemos considerar los asuntos pasajeros de esta vida, sino lo que pertenece a la vida espiritual. En primer lugar, Cristo cumple con nosotros el oficio de sol, no para guiarnos en lo terrenal, sino para iluminarnos, para mostrarnos el camino al cielo, y para que por medio de él podamos alcanzar el gozo de una vida bendita y eterna. En segundo lugar, debemos observar que esta luz espiritual es inseparable de la justicia; pues ¿cómo se convierte Cristo en nuestro sol? Es regenerándonos por su Espíritu en justicia, librándonos de la contaminación del mundo, renovándonos a la imagen de Dios. Vemos entonces el significado de la palabra justicia.

Añade, *y en sus alas traerá salvación*. Él llama alas a los rayos del sol; y esta comparación es muy hermosa, pues proviene de la naturaleza y se aplica con gran acierto a Cristo. Sabemos que no hay nada más reconfortante y sanador que los rayos del sol; pues el mal olor pronto nos abrumaría, incluso en un día, si el sol no limpiara la tierra de sus impurezas; y sin el sol no habría respiración. También sentimos una especie de alivio al salir el sol, pues la noche es una especie de carga. Cuando se pone el sol, sentimos como una pesadez en todos nuestros miembros; y los enfermos se alegran por la mañana y experimentan un cambio por la influencia del sol, pues nos trae sanidad en sus alas. Pero el profeta ha expresado aún más, que un sol claro en un cielo sereno trae sanación; pues existe una oposición implícita entre un tiempo nublado o tormentoso y una estación clara y brillante. En tiempos de serenidad estamos mucho más alegres, ya sea que estemos sanos o enfermos; Y nadie se alegra de la serenidad del cielo; pero cuando está nublado, incluso los más sanos sienten cierta incomodidad.

Según esta perspectiva, Malaquías afirma que habría *salvación en las alas* de Cristo, puesto que muchos males debían ser soportados por los verdaderos siervos de Dios; pues si consideramos la historia de aquellos tiempos, se verá que la condición de ese pueblo era gravísima. Ahora les promete un cambio, pues la restauración de la Iglesia les traería gozo. Veamos entonces cómo quiso decir que habría sanidad en las alas de Cristo, pues la oscuridad se disiparía y los cielos quedarían libres de nubes, para alegrar las mentes de los piadosos.

Al llamar piadosos a quienes *temen a Dios*, adopta el lenguaje común de las Escrituras; pues hemos dicho que la parte principal de la justicia y la santidad consiste en la verdadera adoración a Dios; pero aquí se expresa algo nuevo; pues este temor es lo que caracteriza a la verdadera religión, de modo que los hombres se someten a Dios, aunque

sea invisible, aunque no se dirija a ellos cara a cara, aunque no muestre abiertamente su mano armada con azotes. Por lo tanto, cuando los hombres, por propia voluntad, reverencian la gloria de Dios y reconocen que el mundo es gobernado por él y que están bajo su autoridad, esto constituye una verdadera evidencia de la verdadera religión; y esto es lo que el Profeta quiere decir con su nombre. Por lo tanto, quienes temen el nombre de Dios no desean atraerlo del cielo ni buscan señales manifiestas de su presencia, sino que permiten que su fe sea puesta a prueba, de modo que adoran y veneran a Dios, aunque no lo vean cara a cara, sino solo a través de un espejo y de forma oscura, y también a través de las manifestaciones de su poder, justicia y otros atributos, que son evidentes ante nuestros ojos.

Malaquías 4:3

3 Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos.

Cuando Dios promete redención a su Iglesia, suele mencionar lo contrario, incluso la destrucción y ruina de sus enemigos, y lo hace a propósito para que la envidia no moleste ni acose a los fieles, mientras ve a los impíos prosperar y ser felices. Así también en este pasaje, Malaquías dice que *los impíos serían pisoteados por los fieles como el polvo*, y dice esto para que los elegidos, postrados bajo los pies de sus enemigos y pisoteados con orgullo por ellos, no sucumbieran a sus tribulaciones. Pero debían esperar lo que el profeta declara aquí, pues no solo serían enaltecidos por la mano de Dios, sino que también serían superiores a sus enemigos y, a su vez, capaces de reprimir su orgullo; en resumen, quiere decir que serían enaltecidos por encima de toda la altura del mundo.

Al mismo tiempo, Dios no permite que sus hijos busquen venganza cruelmente, pues desea que sean dotados de mansedumbre, para que no dejen de hacer el bien a los malvados y de orar por ellos, aunque hayan sido tratados injustamente por ellos. Pero, como ya he dicho, con esto quiso evitar un mal que es natural para todos nosotros, pues tendemos a desanimarnos cuando nuestros enemigos se alegran y se enfurecen contra nosotros. Para que su éxito y prosperidad temporales no nos desanimen, Dios trae un remedio y fortalece nuestra paciencia con esta consideración, que el estado de cosas pronto cambiará, de modo que triunfaremos sobre los impíos, que creían que habíamos sido derrotados cien veces; Dios, en efecto, los castigará con extrema vergüenza, porque no solo se jactan fatuamente de sus injustas acciones, sino que también se rebelan contra él.

Prosigamos, Él dice, *en el día en que yo actúe*. Él refrena sus deseos, para que no se apresuren a esperar el día prefijado por el Señor. Sabemos, en efecto, cuán importunos son los hombres en cuanto a sus deseos, y con qué ardor buscan su cumplimiento a menos que Dios los frene. Así pues, siempre que hablemos de la destrucción de nuestros enemigos, recordemos que debemos considerar el día del Señor, en el que se propone ejecutar su juicio. Algunos, como he dicho, dan una versión diferente, pero la que he presentado es la más probable y también la más aceptada.

Malaquías 4:4

4 Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel.

Este pasaje no ha sido explicado con claridad ni en su totalidad, porque los intérpretes no comprendieron el designio de Malaquías ni consideraron el tiempo. Sabemos que antes de la venida de Cristo hubo una especie de silencio por parte de Dios, pues al no enviar profetas por un tiempo, pretendía, por así decirlo, estimular a los judíos para que buscaran a Cristo con mayor fervor. Nuestro profeta fue de los últimos. Como entonces los judíos carecían de profetas, debieron haber atendido con mayor diligencia a la ley y haber prestado mayor atención a la doctrina religiosa que ella contenía. Por esta razón, ahora les exhorta a recordar la ley de Moisés; como si dijera, “De aquí en adelante llegará el tiempo en que se quedarán sin profetas, pero su remedio será la ley; presten atención entonces a ella y cuidense de olvidarla”. Porque los hombres, en cuanto Dios deja de hablarles, aunque sea por un instante, se dejan llevar por sus propias invenciones y siempre están inclinados a la vanidad, como constata abundantemente la experiencia. Por lo tanto, Malaquías, para evitar que los judíos se desviaran y se apartaran así de la doctrina pura de la ley, les recuerda que debían recordarla fiel y constantemente hasta la venida del Redentor.

Si se pregunta por qué menciona solo la ley, la respuesta es obvia, es cierto lo que dijo Cristo, que la ley y los profetas existieron hasta Juan (**Mateo 11:13**). Cabe observar que el oficio profético no estaba separado de la ley, pues todas las profecías posteriores a ella eran, por así decirlo, sus anexos; de modo que no incluían nada nuevo, sino que fueron dadas para que el pueblo se mantuviera más plenamente en su obediencia a la ley. Por lo tanto, como los profetas eran los intérpretes de Moisés, no es de extrañar que su doctrina estuviera sujeta, o como se suele decir, subordinada a la ley. El objetivo del profeta era que los judíos prestaran atención a la doctrina que les había sido entregada desde arriba por Moisés y los profetas, para que no se apartaran de ella ni en lo más mínimo. Como si dijera, “Dios no les enviará ahora diferentes maestros uno tras otro; la ley les basta para instruirse; por lo tanto, no hay razón para que cambien nada en la disciplina de la Iglesia. Aunque Dios, al dejar de hablarles, parezca que suelta las riendas, permitiendo que cada uno se desvíe y deambule en la incertidumbre según sus propias imaginaciones, no es así; pues la ley basta para guiarnos, siempre que no nos libremos de su yugo ni, por nuestra ingratitud, enterramos la luz que nos guía”.

La llama la *ley de Moisés*, no porque él fuera su autor, sino su ministro, como también Pablo llama al evangelio “mi evangelio”, porque él fue su ministro y predicador. Al mismo tiempo, Dios se atribuye toda la autoridad, añadiendo que Moisés era su sabio,

de ahí que concluyamos que no aportó nada de sí mismo; pues la palabra siervo no se limita solo a su vocación, sino también a su fidelidad en el desempeño de su oficio. Dios honró entonces a Moisés con este título, no tanto por su propio bien, sino para sancionar su ley, a fin de que nadie pensara que era una doctrina inventada por el hombre. Expresa lo mismo aún más claramente al decir que le había encomendado la ley en *Horeb*; pues esta cláusula afirma claramente que Moisés cumplió fielmente su oficio de siervo; pues no trajo nada más que lo que le había sido encomendado desde arriba, y lo entregó, como dicen, de mano en mano. Muchos dan esta versión, “A quien encomendé, en el valle de Horeb, estatutos y juicios”; pero apruebo la otra traducción, que Dios se presenta aquí como el autor de la ley, para que todos los piadosos la recibieran con reverencia como proveniente de él. Horeb es Sinaí; pero quienes describen estos lugares dicen que una parte del monte hacia el este se llama Horeb, y que la otra hacia el oeste se llama Sinaí; pero sigue siendo el mismo monte.

Al decir *para todo Israel*, confirma lo que ya he dicho, que les había encomendado la ley. Para que los judíos se sintieran más conmovidos, afirma expresamente que la ley les fue dada, y que este era un privilegio singular con el que Dios los había favorecido, según lo que se dice en el **Salmo 147:20**, “No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; Y en cuanto a sus juicios, no los conocieron.”

Pues las naciones no habían sido sometidas a las mismas obligaciones que los judíos, a quienes Dios había dado su ley como un tesoro peculiar para sus propios hijos. Y para que nadie pudiera reclamar una exención, dice, *para todo Israel*; como si dijera, “Ni los sabios ni los ignorantes, ni los gobernantes ni el pueblo llano, pueden tener excusa, a menos que todos, desde el más pequeño hasta el más grande, cumplan la ley con el máximo cuidado”.

Lo que sigue puede admitir dos explicaciones, para **חוקים**, *kjukkím*, y **משפטים** *mishpatím*, puede referirse al verbo **זכרו**, *zkrú*, recordar; pero como dice lo cual he cometido, podemos tomar estatutos y juicios como explicativos. En cuanto al tema en sí, significa poco qué punto de vista podemos adoptar. No hay duda de que Dios con estos términos elogia su ley por sus beneficios; como si hubiera dicho, "La ley incluye lo que los judíos deben observar correctamente, incluso estatutos y juicios". Sabemos que otros términos se usan en las Escrituras, tales como, **פקודים** *pekudim*, preceptos; **מצוות**, *metsutim*, mandamientos; y **עדות**, *odutim*, testimonios; pero aquí el profeta se contenta brevemente con recordar a los judíos que su ingratitud sería menos excusable si se apartaran de la ley de Dios, porque esto sería rechazar abiertamente los estatutos y juicios; Y esto es lo que he dicho, que aquí el profeta les enseñó que la doctrina de la ley es provechosa, a fin de que pudieran prestarle más atención.

Malaquías 4:5

5 He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible.

El profeta continúa con el mismo tema; pues, tras haber testificado a los judíos que, aunque Dios suspendería temporalmente el curso de la enseñanza profética, aún tenían en la ley lo suficiente para la salvación, ahora promete la renovación de la Iglesia; como si hubiera dicho, “El Señor volverá a emitir su voz inesperadamente después de un largo silencio”. Isaías habla sobre el mismo tema, profetizando el regreso del pueblo, cuando dice:

Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Isaías 40:1.

El uso del tiempo futuro tiene un significado enfático. Así también en este pasaje, el profeta declara que la enseñanza profética se renovarían, que cuando Dios mostrara misericordia a su pueblo, abriría la boca y demostraría que había permanecido en silencio, no porque pretendiera abandonar a su pueblo, sino, como hemos dicho, con otro fin. Al mismo tiempo, muestra que llegaría el momento en que su propósito sería confirmar y sellar todas las profecías por medio de su Hijo unigénito.

Este pasaje ha fascinado tanto a los judíos que los ha llevado a pensar que los hombres resucitan, y que su resurrección consiste en que las almas cambian de cuerpo tres o cuatro veces. ¡En efecto, esa nación sostiene una idea tan delirante! Vemos, pues, cuán grande es la insensatez de los hombres cuando se alejan de Cristo, quien es la luz del mundo y el Sol de Justicia, como hemos visto recientemente. No hay necesidad de refutar un error tan palpable.

Pero Cristo mismo disipó toda duda sobre este punto en **Mateo 11:10**, cuando dijo que Juan el Bautista era el Elías prometido, y el hecho mismo lo prueba, si Cristo no hubiera hablado sobre el tema. Y explicaré en pocas palabras por qué Juan el Bautista se llama Elías. Lo que algunos dicen del cielo, no lo diré; y muchos han buscado otras semejanzas, a quienes no seguiré ni censuraré. Pero esta semejanza me parece la más adecuada de todas: que Dios quiso levantar a Juan el Bautista para restaurar su culto, como anteriormente había levantado a Elías. Pues en la época de Elías, sabemos que no solo la verdad estaba corrompida y el culto a Dios viciado, sino que también toda religión estaba casi extinta, de modo que no quedaba nada puro ni sano. A la venida de Cristo, aunque los judíos no adoraban ídolos, sino que conservaban alguna forma externa de religión, toda su religión era espuria, de modo que aquella época puede compararse con la época de Elías, debido a

sus múltiples contaminaciones. Juan fue entonces un verdadero sucesor de Elías, y ninguno de los profetas se parecía tanto a Juan como Elías; por lo tanto, con justicia se le podía atribuir su nombre.

Pero alguien podría objetar que aquí se le llama profeta, aunque él aún negaba serlo. A esto la respuesta es obvia: Juan renunció al título de profeta para no obstaculizar el progreso de la enseñanza de Cristo. Por lo tanto, con esas palabras no quiere decir que se apresuró a abandonar su llamado, sino que se conformó con ser considerado el heraldo de Cristo, para que su enseñanza no impidiera que Cristo fuera escuchado solo. Sin embargo, Cristo declara que era profeta, y más que profeta, y esto porque su ministerio era más excelente que el de un profeta.

Dice, *antes que venga el día de Jehová, grande y terrible*. El profeta no parece hablar aquí de la venida de Cristo con la debida propiedad; pero ahora se dirige a todo el pueblo; y como había muchos perezosos y tardos, que incluso despreciaban el favor de Dios, y otros insolentes y profanos, no habla con tanta amabilidad, sino que mezcla estas amenazas. De ahí que comprendamos por qué el profeta describe la venida de Cristo como terrible; lo hace, no porque Cristo viniera a aterrorizar a la humanidad, sino por el contrario, según lo que dice Isaías,

No apagará el pábilo que humea, ni quebrará la caña revuelta; no se oirá su voz en las calles, ni levantará clamor **Isaías 42:3**.

Aunque entonces Cristo se presenta con calma, como ya hemos observado, y tan pronto como se nos aparece, nos trae abundantes motivos de alegría; Sin embargo, la perversidad de aquel pueblo fue tal que obligó al profeta a usar un lenguaje severo, conforme a la manera en que Dios nos trata a diario. Cuando ve que tenemos un paladar insípido, nos da una medicina amarga para que disfrutemos de su favor. Siempre que encontremos algo en las Escrituras que nos aterrorice, recordemos que se anuncia porque somos sordos, perezosos o incluso rebeldes, cuando Dios nos invita bondadosamente a su presencia.

Malaquías 4:6

6 Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.

Este versículo puede considerarse una simple promesa; pero prefiero considerarlo como algo intermedio entre una exhortación y una promesa. Lo primero es que Dios recuerda a los judíos con qué propósito enviaría a Juan, para convertir los corazones de los hombres y restaurarlos a la santa unidad de la fe. Por lo tanto, cabe destacar que no solo vendría el Redentor, sino que, tras una pausa, como se ha dicho, la doctrina de la salvación volvería a su cauce y sería iniciada por Juan.

Sin embargo, el profeta parece conceder aquí a los hombres más de lo que es justo, pues la conversión del corazón es obra peculiar de Dios, y aún más, es más peculiarmente suya que sus otras obras; y si nadie puede cambiar un solo cabello de la cabeza de su hermano, ¿cómo podrá renovar su corazón para convertirlo en un hombre nuevo? Al mismo tiempo, es de mayor importancia ser regenerado que ser creado y ser convertidos únicamente en habitantes de este mundo. Juan parece ser aquí demasiado ensalzado, cuando se le atribuye la conversión del corazón. La solución a esta dificultad es fácil de encontrar, cuando Dios elogia así a sus ministros, no excluye el poder de su Espíritu; y muestra cuán grande es el poder de la verdad cuando obra a través de ella mediante la influencia secreta de su Espíritu. Dios a veces se conecta con sus siervos, y a veces se separa de ellos, cuando se conecta con ellos, les transfiere lo que siempre mora en él; pues nunca les cede su propio oficio, sino que los hace partícipes de él. Y este es el significado de expresiones como estas,

A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos. Juan 20:23.

O cuando Pablo dice en **1 Corintios 2:15**, que él había engendrado a los corintios, no reivindicó para sí lo que sabía que solo pertenecía a Dios, sino que ensalzó el favor de Dios manifestado en su ministerio, según lo que declara en otro lugar,

no yo, sino la gracia de Dios conmigo. 1 Corintios 15:10.

Pero cuando Dios se separa de sus ministros, nada permanece en ellos, dice Pablo en **1 Corintios 3:7**.

Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.

¿Cuándo, entonces, los maestros son colaboradores de Dios? Aun cuando Dios, guiándolos por su Espíritu, bendice al mismo tiempo su labor, de modo que esta dé fruto.

Vemos entonces que esta manera de hablar no menoscaba en nada a Dios, es decir, cuando se dice que el ministro cambia el corazón de los hombres; pues, así como no implanta nada por su propia influencia, Dios provee lo necesario para que pueda cumplir su oficio.

Al decir que él *hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres*, no se refiere a una simple unión o consentimiento, pues los hombres a menudo se unen, y, sin embargo, Dios reprueba y aborrece esa unión; sino que el profeta aquí tiene en mente el origen del pueblo, incluso Abraham y otros santos patriarcas. Si hubiera hablado de los egipcios, los asirios o alguna otra nación, este cambio no habría sido tan maravilloso; pero cuando habla de la raza santa y escogida, no es de extrañar que la mencione como un ejemplo de la inefable bondad de Dios, que todos serían reunidos y restaurados de la discordia a la unidad, para unirse en una sola fe.

Siendo su consentimiento mutuo el tema, debemos acudir a la fuente; pues Malaquías da por sentado que anteriormente existía la verdadera religión en ese pueblo, que la verdadera adoración a Dios prevalecía entre ellos y que estaban unidos por un vínculo sagrado. Pero como con el tiempo surgieron entre ellos diversas ideas, sí, una vejez monstruosa, pues la sinceridad se había corrompido por completo, ahora los llama a su condición original, para que los hijos pudieran unirse en sentimiento con sus padres, y los padres también con sus hijos, y llegar a ser uno en la fe que había sido transmitida por la ley.

Si alguien objetara y dijera que no era razonable que los padres se unieran a sus hijos apóstatas, pues esto sería aprobar su deserción, respondo que ha habido jóvenes convertidos que han mostrado el camino correcto a sus padres y les han dado luz. Sabemos, en efecto, que los ancianos, por su mal humor, no solo rechazan lo que oyen de los jóvenes, sino que se vuelven más obstinados porque les da vergüenza aprender. El profeta ordena que se desestime tal disputa, para que todos en su corazón piensen lo mismo en el Señor.

No sea que yo venga y hiera la tierra con maldición. Aquí nuevamente el profeta amenaza a los judíos, y con vehemencia. Como hemos dicho, se vio obligado por la necesidad, pues el letargo de aquel pueblo era muy grande, y muchos de ellos estaban endurecidos en su perversidad. Por eso Dios declara ahora que los judíos no quedarían impunes por despreciar la venida de Cristo. Y al mismo tiempo se nos recuerda cuán abominable a los ojos de Dios es la ingratitud de no recibir a su Hijo, a quien nos envía. Si

deseamos beneficiarnos de lo que el profeta nos enseña, debemos acoger especialmente a Cristo, mientras tan bondadosamente nos llama, sí, nos atrae hacia sí. Pero si la pereza de nuestra carne nos frena, que incluso esta amenaza nos estimule; y al aprender que el pecado de no aceptar a Cristo cuando se nos ofrece no quedará impune, luchemos contra nuestra tardanza. En todo caso, tengamos cuidado de besar al Hijo, como se nos exhorta a hacerlo en el **Salmo 2:12**.

FIN DE LOS COMENTARIOS A LA PROFECÍA DE MALAQUÍAS.

TRADUCCIÓN DE LA VERSIÓN DE CALVINO A LA
PROFECÍA DE MALAQUÍAS

Deseando que esta edición sea de profundo beneficio espiritual.

Soli Deo gloria

Τῷ Θεῷ δόξα.